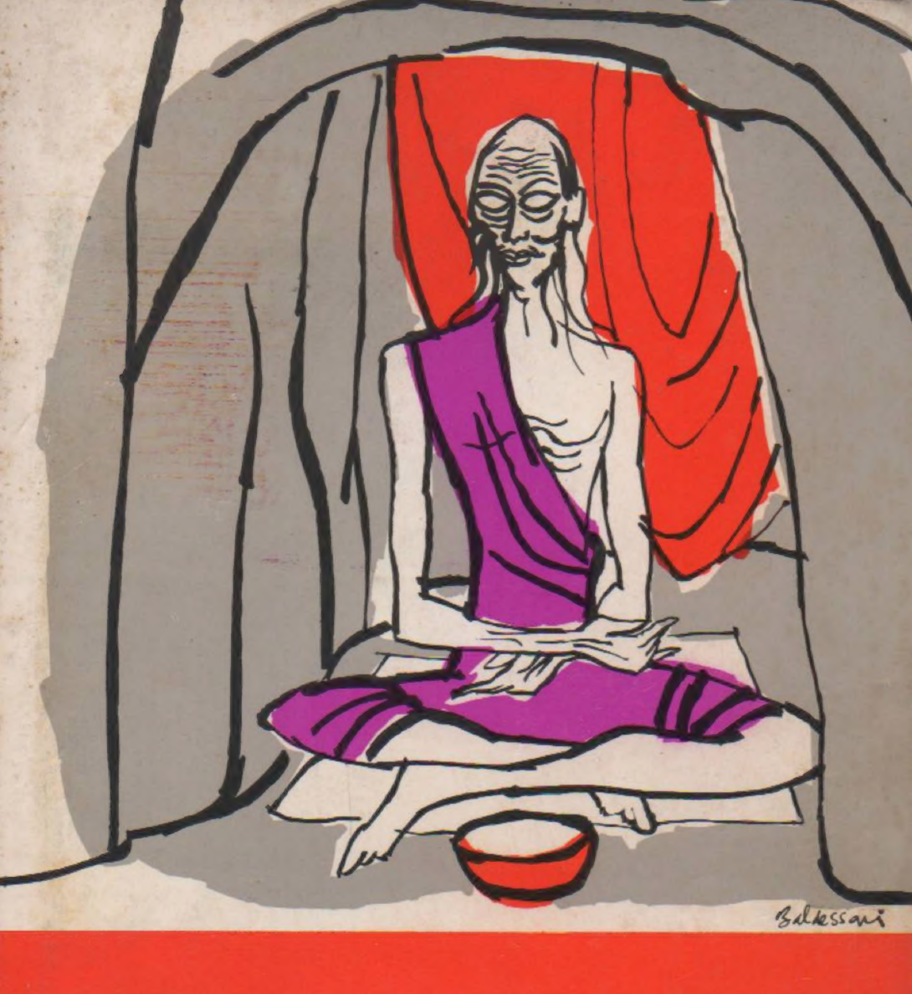


Lobsang Rampa

EL ERMITAÑO

TROQUEL

OBRAS DEL AUTOR

- EL TERCER OJO
- EL MEDICO DE TIBET
- EL CORDON DE PLATA
- LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS
- MI VIDA CON EL LAMA
- USTED Y LA ETERNIDAD
- EL MANTO AMARILLO
- LA SABIDURIA DE LOS ANCIANOS
- EL CAMINO DE LA VIDA
- MAS ALLA DEL DECIMO
- AVIVANDO LA LLAMA
- EL ERMITAÑO

EL ERMITAÑO

LOBSANG RAMPA

EL ERMITAÑO

EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título del original en inglés:
THE HERMIT

Traducción:
ROSA ALBERT

Ilustró la tapa:
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICION
Junio de 1971
CUARTA EDICION
Noviembre de 1971

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

SOBRE ESTE LIBRO

Yo, el autor, afirmo que lo que este libro dice es absolutamente cierto. Los que se hallan hundidos en el materialismo pueden preferir considerarlo ficción. Es una opinión personal. . . Creer o no creer, de acuerdo con el grado de evolución de cada uno. NO estoy dispuesto a discutir el tema ni a sostener polémicas sobre él. ¡Este libro y **TODOS** *mis libros son* **VERDAD!**

Lobsang Rampa

CAPÍTULO I

El sol brillaba fuera iluminando de lleno los árboles y arrojando miríadas de minúsculos destellos desde el lago intensamente azul. La sombra se hacía densa detrás de las rocas salientes. En el frío hueco de la cueva del viejo ermitaño, el follaje colgante permitía filtrar la luz que llegaba sedante y renovada hasta los ojos fatigados por el esfuerzo a que obligaba el sol resplandeciente.

El joven se inclinó respetuosamente ante el enjuto ermitaño erguidamente sentado sobre una piedra alisada por la acción del tiempo. "He venido hasta vos en busca de vuestra sabiduría, Venerable" —dijo con voz queda.

"Siéntate" —ordenó el anciano. El joven monje, ataviado con una túnica rojo ladrillo, se inclinó nuevamente y se sentó, cruzado de piernas, sobre la tierra endurecida, a poca distancia de su Maestro.

El ermitaño guardó silencio como ensimismado en una contemplación de pasados a través de sus órbitas vacías. Muchísimos años antes, cuando era un joven lama, había sido atacado por los oficiales chinos en Lhasa que le arrancaron cruelmente los ojos en un intento de obtener de él un secreto de Estado que no poseía. Torturado, mutilado y ciego se alejó de la ciudad en un errar amargo y sin esperanza. Caminaba por la noche, enloquecido de dolor y violentas emocio-

nes, tratando de evitar todo contacto humano. Pensando, siempre pensando.

El rumor de las corrientes de agua que bajaban de la montaña lo guiaba para calmar su sed; el pasto y las hierbas que aquí y allá encontraba en su camino, le servían de alimento y así, con el leve destello de vida que aún conservaba, se arrastraba siempre ascendiendo. Lentamente curaron sus peores heridas, las cuencas de sus ojos se secaron. Y él, en un continuo ascenso, huía de la humanidad que lo había torturado insanamente y sin razón. El aire se enrarecía, ya no encontraba ramas de árboles que pudiera descortezar y comer; tampoco podía lograr la hierba con sólo estirar la mano. Ahora tenía que arrastrarse sobre las palmas y las rodillas estirándose, tanteando en la esperanza de obtener lo suficiente como para alejar las angustias del hambre.

El aire se volvía cada vez más frío, el viento calaba hondo, pero él todavía avanzaba ascendiendo empeñosamente como impulsado por una fuerza interior. Unas semanas antes, al emprender su viaje, halló una sólida rama de árbol que utilizó como báculo y con la cual descubría su sendero. Llegó un momento en el cual su inquieto bastón golpeó fuertemente contra un obstáculo y ya no pudo hallar camino.

El joven monje observaba atentamente al anciano que no exteriorizaba indicio alguno de movimiento. ¿Se hallaría bien? , se preguntó, para luego consolarse con el pensamiento de que los "Venerables" vivían en el mundo del pasado y jamás manifestaban prisa por nadie. Miró curiosamente a su alrededor, en la cueva vacía. Desnuda, era la palabra. A un lado, un amarillo manojo de paja: la cama. Junto a él, sobre una punta saliente de roca, una túnica azafranada que colgaba como consciente de su aspecto desteñido. Y nada más. Nada.

El anciano meditaba sobre su pasado, pensaba en el dolor de su tortura, en la mutilación y la

ceguera acaecida cuando era tan joven como el hombre que estaba sentado delante de él.

En la desesperación de su impotencia golpeó con el bastón sobre el extraño obstáculo que le impedía proseguir. Vanamente se esforzó por ver a través de sus órbitas huecas. Finalmente, vencido por la intensidad de sus emociones, cayó al pie de la misteriosa barrera. El aire se hizo fino y penetró por su única vestimenta, quitando lentamente calor y vida a su cuerpo desfalleciente.

Trascurrieron largos momentos y luego se oyó el ruido de pies calzados que hollaban el rocoso suelo. Se oyeron palabras murmuradas en idioma incomprensible y el frágil cuerpo fue levantado y llevado. El ¡clang! característico de un golpe metálico y un buitre ansioso, sintiéndose defraudado en su festín, inició su ascensión en desganado vuelo.

El anciano se sobresaltó; todo ESO había ocurrido hacía mucho. Ahora tenía que dar instrucción al joven que se hallaba presente, tan parecido a lo que EL mismo había sido... ¿cuántos años atrás? ¿Sesenta? ¿Setenta? ¿O más? ¿Qué eran los años de la vida de un hombre cuando él conocía los años del mundo?

El tiempo parecía haberse detenido. Hasta el débil viento que había estado susurrando por entre las hojas cesaba en su gemido. Se produjo un hálito de expectativa casi misteriosa mientras el joven monje aguardaba la palabra del viejo ermitaño. Finalmente, cuando la tensión se hacía casi insoportable, el Venerable habló.

"Tú me has sido enviado —dijo— porque tienes que cumplir una gran misión en la Vida y yo debo interiorizarte de mi propio saber para que, en alguna medida, estés al tanto de tu destino." El joven monje experimentó una incómoda perturbación al sentirse encarado por el anciano. ¡Qué difícil ES —pensó— tratar con gente ciega; miran sin ver, pero uno tiene la sensación de que todo lo ven!

La voz seca, rara vez utilizada, continuó: "Cuando yo era joven tuve muchas experiencias, dolorosas experiencias. Abandoné nuestra gran Ciudad de Lhasa y anduve vagando ciego por el desierto. Hambriento, enfermo e inconsciente fui llevado a un lugar que no puedo precisar donde me instruyeron, preparándome para este día. Cuando te haya trasmitido todo mi conocimiento, mi tarea en la tierra habrá terminado y podré ir en paz a los Reinos Celestiales." Y diciendo así, un fulgor beatífico iluminó las mejillas hundidas y apergaminadas e inconscientemente hizo girar con más velocidad su Rueda de Oración.

Fuera, las sombras se arrastraban lentamente sobre el suelo. El viento crecía en intensidad, retorciendo el polvo reseco en pequeños remolinos. En alguna parte un pájaro lanzó un desesperado alerta. Casi imperceptiblemente, la luz del día declinó a medida que las sombras se alargaban. En la cueva, ya decididamente oscura, el joven monje oprimía estrechamente su cuerpo en la esperanza de acallar las ruidosas manifestaciones de su hambre en aumento. Hambre. El saber y el hambre —pensó—, andan siempre juntos. Hambre y saber. Una fugitiva sonrisa vagó por el rostro del ermitaño. "¡Ah! —exclamó—, la información es correcta; el joven tiene hambre y resuena como un tambor hueco. Mi Informante me dijo que así sería y proporcionó el remedio." Lenta, penosamente y sintiendo crujir sus huesos por la edad, se levantó deslizándose vacilante hasta una parte aún no vista de la cueva. Reapareciendo, alcanzó al joven monje un pequeño paquete. "De su Honorable Guía —explicó—, me dijo que endulzara sus estudios."

Tortas dulces, tortas dulces de la India como compensación a la eterna cebada o el tsampa. Y un poco de leche de cabra como una variación del agua y más agua. "¡No, no! —exclamó el anciano al ser invitado a participar del alimento—; comprendo las necesidades

de los jóvenes y especialmente de uno que ingresará en el ancho mundo, más allá de las montañas. Come, aprovéchalo. Yo, ser indigno, trato de imitar de humilde manera al misericordioso Señor Buda, viviendo del metafórico grano de la semilla de mostaza. Pero tú, come y duerme, pues siento que la noche ya está sobre nosotros." Y así diciendo se volvió, deslizándose hacia la parte más interna y oculta de la cueva.

El joven se retiró hacia la abertura, hecha ahora un óvalo grisáceo con relación a la negrura interior. Los elevados picos de la montaña aparecían como duros recortes negros contra el espacio purpúreo del fondo. De pronto, un fulgor plateado, cada vez más intenso, anunció una luna llena que quedó al descubierto al paso de una oscura nube solitaria, como si una mano divina hubiera descorrido las cortinas de la noche para que la atareada humanidad pudiera contemplar a la "Reina del cielo". Pero el joven monje no permaneció allí por mucho tiempo; su ración había sido magra, por cierto, y hubiera sido totalmente inaceptable para un muchacho occidental. Rápidamente retornó a la caverna y, escarbando una depresión en la arena blanda para ubicar su cadera, quedó profundamente dormido.

Los primeros y débiles rayos de luz lo hallaron inquieto, desasosegado. Despertándose bruscamente saltó sobre sus pies y miró alrededor con cierto sentimiento de culpabilidad. En ese momento el viejo ermitaño se encaminaba débilmente hacia la parte principal de la cueva. "¡Oh, Venerable —exclamó nerviosamente el joven monje—, me quedé dormido y he descuidado el servicio de media noche! " Luego se avergonzó al recobrar la noción de dónde se encontraba.

"No temas —sonrió el ermitaño—, aquí no hay servicios. El hombre, cuando evoluciona, puede tener su 'servicio' dentro de sí mismo, donde se halle y en cualquier momento, sin agruparse y congregarse como

yacs sin cerebros. Pero haz tu tsampa, toma tu alimento, pues hoy tengo mucho que decirte y tú debes recordar todo." Así diciendo se apartó lentamente, y salió hacia la luz del día.

Una hora más tarde el joven, sentado frente al anciano, escuchaba un relato tan fascinante como extraño. Una historia de lo que fue la base de todas las religiones, de todos los cuentos de hadas y de todas las leyendas que pueblan el Mundo, historia que ha sido ocultada por sacerdotes y "científicos" ambiciosos de poder desde los primeros días de tribu.

Curiosos rayos de sol traspasaban suavemente el follaje en la abertura de la caverna, golpeando con brillo sobre las incrustaciones metálicas del mineral en la roca. El aire calentaba paulatinamente y una bruma débil se condensó sobre la superficie del lago. Unos pocos pájaros gorjeaban ruidosamente mientras se preparaban para iniciar la eterna tarea de hallar suficiente alimento en la dilatada tierra. En lo alto, un buitre solitario se remontaba aprovechando el impulso de una corriente de aire, elevándose y descendiendo con las alas desplegadas, inmóviles, con su vista penetrante, exploradora sobre el árido terreno en busca de su presa muerta o moribunda. Convencido de que nada había para él se precipitó hacia un lado y, con un graznido de disgusto, partió para lugares más provechosos.

El viejo ermitaño estaba sentado, erguido, la flaca figura escasamente cubierta con los restos de una túnica dorada, ya no "dorada" sino desteñida por el sol en un tostado desvanecido con bandas amarillas donde los pliegues habían disminuido, en parte, la acción de la luz solar. La piel se estiraba sobre los pómulos altos y pronunciados, con la palidez blanca de la cera, tan común en los que carecen de vista. Estaba descalzo. Todo lo que poseía, bastante poco en verdad, era un jarro, una Rueda de Oración y una única túnica para

mudarse, tan andrajosa como la otra. Nada más, nada más en todo el mundo.

El joven monje, frente a él, reflexionaba sobre esto: Cuanto mayor es el acervo espiritual del hombre, menor es su propiedad terrenal. Los grandes abades con sus hábitos de oro, sus riquezas y suculentas comidas viven lo presente, luchando por el poder político mientras, de boca para afuera, predican las Escrituras.

"Joven amigo —irrumpió la vieja voz—, mi vida ya está casi en el fin. Tengo que trasmitirte mi saber y luego mi espíritu se encontrará libre para ir al Reino Celestial. Tú serás quien, a tu vez, pasarás este conocimiento a otros, de manera que escucha y conserva todo en tu memoria y NO FRACASES."

"¡Aprende esto, estudia eso! —se dijo el joven monje; la vida será sólo una dura tarea desde ahora. Ya no más cometas, no más zancos..." El ermitaño continuó: "Tú ya conoces cómo fui tratado por los chinos, tú sabes que anduve vagando por el desierto hasta llegar a algo maravilloso. En mí se produjo un milagro, pues un impulso íntimo me guió hasta que caí sin conocimiento a las puertas mismas del Templo del Saber. Te contaré. Todo lo que yo sé será tuyo, hasta cómo me fue mostrado porque, aun ciego, lo vi todo."

El monje inclinó la cabeza, olvidando que el anciano no podía verlo; luego, recapacitando, dijo: "Os escucho, Venerable, y estoy capacitado para recordar todo." Hizo una inclinación y se sentó detrás, esperando.

El anciano expresó su satisfacción con una sonrisa y prosiguió: "El primer recuerdo de ese entonces que tengo es el de hallarme muy cómodamente acostado sobre una blanda cama. Por supuesto, yo era joven, más o menos como tú ahora, y pensé que había sido trasportado al Reino Celestial. Pero como no podía ver y sabía que si me hubiera encontrado en el otro lado

de la Vida hubiera recuperado la vista, me limité a permanecer allí y a esperar. Al poco rato oí el ruido apagado de unos pasos que se detenían a mi lado. Seguí acostado sin saber qué podía ocurrir. '¡Ah! —dijo una voz que, de alguna manera, me pareció diferente de nuestras voces—. ¡Ah! Habéis recuperado el conocimiento. ¿Os sentís bien? '

"Estúpida pregunta, pensé, ¿cómo puedo sentirme bien si estoy muriendo de inanición? ¿Inanición? Pero yo ya no tenía hambre. Me SENTIA bien, MUY bien. Cautelosamente moví los dedos, sentía mis brazos, había desaparecido la sensación de agarrotamiento. Había recuperado la normalidad, salvo que aún estaba ciego. Y repliqué: 'Sí, sí, ME SIENTO bien, gracias por vuestro interés'. La voz dijo: 'Podríamos haber restaurado vuestra vista, pero os han sacado los ojos y por ello no hemos podido hacerlo. Descansad un rato y luego hablaremos extensamente'.

"Yo descansaba, no había alternativa, y no tardé en quedar dormido. Cuánto tiempo dormí no había manera de saberlo. Sólo sé que un dulce sonido de campanas me volvió a la realidad, campanas más dulces y melodiosas que los más delicados sonidos, más aún que las argentinas antiguas, más sonoras que las trompetas del templo. Me enderecé y 'miré' a mi alrededor como si pudiera hacer surgir la vista dentro de mis órbitas vacías. Un brazo rodeó suavemente mis hombros y una voz dijo: 'Levantaos y venid conmigo. Yo os guiaré'."

El joven monje, fascinado, se preguntaba por qué cosas como ésas no le habían ocurrido a él sin presentir que más tarde LE OCURRIRIAN. "Por favor, continúa, Venerable Maestro" —exclamó. El ermitaño sonrió en agradecimiento por el interés demostrado por su interlocutor, y continuó.

"Fui conducido dentro de lo que evidentemente era una enorme habitación en la que se hallaba una canti-

dad de personas; podía oír sus respiraciones y el roce de sus vestimentas. Mi Guía dijo: 'Sentaos' —mientras un extraño dispositivo era empujado hacia mí. Pensando que me sentaría en el suelo, como todo ser razonable, casi se produce un choque entre mi cuerpo y la superficie de la cosa que habían puesto debajo de mí."

El anciano se detuvo un momento sin poder evitar una risita irónica al recordar la escena. "Pasé mis manos cuidadosamente por la cosa —continuó—, pareciéndome que era algo blando, aunque sólido. Estaba apoyada sobre cuatro patas y por detrás se levantaba una especie de obstáculo que sostenía mi espalda. Mi primera impresión fue que era demasiado débil para sentarse en ella; luego, pude captar que mi actitud era motivo de diversión reprimida en la gente que me observaba, pues ésa era su manera de sentarse. Me sentía extraño y muy inseguro ubicado de tal modo y confieso, sin ambages, que me apoyaba asustado en esa plataforma acolchada."

El joven monje trató de imaginarse una plataforma que sirviera de asiento. ¿POR QUE habrían de existir cosas como ésas? ¿POR QUE habrían de inventarse cosas inútiles? No, decididamente, el suelo era lo suficientemente bueno para él: más seguro, sin riesgos de caídas y ¿quién sería tan endeble que tuviera necesidad de sentir la espalda sostenida? El anciano volvió a tomar la palabra; evidentemente, sus pulmones están trabajando bien, pensó el muchacho.

"La Voz me dijo: 'Os preguntaréis quiénes somos y por qué os sentís tan bien. Sentaos más cómodamente, pues tenemos mucho que contaros y mostraros'.

"Ilustrísimo —reconvine—, soy ciego, me han sacado los ojos y decís que tenéis mucho que hacerme ver, ¿cómo puede ser eso? 'Manteneos en paz —dijo la Voz— pues todo se os volverá claro con tiempo y paciencia.' Las corvas de las piernas empezaban a dolerme colgando en esa posición extraña, de manera que

las encogí tratando de sentarme en la posición de Loto sobre esa pequeña plataforma de madera, sobre las cuatro patas y ese curioso dispositivo para la espalda. Así sentado me sentí más cómodo, aunque siempre con el temor de que, no pudiendo ver, me cayera, yendo a parar quién sabe dónde.

"Y otra vez la Voz: 'Somos los jardineros de la Tierra. Viajamos entre los universos poniendo gente y animales sobre muy diferentes mundos. Vosotros, criaturas terrestres, habéis forjado leyendas sobre nosotros; nos llamáis los Dioses del Cielo y habláis de nuestras carrozas de fuego. Ahora vamos a daros información sobre el origen de la Vida sobre la Tierra, de manera que podáis luego trasmitirla a alguien que vendrá después y escribirá sobre estas cosas, pues ya es hora de que la gente conozca la verdad sobre sus dioses antes que iniciemos la segunda etapa'.

"Pero aquí hay algún error —grité con desesperación—, ¡yo soy sólo un pobre monje que ascendió hasta este elevado lugar sin saber por qué! Y la Voz: 'Nosotros, por medios científicos, os trajimos; habéis sido elegido para esto porque poseéis una excepcional memoria que nosotros reforzaremos aún más. Conocemos todo sobre vos. Esa es la razón por la cual os halláis aquí'."

Fuera de la cueva, en la ahora brillante luz del día, el chillido de un pájaro sonó agudo y estentóreo en repentina alarma. La violencia surgió en el grito del ave; luego fue el piar que se pierde a medida que el pájaro abandona el lugar precipitadamente. El anciano levantó la cabeza diciendo: "No es nada, probablemente un ave de alto vuelo que sufrió un choque". El joven monje lamentó la interrupción que los distrajera de una narración de tiempos idos a la cual, curiosamente, él no hallaba dificultad en visualizar. Los sauces cabeceaban su soñolencia a la orilla del lago, cuya placidez sólo se veía perturbada por las brisas pasajeras

que arremolinaban las hojas provocando un murmullo de protesta al sentir interrumpido su descanso. Ya los primeros rayos del sol habían dejado de alumbrar la entrada de la caverna; hacía frío y la luz había adquirido un tinte verdoso. El anciano se estremeció ligeramente, arregló su mísera túnica y continuó.

"Estaba asustado, muy asustado. ¿Qué sabía de estos Jardineros de la Tierra? Yo no era jardinero. Nada conocía de plantas, ni siquiera de universos. Y me disgustaba verme mezclado en eso. Pensando así, pasé mis piernas sobre el borde de la plataforma que me servía de asiento y me puse de pie. Gentil pero firmemente dos manos me empujaron hacia atrás, de modo que me encontré nuevamente sentado de esa manera tonta, con las piernas que colgaban hacia abajo y la espalda apoyada contra algo que había detrás de mí. La Voz afirmó: 'La planta no se impone al jardinero. Habéis sido traído aquí y aquí aprenderéis'."

"Mientras permanecía en mi asiento, asombrado pero resentido, comenzó a mi alrededor una discusión de proporciones en una lengua desconocida. Voces. . . voces. . . Algunas débiles y aflautadas como si provinieran de gargantas de enanos; otras profundas, resonantes y sonoras o como la del yac macho en tiempo de celo bramando en el campo. Sea lo que fuere, pensé, me resultaba de mal augurio, un asunto desagradable, un cautiverio contra mi voluntad. Escuchaba con cierto espanto cómo la incomprensible discusión continuaba. Flautas agudas, profundos alaridos como estallidos de trompeta en un cañón. ¿Qué clase de gente era ésa? , me preguntaba. ¿PODIA la garganta humana emitir esa gama de tonos, supertonos y semitonos? ¿Dónde me encontraba? Quizás estaba peor que en manos de los chinos. ¡Oh, haber gozado de vista! ¡Haber tenido mis ojos para ver qué se me estaba negando! Pero, ¿el misterio habría desaparecido a la luz de la vista? No, según pude comprobar

posteriormente, ¡el misterio se hubiera ahondado! Así, me senté desagradado y temeroso. Las torturas que había soportado a manos de los chinos me habían desalentado bastante y convencido de que ya no podría tolerar más, absolutamente nada más. Mejor sería que los Nueve Dragones vinieran y me aniquilaran que tener que soportar lo Desconocido. Me senté, pues nada más quedaba ya por hacer.

"Las voces cada vez más altas me hacían temer por mi seguridad. Si hubiera tenido vista habría realizado un esfuerzo desesperado por escapar, pero ciego me hallaba impedido, completamente a merced de otros, a merced de TODO. Las piedras que hacen tropezar, la puerta cerrada, los obstáculos desconocidos constantemente delante de uno, amenazantes, agobiantes y siempre temibles. El estruendo alcanzaba su culminación. Las voces resonaban en sus registros más altos semejantes al fragor de una pelea entre toros. Temí la violencia, los golpes que me hubieran alcanzado en mi eterna oscuridad. Me así fuertemente del borde de mi asiento para soltarme de inmediato, pues, recapacitando, pensé que un golpe me desplazaría con menos daño que si me hallara sujeto y ofreciera resistencia.

"La Voz ya familiar aconsejó: 'No temáis; sólo se trata de una Asamblea del Consejo. Nada os sucederá. Estamos discutiendo la mejor manera de adoctrinaros'.

"'Eminencia —repliqué algo confuso—, en realidad estoy sorprendido al comprobar que Eminentísimos como vosotros cambian palabras como los más bajos cuidadores de yacs en nuestros cerros.' Una risa divertida festejó mi comentario. Me pareció que mis interlocutores no se habían disgustado por mi impertinente franqueza.

"Replicando me dijo: 'Recordad siempre esto: no importa cuán alto uno se halle. A menudo se produce la disputa, el desagrado. Siempre hay controversia de opiniones. Hay que discutir, argumentar y mantener

las propias ideas porque de lo contrario uno se convierte en un esclavo, en un autómata, siempre apto para aceptar la voluntad de otros. La discusión libre es considerada por el observador no comprensivo como precursora de violencia física'. Me palmeó el hombro, tranquilizándome, y continuó: 'Aquí hay gente no solamente de muchas razas sino también de muchos mundos. Algunos son de vuestro propio sistema solar y otros de galaxias muy lejanas. Algunos con relación a vosotros semejan débiles enanos, mientras que otros son verdaderos gigantes de estatura seis veces mayor con relación a los más pequeños'. Y oí cómo sus pasos se alejaban para unirse al grupo.

"¿Otras galaxias? ¿Qué era todo eso? ¿Qué era eso de 'otras galaxias'? Gigantes. . . bueno, como muchos otros yo había oído hablar de ellos en los cuentos de infancia. Enanos. . . algunos de ellos aparecían de tiempo en tiempo en funciones populares. Sacudí la cabeza; todo eso estaba muy lejos de mi alcance. Me habían dicho que no sufriría daño alguno y que se trataba simplemente de una discusión. Pero, ni siquiera los mercaderes indios que llegaban a la ciudad de Lhasa producían tales clarinadas, alaridos y rugidos. Decidí permanecer sentado y esperar los acontecimientos. Después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer? "

En la fría oscuridad de la cueva del ermitaño, el joven monje, inmóvil, escuchaba absorto y fascinado este relato de extrañas criaturas. No obstante, los ruidos que se producían en su interior le anunciaron que necesitaba alimentarse urgentemente y eso era lo más importante en ese momento. El anciano interrumpió de pronto su narración murmurando: "Sí, tomaremos un descanso. Prepara tu alimento. Yo ya vuelvo." Y así diciendo se incorporó, caminando sin apuro hacia lo más recóndito de la caverna.

El monje, inversamente, se precipitó hacia la entra-

da. Ya fuera permaneció de pie durante un instante contemplando el paisaje; luego se encaminó a la orilla del lago donde la arena fina, tan marrón como la tierra, brillaba incitante. Sacó su plato de madera de entre su túnica, sumergiéndolo en el agua. Un remolino y un enjuague y ya quedó lavado. Extrajo también de entre su túnica un saquito de cebada molida y volcó una pequeña cantidad dentro del plato. En la cavidad de la palma de su mano, con todo cuidado, vertió agua del lago. Sombríamente contempló la mezcla. No tenía manteca, ni siquiera té. La cebada molida con el agua se hizo una pasta espesa. ¡Alimento! Metiendo un dedo en la profundidad del plato, agitó constantemente hasta que la pasta adquirió la consistencia necesaria. Entonces, con dos dedos de la mano derecha, a manera de cuchara, la comió lentamente y sin entusiasmo.

Una vez que hubo terminado, enjuagó el recipiente en el lago y, tomando un puñado de fina arena lo frotó vigorosamente por dentro y por fuera antes de enjuagarlo nuevamente y guardarlo —todavía mojado— entre los pliegues de su vestidura. Arrodillado en el suelo, extendió la parte inferior de la túnica sobre éste, acumulando arena en ella hasta que no pudo levantar más. Balanceándose sobre sus pies llegó tambaleando hasta la cueva. Volcó la arena a la entrada y salió a buscar una rama caída de árbol cuyo extremo se abría en muchas ramitas. Otra vez en la cueva barrió cuidadosamente la tierra arenosa, apisonada, antes de desparramar sobre ella una gruesa capa de arena nueva. Una carga no fue suficiente; fueron necesarias siete antes de que estuviera satisfecho y pudiera sentarse con la convicción de su deber cumplido sobre su gastada manta de lana de yac, doblada.

No podría haber servido de figurín en ninguna parte. La túnica roja era su único ropaje. Deshilachada y rala en algunas partes hasta la trasparencia, de manera

alguna protegía contra el viento helado y penetrante. No poseía sandalias ni ropa interior. Nada, salvo la única túnica que se quitaba de noche para envolverse en su única manta. En cuanto a su equipo, estaba constituido por el plato, un diminuto saco de cebada y la vieja y golpeada Caja Mágica que hacía mucho debió haber sido remplazada por otra, en la cual guardaba un simple talismán. No tenía su propia Rueda de Oraciones; eso estaba reservado para los de posición más acomodada. El y muchos como él tenían que arreglarse como el resto del pueblo en los templos. Tenía el cráneo rasurado y con cicatrices por las Marcas de la Virilidad, marcas de fuego donde había debido soportar las velas del incienso que quemaban su cabeza para testimoniar que aceptaba la meditación de donde habría de surgir inmune al dolor y al olor a la carne quemada. Ahora, elegido para cumplir una misión especial, había viajado desde lejos hasta la Cueva del Ermitaño. Pero el día transcurría lentamente con las sombras que se alargaban y el constante frío del aire. Se sentó y esperó que el anciano apareciera.

Se oyeron finalmente los pasos pesados, el golpeteo del largo báculo y la respiración jadeante del anciano. El joven lo observó con respeto renovado; ¡qué experiencias había sufrido! ¡Qué dolor había soportado y qué sabio parecía! El ermitaño dio la vuelta arrastrando los pies y se sentó. En ese mismo instante, un grito que heló la sangre hendió el aire y una inmensa e hirsuta criatura apareció de un salto en la entrada de la cueva. El joven monje se levantó de un brinco, preparándose para desafiar la muerte en un intento de proteger al anciano. Ya se había apoderado de dos puñados de arena para arrojar a los ojos del intruso cuando se detuvo y tranquilizó al oír su voz.

"¡Salud, salud, Santo Ermitaño! —bramó como si quisiera comunicarse con alguien a una milla de distancia—; os pido vuestra bendición, vuestra bendición para

mi viaje, vuestra bendición para la noche, pues acampamos a la orilla del lago. Aquí —anunció— os he traído té y cebada. ¡Vuestra bendición, Santo Ermitaño! ¡Vuestra bendición! " Nuevamente, con un salto, provocando otra vez la alarma del joven monje, se precipitó ante el anciano y dejóse caer sobre la arena recién esparcida. "Aquí hay té y cebada, tomadlos." Y así diciendo colocó dos bolsas a su lado.

"Mercader, mercader —reconvino suavemente el ermitaño—, asustas a un viejo y achacoso hombre con tu violencia. Que la paz sea contigo. Que el Gautama derrame su bendición sobre ti y te acompañe. Que tu viaje sea seguro y rápido y tu negocio próspero."

"Y ¿quién eres tú, joven gallo de riña? —lanzó el mercader. ¡Ah! —exclamó repentinamente—, disculpadme, joven sacerdote, en la oscuridad de esta cueva no había reparado en vuestro hábito."

"¿Qué nuevas tienes, Mercader? " —preguntó el anciano con su cascada y seca voz.

"¿Qué nuevas? —repitió el comerciante—. El prestamista indio fue golpeado y robado y, cuando se presentó lamentándose ante los procuradores, atacado nuevamente por llamarlos de mala manera. El precio de los yacs ha bajado, el precio de la manteca ha subido. Los sacerdotes de la Puerta han aumentado su peaje. El Más Recóndito ha viajado hasta el Palacio de la Joya. Oh, Santo Ermitaño, no hay noticias. Esta noche acampamos a la orilla del lago y mañana continuaremos nuestro viaje a Kalimpong. El tiempo es bueno. Buda nos acompaña y los Demonios nos han dejado en paz. ¿Necesitáis que os traiga agua o arena nueva y seca para vuestro piso, o este joven padre os cuida bien? "

Mientras las sombras se alejaban en su viaje hacia la oscuridad de la noche, el ermitaño y el mercader conversaban intercambiando noticias de Lhasa, del Tibet y de la India, más allá de los Himalayas. Al fin

el mercader se puso de pie de un salto, espió temerosamente la oscuridad que iba en aumento y exclamó: "¡Oh! Joven y Santo Padre, yo no puedo andar solo por la oscuridad, los DEMONIOS me atraparán. ¿Querrías guiarme hasta mi campamento? "

"Estoy a las órdenes del Venerable Ermitaño —replicó el joven—, iré si él lo permite. Mi atuendo sacerdotal me protegerá de los peligros de la noche." El anciano sonreía al otorgar su permiso. El delgado monje indicó el camino fuera de la cueva. Lo seguía la gigantesca figura del mercader que olía a lana de yac o a algo peor. Exactamente a la entrada pasó rozando una frondosa rama y se oyó un chillido de pájaro asustado al ser desalojado del lugar. El mercader profirió un terrible alarido y cayó desfalleciente a los pies del joven monje.

"¡Ow! Joven Santo Padre —sollozaba— creo que los demonios al fin me han atrapado. Voy a devolver casi todo el dinero que le saqué al prestamista indio. Salvadme, sacudid los demonios. Haced que llegue salvo a mi campamento y os daré una media torta de té y una bolsa entera de tsampa." Era un ofrecimiento demasiado bueno para ser despreciado, de manera que el monje demostró especial empeño en rezar las Oraciones para los Muertos, la Exhortación para los Espíritus Errantes y un Canto para los Custodios del Camino. El ruido resultante de ello —pues el joven monje era MUY desafinado— dispersó a toda criatura que vagara por la noche y favoreciera a algún posible demonio.

Finalmente, llegaron a la fogata a cuyo alrededor otros integrantes del grupo del mercader estaban cantando y tocando instrumentos musicales mientras las mujeres molían tortas de té, arrojando el producto dentro de calderas de agua hirviendo. Un saco entero de cebada finamente pulverizada se agregó también a ellas y entonces una mujer vieja, metiendo la mano

dentro de una bolsa, sacó un puñado de manteca de yac que también fue a parar al cocimiento junto con otro, y luego otro hasta que la sustancia grasa sobrenadó e hizo espuma sobre la superficie.

La luz del fuego con su fulgor era atrayente y la alegría de la fiesta de los mercaderes, contagiosa. El joven monje dobló su túnica con serena dignidad y se sentó en el suelo. Una anciana muy arrugada, con una nariz que casi le tocaba la barba, le tendió su mano en amistoso gesto. El monje, muy formalmente, estiró su plato que recibió una generosa ración de té y tsampa. En el ambiente enrarecido de la montaña la "ebullición" no se produce a cien grados centígrados ni a doscientos doce fahrenheit, sino que este punto de calor es tolerable para la boca. Todo el grupo se dedicó a tomar su alimento con placer y pronto se formó una procesión hacia las aguas del lago para lavar y fregar los platos con la fina arena del río. El río afluente del lago traía la más fina arena desde lo más alto de la cadena de montañas, y sus aguas tenían frecuentemente puntos brillantes que revelaban su contenido de oro.

La reunión era divertida. Los cuentos de los mercaderes y su música y canciones comunicaron colorido a la existencia asaz monótona y triste del joven. Pero la luna, ya alta, iluminaba el árido paisaje con su reflejo plateado y arrojaba sombras con cruda realidad. Las chispas del fuego ya no se elevaban hacia las nubes y las llamas morían. Muy a su pesar el joven monje se levantó e, inclinándose repetidas veces en señal de agradecimiento, aceptó los regalos que el mercader, SEGURO de que el joven lo había salvado de la perdición, insistió para que recibiera.

Finalmente, cargado con pequeños paquetes, caminó algo inseguro por la orilla del lago hacia la derecha, atravesando el bosquecillo de sauces, dirigiéndose a la boca de la caverna negra y vedada. Se detuvo un

momento en la entrada y miró hacia arriba, al cielo. Lejos, muy lejos, en lo alto, como si se aproximara a la Puerta de los Dioses, una llama brillante cruzaba silenciosamente el firmamento. ¿Una Carroza de los Dioses o qué? El joven monje se planteó brevemente el interrogante y penetró en la cueva.

CAPÍTULO II

El berrido de los yacs y los gritos nerviosos de los hombres y las mujeres despertaron al joven monje. Sacudiéndose el sueño se levantó, se puso la túnica y se encaminó rápidamente hacia la entrada de la cueva decidido a no perder ningún movimiento que pudiera emocionarlo. Al lado del lago, los hombres estaban empeñados en poner los arneses a los yacs que, parados en el agua, no podían ser persuadidos de salir de ella. Por último, perdiendo su paciencia, un joven mercader se metió precipitadamente al agua, tropezando con una raíz sumergida y con los brazos en alto, dio con la cara en el fondo, con un resonante golpe. Una gran salpicadura se desparramó con fuerza espantando a los yacs que, asustados, salieron en montón a la orilla. El joven mercader, cubierto de barro viscoso, trepó hasta alcanzar la costa; presentaba un aspecto confuso y atontado ante las risas de sus amigos.

Pronto las tiendas fueron levantadas y los utensilios de cocina bien pulidos con la arena y empacados; toda la caravana de mercaderes se puso en camino, lentamente, entre el monótono rechinar de los arneses y los gritos de los hombres que en vano trataban de lograr mayor velocidad de los pesados animales. Tristemente el monje permaneció de pie con las manos en pantalla sobre los ojos, haciendo sombra contra el resplandor

del sol naciente. Tristemente permaneció con la mirada fija en la distancia mucho tiempo después que el ruido había cesado. ¡Oh! —pensó—, ¿por qué no podría haber sido él también un mercader y viajar hacia lugares lejanos? ¿Por qué siempre había estudiado cosas que parecía que ningún otro había estudiado? El quería ser un mercader, o un barquero en el Río Feliz. El quería moverse, ir a lugares lejanos y ver cosas. Poco sabía entonces que EL "IRIA a lugares y vería cosas" hasta que su cuerpo deseara vehementemente paz y su alma suspirara por descanso. Apenas podía pensar entonces en que recorrería la superficie de la tierra y sufriría tormentos insoportables. Ahora sólo quería ser un mercader o un barquero, cualquier cosa menos lo que era. Cabizbajo y sin apuro levantó una rama abierta en el extremo y volvió a la cueva para barrer el piso y desparramar arena nueva.

El anciano ermitaño apareció con lentitud. Hasta la inexperta mirada del joven pudo apreciar que se hallaba desfalleciente. Se ubicó jadeante y murmuró: "Mi tiempo se aproxima, pero no puedo partir hasta haberte trasmitido todo el conocimiento que ahora es mío. Aquí hay unas gotas de yerbas medicinales, muy potentes, que me ha dejado tu muy famoso Guía para utilizarlas en esa ocasión. Si yo desfallezco y temes por mi vida introduce seis gotas en mi boca y reviviré. Tengo prohibido abandonar mi cuerpo hasta que haya terminado mi tarea." Buscó torpemente entre su ropa y sacó una pequeña botella de piedra que el monje tomó con sumo cuidado. "Ahora continuaremos —dijo el anciano. Tú puedes alimentarte cuando yo me sienta cansado y deba descansar un rato. Ahora, ESCUCHA y presta la mayor atención para recordar. No te distraigas, pues esto es más importante que mi vida y que la tuya. Es conocimiento que debe conservarse y ser trasmitido cuando fuere el momento."

Después de descansar unos instantes pareció haber

recuperado fuerzas y un poco de color volvió a sus mejillas. Sentándose algo más confortablemente dijo: "Tendrás que recordar todo lo que te he dicho hasta este momento. Ahora, continuaremos. La discusión fue larga y —en mi opinión— muy acalorada, pero poco a poco el parloteo terminó. Se oyó el sordo arrastrar de muchos pies, luego pasos, pequeños, livianos pasos como los de un pájaro que corre detrás de su alimento. Pasos pesados, como los del torpe caminar de un yac sumamente cargado. Pasos que me sorprendieron profundamente pues algunos no parecían producidos por los humanos que yo conocía. Pero mis reflexiones sobre las pisadas fueron interrumpidas repentinamente. Una mano me tomó del brazo y una voz dijo: 'Seguidnos'. Otra mano me tomó del otro brazo y fui conducido por un corredor donde, al apoyar el pie desnudo, tuve la sensación de que era de metal. El no vidente desarrolla otros sentidos y yo creía atravesar un tipo de túnel de metal, aunque cómo podría ser eso no alcanzaba a imaginarlo."

El anciano se detuvo como si quisiera representar nuevamente en su mente esa experiencia inolvidable. Luego prosiguió: "Pronto llegamos a un recinto más espacioso como pude apreciar por el cambio del eco. Se producía un sonido metálico frente a mí y uno de los hombres que me había conducido habló en un tono muy respetuoso dirigiéndose evidentemente a algún superior. Lo que se dijo no pude saberlo porque fue expresado en un idioma peculiar, entre silbidos y chirridos. En respuesta a lo que obviamente era una orden fui empujado hacia adelante y el material metálico se corrió cerrándose con un suave golpe a mis espaldas. Permanecí de pie, sintiendo la mirada de alguien duramente fija sobre mí. Hubo un rumor de roce de ropa y el arrastrar de lo que imaginé era un asiento similar a aquél sobre el cual antes había estado sentado. Fue entonces cuando una delgada y

huesuda mano tomó mi diestra y me llevó hacia adelante."

El ermitaño se detuvo brevemente y sonrió: "¿Puedes imaginar mis pensamientos? Yo estaba viviendo un milagro. No sabía qué había delante de mí y tenía que confiar firmemente en los que me guiaban. Finalmente, esta persona me habló en mi propio idioma. 'Sentaos aquí' —dijo mientras me empujaba suavemente hacia abajo. Anhelante, con horror y miedo, sentí como si cayera en una cama de plumas. Este asiento, o lo que fuera, me sostuvo más apretadamente de lo que yo estaba acostumbrado. A los costados había sostenes o brazos, presumiblemente destinados a evitar que uno se cayera si quedaba dormido en tan extraña blandura. La persona que se hallaba frente a mí parecía sumamente entretenida por mis reacciones; yo diría que contenía la risa. Muchos hallan diversión en los apuros en que se encuentran los que no pueden ver.

"La voz de la persona situada delante de mí dijo: 'Os sentís raro y atemorizado'. En realidad, eso era poco. 'No os alarméis —continuó— pues no os harán daño alguno. Nuestras experiencias sobre vos demuestran que poseéis una memoria sumamente eidética, de modo que recibiréis información que jamás olvidaréis, y que, mucho más adelante deberéis pasar a otro que aparecerá en vuestro camino'. Todo era demasiado misterioso y aterrador, no obstante las protestas de seguridad. Nada dije, limitándome a quedarme quieto y esperar nuevas observaciones que no tardaron en llegar.

"La voz continuó: 'Vais a ver todo lo pasado, el nacimiento de vuestro mundo, el origen de los dioses, y sabréis por qué carrozas encendidas cruzan el cielo motivando vuestra preocupación'. ¡Respetable Señor! —exclamé— decís *ver*, pero yo no tengo ojos, soy ciego, no poseo vista. Se oyó una exclamación de impaciencia y no se hizo esperar la réplica áspera:

'Conocemos todo sobre vos, más de lo que vos mismo jamás conoceréis. Os han sacado los ojos, pero el nervio óptico todavía está allí. Poniendo en práctica nuestros métodos científicos podremos hacer una conexión y veréis lo que nosotros queremos que veáis'.

"'¿Significa ello que recuperaré la vista para siempre? ', pregunté. 'No, eso no —fue la respuesta—, estamos valiéndonos de vos para lograr un objetivo. Devolveros vuestra vista significaría equiparos con un dispositivo que se adelantaría en mucho a los progresos de la ciencia en este mundo y eso no puede ser. Y ya hemos hablado bastante; llamaré ahora a mis asistentes'.

"Se oyó, entonces, un respetuoso golpe de llamada seguido por el ruido metálico. Luego, una conversación. Evidentemente habían entrado dos personas. Sentí que mi asiento se movía y traté de saltar hacia arriba. Para mi desesperación me di cuenta de que estaba completamente sujeto. No podía desplazarme, ni siquiera mover un dedo. Totalmente consciente fui llevado hacia adelante en ese extraño asiento que parecía deslizarse fácilmente en cualquier dirección. Nos trasladábamos a lo largo de pasajes donde los ecos me llenaban de impresiones extrañas. Más tarde se produjo una vuelta brusca del asiento y los más penetrantes olores asaltaron mis pituitarias contraídas. Nos detuvimos ante una orden dada en voz baja, y sentí que unas manos me tomaban las piernas y por debajo de los hombros. Con toda facilidad fui levantado hacia arriba, hacia el costado y hacia abajo. Me sentí alarmado, horrorizado sería la expresión más correcta. Mi terror creció cuando experimenté la presión de una tira colocada alrededor de mi brazo derecho exactamente sobre el codo, la cual se hizo tan intensa que tuve la sensación de que mi brazo se estaba hinchando. Luego se produjo un pinchazo en mi tobillo izquierdo y me invadió la extraordinaria sensación de que algo se

estaba deslizando en mi interior. Una nueva orden y dos discos helados oprimieron mis sienes. Entonces se oyó un murmullo a la distancia como el de una abeja y sentí que mi yo consciente se desvanecía.

Brillantes ráfagas de fuego relampaguearon ante mi vista. Rayos de luz verde, roja, púrpura, de todos colores. Entonces grité: no tenía visión, posiblemente debía hallarme en la Tierra de los Demonios, los que estarían preparando tormentos para mí. Un punzante filo de dolor —exactamente como el pinchazo de un alfiler— y el terror me aniquilaría. ¡Ya no me importaba nada! Una voz se dirigió a mí en mi propia lengua: 'No temáis, no vamos a dañaros. Estamos haciendo ajustes para que podáis ver. ¿Qué color percibís ahora? ' De esta manera olvidé mi temor cuando acusaba rojo, verde y otros colores. Di un alarido de asombro, veía, pero lo que veía era tan extraño que escasamente podía interpretarlo.

"¿Cómo puede uno describir lo indescriptible? ¿Cómo se puede pretender explicar a otro una escena cuando en el propio idioma no existen las palabras adecuadas ni hay conceptos que puedan adaptarse al caso? Aquí, en nuestro Tibet, estamos bien provistos de palabras y expresiones dedicadas a los dioses y a los demonios, pero cuando se trata de sus respectivas ocupaciones, no sé cuál elegir, qué puede hacerse, qué puede decirse y cómo puede describirse. Sólo puedo decir que vi. Pero mi vista no estaba ubicada en mi cuerpo y con mi vista podía verme yo mismo. Era una experiencia en extremo desalentadora y que no quisiera repetir jamás. Pero empecemos por el principio.

"Una de las voces me había pedido que dijera cuando viera rojo o verde u otros colores, y entonces se produjo esta terrible experiencia: sobrevino un relámpago estupendamente blanco y me encontré contemplando, pues ésta es la única expresión que me parece adecuada, una escena totalmente extraña a todo lo que había conocido. Estaba reclinado, medio acostado,

medio sentado, apoyado en lo que parecía ser una plataforma metálica. Daba la impresión de estar sostenido por un solo soporte y, por momentos, temía que todo el mecanismo se viniera abajo y yo con él. El ambiente general era de tal pulcritud como jamás había visto. Las paredes, hechas de algún material brillante, eran inmaculadas y de un tinte verdoso muy agradable y sedante. Por todos lados, en este poco común aposento, sumamente grande comparándolo con los cuales yo podría relacionar, había pesadas piezas de equipo que no puedo describir porque no encontraría las palabras que de modo alguno te hicieran imaginar su rareza.

"Pero la gente que allí estaba. . . bueno, fue tal la conmoción que me produjo que casi me hizo salir enfurecido, gritando; luego he pensado que quizás esto era una distorsión provocada por alguna jugarreta de esta visión artificial que me habían dado, mejor dicho, prestado. Un hombre se hallaba de pie al lado de alguna maquinaria. Juzgué que tendría dos veces la altura de nuestros más grandes procuradores. Diría que su altura era de alrededor de catorce pies, y poseía una cabeza de la más extraordinaria forma cónica que se alargaba hacia arriba hasta semejar el extremo de un huevo. Era enorme y completamente calvo. Parecía ataviado con una túnica verdosa —de paso, todos se hallaban vestidos con atuendos verdes— que se extendía desde el cuello directamente hasta los tobillos y curiosamente tapaba sus brazos hasta las muñecas. Quedé horrorizado al comprobar que una especie de película cubría sus manos y que todos tenían ese revestimiento extraño sobre ellas. Me pregunté qué significado religioso podría tener eso, ¿o pensarían que yo no era limpio y podrían contagiarse algo de mí?

"Desvié la mirada de este gigante; había dos que por su figura me impresionaron como mujeres. Una era muy morena y la otra muy rubia; una tenía cabello

ensortijado mientras que el de la otra era lacio y canoso. Pero como yo nunca he tenido experiencia en materia de mujeres, no puedo discutir sobre ello ni a ti te interesa.

"Las dos mujeres me observaban y de pronto una movió su mano en dirección hacia donde yo todavía no había mirado. Allí vi una cosa sumamente rara, un enano, un gnomo, un cuerpo muy, pero muy pequeño, como el de un niño de cinco años, calculo. Y la cabeza ¡ah! , la cabeza era inmensa, una gran cúpula por cráneo, calvo también, sin el menor indicio de cabello por donde se lo mirara. La barbilla era pequeñísima y la boca, distinta de la nuestra, semejaba un orificio triangular. Casi sin nariz, ésta no sobresalía sino que aparentaba una arruga. Era, sin lugar a dudas, la persona más importante del conjunto porque las otras miraban en su dirección con mucha deferencia y respeto.

"La misma mujer que había hablado movió de nuevo su mano y la voz de alguien cuya presencia no había notado todavía, habló en mi propio idioma, diciendo: 'Mirad hacia adelante, ¿os veis? '. Entonces se introdujo en mi campo visual y apareció un ser muy normal, tanto que parecía un mercader, quizás un mercader indio. Caminó hacia adelante y señaló una sustancia sumamente brillante. Miré hacia allí, por lo menos supuse que lo había hecho, pero mi vista estaba fuera de mi cuerpo. No tenía ojos y así, ¿dónde habían puesto ellos la cosa que estaba viendo por mí? Y divisé, sobre una pequeña plataforma agregada a este extraño banco de metal sobre el cual me hallaba reclinado, una suerte de caja. Me maravillaba en extremo el hecho de que cómo podía ver eso si eso era el objeto con el cual yo estaba viendo. De pronto se me ocurrió que lo que tenía al frente, la cosa brillante, era algo así como un reflector, manejado por un hombre muy normal que lo movía ligeramente, alteraba su ángulo o

lo inclinaba; luego, lancé un grito de horror y consternación porque me vi a mí mismo yaciendo sobre la plataforma. Ya me había visto así antes de que me quitaran los ojos. A veces, cuando iba a la orilla del lago a beber me veía reflejado en el plácido remanso y podía reconocerme. Pero aquí, en esta superficie en que me reflejaba contemplé una figura flaca, casi próxima a la muerte, que tenía una tira o faja alrededor de un brazo y otra alrededor de un tobillo. Tubos extraños emergían de aquellas fajas hacia donde yo no veía. Pero uno de ellos salía de una de las fosas nasales y se introducía en una botella trasparente, que, atada a una varilla de metal, estaba a mi lado.

"¡Pero la cabeza, la cabeza! Cuando lo recuerdo, escasamente puedo mantener la calma. De la cabeza, exactamente sobre la frente, salía una cantidad de piezas de metal que parecían cuerdas o cables y que asomaban de aquellas salidas. Los cables conducían principalmente a la caja que había visto sobre la pequeña plataforma de metal, a mi lado. Supuse que serían una extensión de mi nervio óptico que llegaba hasta la caja negra, pero miré con profundo terror, quise destruir las cosas que se hallaban frente a mí y me encontré con que todavía no podía moverme ni tenía posibilidad de hacerlo ni con un dedo. Yacía allí como protagonista y espectador de eso tan raro que me estaba sucediendo.

"El hombre con aspecto normal extendió su mano hacia la caja negra y, de haber podido moverme, hubiera retrocedido violentamente. Pensé que estaba hurgando con sus dedos en mi vista pero, en cambio, movió un poco la caja con lo cual me proporcionó una visión diferente. Pude ver alrededor de la parte de atrás de la plataforma sobre la cual descansaba y descubrí allí a otras dos personas. El aspecto de las mismas era bastante normal; una era de tez blanca y la otra amarilla, como de una mongólica. Ambas estaban

de pie mirándome, sin pestañear e ignorándome. Parecían algo aburridas de todo eso y recuerdo haber pensado que, de haber estado en mi lugar, ciertamente no se habrían aburrido. La voz habló nuevamente: 'Bien, esto y durante un breve tiempo, será vuestra vista. Estos tubos os alimentarán; existen otros que os desagotarán y atienden otras funciones. Por el momento no podréis moveros, pues tememos que, de permitirlo, podríais, en un rapto de locura, lastimaros. Por tanto, quedáis inmovilizado por vuestra propia protección; pero no temáis, nada malo os ocurrirá. Cuando hayamos terminado retornaréis a alguna parte del Tibet con vuestra salud mejorada y seréis normal, salvo que todavía no tendréis ojos. Comprended que no podéis llevar siempre con vos esta caja negra'. Sonrió ligeramente en mi dirección y, caminando hacia atrás, salió de mi campo visual.

"Varias personas se movilizaron controlando algunas cosas. Había una cantidad de extrañas cosas esféricas, como pequeñas ventanas cubiertas por el vidrio más fino. Pero detrás del vidrio parecía no haber nada de importancia, excepto una pequeña aguja que se movía e indicaba ciertas líneas raras. Esto no significaba nada para mí. Les dediqué una rápida mirada, pero se hallaban tan lejos de mi comprensión que lo pasé por alto, como algo existente mucho más allá de mi entendimiento.

"Pasó el tiempo y yo permanecía acostado; no experimentaba ningún síntoma de cansancio, sino por lo contrario un estado de éxtasis, casi insensible. Por supuesto, no sufría, no estaba preocupado. Parecía haberse producido un sutil cambio en la química de mi organismo; luego, en el borde de visión de la caja negra vi a una persona que hacía girar diversas saliencias que provenían de una cantidad de tubos de vidrio, todos ellos equipados con una estructura de metal. Cuando la persona daba vuelta esos botones, las peque-

ñas cosas detrás de las ventanitas de vidrio señalaban diversas marcas. El hombre más pequeño, a quien yo había considerado como enano y que parecía ser el único que se encontraba a cargo de eso, dijo algo. Y entonces, dentro de mi campo visual, apareció el que hablaba en mi propio idioma, diciéndome que me harían dormir un tiempo de manera que pudiera recobrarme y que, una vez que hubiera descansado y me hubiera alimentado, me mostrarían lo que tuvieran que enseñarme.

"No bien había terminado de hablar cuando mi consciente se desvaneció como si se hubiera desconectado. Posteriormente me enteré que, en realidad, ésa era la causa; disponían de un mecanismo que instantánea e inofensivamente podía eliminar el estado consciente en un abrir y cerrar de ojos.

"Cuánto tiempo dormí o estuve inconsciente no pude saberlo; tal vez una hora o quizás un día. Mi lucidez vino instantáneamente, de la misma manera en que me había sumido en el sueño. En un instante perdí la conciencia y en otro me hallé totalmente despierto. Para mi profundo desencanto mi vista aún no funcionaba. Me hallaba tan ciego como antes. Sonidos extraños irrumpieron en mis oídos: el rechinar de metal contra metal, el tintineo del vidrio y unas pisadas rápidas que se retiraban. Prevaleció el sonido metálico, y todo recobró la calma durante unos pocos momentos. Yo permanecía acostado pensando, maravillado ante todos estos acontecimientos extraordinarios que habían traído tanta agitación a mi vida. En el preciso momento en que el recelo y la ansiedad se apoderaban de mí, algo vino a distraerme.

"Se oyeron pisadas seguidas, breves y marcadas, junto con un rumor distante de voces. El ruido aumentó y penetró en la habitación donde me hallaba. Otra vez el sonido de algo metálico y las dos mujeres, pues decididamente lo eran, llegaron hacia mí hablando

todavía en tono agudo y nervioso, ambas a la vez o al menos así me parecía. Se detuvieron una a cada lado y, horror de horrores, me sacaron la única pieza de ropa que me cubría. No pude hacer absolutamente nada. Impotente e inmóvil yacía allí a merced de estas mujeres, tan desprovisto de ropas como cuando vine al mundo, totalmente desvestido ante la mirada de esas mujeres desconocidas. Yo, un monje que nada sabía de mujeres y que, lo confieso francamente, sentía espanto por ellas."

El anciano se detuvo. El joven monje lo miró horrorizado ante la terrible indignidad de tal suceso. Desde la frente del ermitaño bañada en traspiración caían las gotas sobre el cutis tirante mientras revivía ese desagradable momento. Con manos temblorosas alcanzó un jarro de agua y sorbió un poco, volviendo cuidadosamente el recipiente a su lado.

"Pero lo peor viene ahora, balbuceó dudando; las jóvenes mujeres me dieron vuelta e introdujeron un tubo en cierta parte reservada de mi cuerpo. Sentí que un líquido penetraba hasta hacerme casi reventar. Entonces, sin ceremonia alguna, fui levantado y apoyado sobre un recipiente muy frío que me fue ubicado debajo. Por pudor debo abstenerme de contar lo que siguió ocurriendo frente a esas dos mujeres. Pero esto fue simplemente el comienzo: lavaron mi cuerpo desnudo demostrando una descarada y gran familiaridad con las partes íntimas del cuerpo masculino. Me puse totalmente rojo, dominado por la mayor confusión. Me introdujeron varillas de metal, me quitaron el tubo de la fosa nasal y lo remplazaron torpemente por otro. Entonces me cubrieron con una túnica desde el cuello hasta los pies. Aún no habían terminado: sentí un doloroso desgarramiento en el cuero cabelludo y ocurrieron muchas cosas inexplicables antes que me embadurnaran con una sustancia muy pegajosa e irritante. Durante todo el tiempo, las jóvenes charlaban y

reían reprimidamente, como si el diablo les hubiera sorbido el seso.

"Después de mucho tiempo, el sonido metálico volvió a oírse; pasos más firmes se aproximaron, con lo cual la charla de las mujeres acabó. La Voz me saludó en mi propia lengua: 'Y. . . ¿cómo estáis ahora? '

" ¡Muy mal! —repliqué con sentimiento—; vuestras mujeres me desvistieron y me trataron de una manera demasiado chocante como para creerlo.' Según pude observar, esto le produjo una gracia enorme. En realidad, para ser sincero, rio ESTRUENDOSAMENTE, lo cual en nada mitigó mis sentimientos heridos.

"Y dijo: 'Teníamos que asearos y liberar vuestro cuerpo de todo desecho para alimentaros por el mismo método. Luego, los diversos tubos y las conexiones eléctricas debían remplazarse por otras esterilizadas. La incisión de vuestro cráneo debía ser revisada y nuevamente cubierta. Quedarán sólo unas cicatrices imperceptibles cuando nos abandonéis'.

El anciano ermitaño se inclinó hacia el joven monje. "Mira —dijo—, aquí, sobre mi cabeza, hay cinco cicatrices." El joven se incorporó y observó con profundo interés el cráneo del ermitaño. Efectivamente, las marcas estaban allí, cada una de ellas de alrededor de dos pulgadas de largo, y mostraba una depresión de una blancura de muerte. Qué espanto, pensó el monje, haber tenido que soportar tal experiencia a manos de mujeres. Se estremeció involuntariamente, y se sentó rápido como si temiera un ataque por abajo.

El ermitaño continuó: "No me sentí tranquilizado por tal seguridad, todo lo contrario, y pregunté: Pero, ¿por qué fui tan maltratado por esas mujeres? ¿No se disponía de hombres si ese tratamiento era tan absolutamente indispensable?

"Mi secuestrador —pues así lo consideraba— rio nuevamente y replicó: 'Querido mío, no seáis tan tontamente remilgado. Vuestro cuerpo desnudo —como tal—

nada significa para ellas. Aquí todos andamos sin ropas la mayor parte del tiempo cuando no estamos trabajando. El cuerpo es el Templo del Superyó y, por lo tanto, es puro. Los remilgados lo son porque tienen pensamientos pecaminosos. En cuanto a las mujeres que os atendieron, ése era su deber; son enfermeras y se hallan adiestradas para tal trabajo.'

"Pero, ¿por qué no puedo moverme? —pregunté—, y ¿por qué no se me permite ver? ¡Esto es una TORTURA!

"La respuesta fue: 'No podéis moveros porque podríais hacer saltar los electrodos y lastimaros o perjudicar vuestro equipo. No queremos que os acostumbréis demasiado a ver porque cuando dejéis este lugar seréis ciego una vez más, y cuanto más utilicéis la vista aquí más olvidaréis el sentido del tacto que desarrollan los no videntes. Sería una tortura para vos si os concediéramos la vista hasta que nos dejarais, pues luego os veríais indefenso. Vos estáis aquí no para vuestro placer sino para oír y ver y acumular conocimientos que trasmitiréis a otro que llegará y los asimilará. Normalmente este conocimiento debiera dejarse escrito, pero tememos despertar otro de aquellos furores como las "Sagradas Escrituras". El saber que vos asimiléis, una vez trasmitido, SERA escrito. Mientras tanto, recordad que estáis aquí para lograr un objetivo NUESTRO y no vuestro'."

En la cueva todo estaba tranquilo; el viejo ermitaño hizo una pausa y agregó: "Dejemos por un momento, debo descansar un rato. Tú traerás agua y limpiarás la cueva. Hay que moler cebada".

"¿Puedo limpiar vuestro recinto privado primero, Venerable? ", preguntó el monje.

"No, eso lo haré yo después que haya descansado. Tú vé a buscar arena nueva para mí y déjala aquí." Revolvió algo distraídamente en un pequeño nicho dentro de las paredes de la piedra. "Después de comer

tsampa y nada más que tsampa durante más de ochenta años —dijo algo pensativamente—, siento un extraño deseo de probar otro alimento aunque sea una sola vez antes de pasar a donde ya no necesitaré nada." Sacudió su blanca y vieja cabeza agregando: "Probablemente la impresión de una comida diferente me mataría". Y diciendo eso penetró en su sector privado, lugar a donde el joven monje no había entrado.

El monje se dirigió a la entrada para buscar una fuerte rama astillada y enérgicamente se puso a aflojar el compacto piso de la cueva. Arrastrando para afuera la capa endurecida, barrió todo el montón a través de la abertura y lo desparramó de manera de no obstruir el paso con el material que sacaba. Penosamente hizo el camino desde la orilla del lago hasta la caverna una y otra vez, trasportando en su túnica arremangada tanta arena como le era posible. Cuidadosamente, cubrió el piso con su nueva carga, apisonándola. Seis viajes más hasta la costa y ya tenía arena suficiente para el anciano.

En el extremo interior de la cueva había una roca alisada en su parte superior con una depresión formada por el agua años atrás. En el hueco echó dos puñados de cebada. La piedra redonda y pesada que estaba al lado era indiscutiblemente la herramienta que se reservaba para ese fin. Levantándola con algún esfuerzo, el joven se preguntó cómo un anciano como el ermitaño, ciego y debilitado por las privaciones, podía manejarla. Pero la cebada, ya tostada, debía ser molida. Llevando la piedra hacia abajo con un resonante ¡SHAS! la hizo rodar a medias y hacia atrás antes de levantarla para iniciar otro golpe. Monótonamente continuó aplastando la cebada, haciendo rodar la piedra para lograr una trituración más fina, sacando la harina y remplazándola por más grano. ¡SHAS. . .! ¡SHAS. . .! ¡SHAS. . .! Por último, con los brazos y la espalda dolorida, quedó satisfecho con la cantidad.

Limpió la roca y la piedra con arena para eliminar el residuo del grano, puso cuidadosamente el material molido en la vieja caja destinada a tal fin y se movió con desgano hacia la entrada de la cueva.

El último sol de la tarde todavía brillaba cálidamente. El joven monje yacía sobre una roca y distraídamente agitaba su tsampa con el índice para mezclarlo. Un pequeño pájaro posado sobre una rama, con la cabecita vuelta hacia un lado, observaba todo en posición de franca confianza. Desde las tranquilas aguas del lago emergía un gran pez que saltaba en el positivo intento de atrapar un insecto de bajo vuelo. Muy cerca, al pie de un árbol, un roedor empeñado en hacer su madriguera trabajaba ignorando completamente la presencia del joven. Una nube disipó el calor de los rayos del sol y el monje no pudo evitar un estremecimiento ante el repentino frío. De un salto se decidió a lavar su plato, refregándolo con arena. El pájaro voló con un asustado chillido y el roedor, dando una vuelta, se escurrió detrás del tronco del árbol, con los ojos brillantes como cuentas, a la espera de los acontecimientos. Escondiendo el plato entre los pliegues de su túnica, el joven se dirigió apresuradamente hacia la cueva.

En ella, el anciano se hallaba sentado, agobiado, con la espalda contra la pared. "Quisiera sentir el calor del fuego una vez más —dijo—, pues durante los últimos sesenta años o más no me ha sido posible encender una fogata. ¿Quisiérais hacerlo vos, así podríamos sentarnos a la entrada de la cueva? "

"Ciertamente —replicó el monje—, ¿tenéis pedernal o yesca? "

"No, nada tengo más que mi plato, mi caja de cebada y mis dos túnicas. Ni siquiera poseo una manta." El joven colocó su propia manta raída sobre los hombros del viejo y se encaminó hacia la salida.

A corta distancia de la cueva había caído una vieja

roca que cubría el suelo con ripio. El monje eligió dos pedernales redondos que se adaptaban cómodamente a su palma. Para hacer una experiencia los restregó entre sí con un movimiento áspero, quedando complacido al obtener un débil rayo de chispas al primer intento. Guardando las dos piedras en su túnica se llegó hasta un árbol seco y hueco que, evidentemente, había sido abatido por un rayo y se había secado hacía ya mucho tiempo. Examinó su cavidad interior y, raspando, obtuvo puñados de madera completamente seca y blanca, podrida y pulverizada. Cuidadosamente guardó todo en la túnica y levantó ramitas secas y quebradizas que halló desparramadas alrededor del árbol. Cargado de tal suerte que su fuerza se vio penosamente exigida emprendió su lento camino hacia la cueva, agradecido por poder volcar su carga sobre el costado exterior de la entrada y cuidando la dirección del viento para que después el humo no penetrara en la habitación.

Hizo una depresión superficial en el suelo arenoso y con los dos pedernales cerca y las ramitas secas quebradas a lo largo, depositó primeramente dos formando una cruz que luego cubrió con la madera podrida, previamente aplastada entre sus manos y reducida casi a la consistencia de harina. Se inclinó sobre eso y, tomando los dos pedernales —uno en cada mano— los frotó lateralmente entre sí hasta que una débil luz de chispas prendiera en la madera reseca. Insistió una y otra vez hasta que al fin apareció una minúscula llama. Inclinándose tanto que su pecho tocaba casi el suelo, cuidadosamente —y MUY cuidadosamente— sopló hacia la preciosa chispa. Gradualmente ésta se hizo más brillante. Poco a poco la diminuta luz creció hasta que el joven pudo estirar la mano y ubicar pequeñas ramitas secas en el lugar, haciendo puente con algunas. Sopló y sopló hasta que algo más tarde tuvo la satisfacción de ver que una llama real crecía y se movía entre las ramas.

Ninguna madre dedicó más cuidado a su recién nacido

que el que aplicó este muchacho a su fuego incipiente, que se hizo poco a poco más grande y brillante. Por último, triunfalmente, fue echando ramas cada vez más grandes al fuego que empezó a devorarlas ávidamente. Penetró en la cueva, informando al viejo ermitaño: "Venerable, vuestro fuego está listo, ¿puedo ayudaros? " Puso un sólido palo en su mano y, sosteniéndolo para que se pusiera de pie, rodeó el débil cuerpo con su brazo dirigiéndolo al lado del fuego, lejos del humo. "Iré a juntar más madera para la noche —dijo—, pero primero colocaré estos pedernales y la yesca en la cueva de manera que permanezcan secos." Así diciendo arropó la manta sobre los hombros de su señor, puso agua a su alcance y depositó los pedernales y la yesca en la cueva, al lado de la caja de cebada.

Dejando la caverna, el joven monje apiló más leña sobre el fuego y se aseguró de que el anciano estuviera a resguardo de cualquier peligro, sobre todo de las llamas. Se encaminó, entonces, hacia el lugar donde habían acampado los mercaderes. Quizás hayan dejado alguna leña, pensó. Pero no, no habían dejado leña; mejor que eso, el joven monje encontró un recipiente de metal que evidentemente habían perdido cuando cargaron los yacs o cuando partían. Podría ser que otro de los animales hubiera tropezado con él haciéndolo rodar detrás de una roca, pero lo cierto es que ahora, para el joven monje, representaba un tesoro. ¡Podría calentar agua! Debajo del recipiente encontró un sólido perno. El monje no podía adivinar para qué serviría, pero estaba seguro de que SERVIRIA para algo.

Buscando afanosamente en el bosquecillo de árboles pronto juntó un montón de leña bastante satisfactorio. En repetidos viajes a la cueva llevó ramas y palos. Todavía no le había contado al anciano lo que había encontrado; quería quedarse y saborear todo el placer de la alegría del viejo al saber que dispondrían de agua

caliente. Tenían té puesto que el mercader lo había proporcionado, pero hasta entonces no habían podido calentar agua.

La última carga de leña era demasiado liviana; hubiera sido un viaje desperdiciado. El joven merodeó en busca de una rama apropiada. Al lado de un matorral, cerca de la orilla del agua, divisó de pronto un montón de viejos trapos. No podía imaginarse cómo habrían ido a dar allí. El asombro dio paso al deseo. Al adelantarse para levantar los trapos, ya tenía un pie en el aire cuando del bulto salió un gemido. Inclinándose pudo comprobar que los "trapos" eran un hombre, un hombre tan delgado como difícilmente pudiera concebirse. Alrededor de su cuello tenía un cepo, una plancha de madera cuyos lados medían alrededor de dos pies y medio de longitud. Estaba dividido en dos mitades unidas por una bisagra en uno de los lados y, por el otro, por una aldaba y un candado. El centro de la madera tenía la forma exacta del cuello del que lo llevaba. El hombre era un esqueleto con vida.

El joven monje se arrodilló y separó las frondas de la espesura; se levantó y, corriendo, llegó hasta el agua y llenó su jarro. Rápidamente volvió adonde estaba el hombre caído y echó agua en su boca entreabierta; éste se estremeció y abrió los ojos, suspirando con alegría al ver al monje inclinado sobre él. "Traté de beber —murmuró—, y caí. Con esta tabla floté y casi me ahogo. Estuve en el agua durante días y sólo hace muy poco pude trepar y salir." Se detuvo exhausto. El joven le dio más agua, y luego agua bien mezclada con harina de cebada. "¿Podrías quitarme esto? —preguntó el hombre. Si golpeas la cerradura por los lados entre dos piedras saltará el resorte."

El monje se levantó y, llegando a la orilla del lago, buscó dos piedras fuertes. De vuelta, colocó la piedra más grande debajo de uno de los bordes del cierre dándole con la otra un poderoso golpe. "Intenta por el

otro borde —dijo el hombre— y golpea por donde atraviesa el perno. Luego tira con FUERZA hacia abajo." Cuidadosamente, el monje dio vuelta el borde del cierre por la orilla y dio un rudo golpe donde le habían indicado. Tirando después hacia abajo fue recompensado con un rechinar de hierro oxidado al separarse la cerradura. Suavemente abrió la plancha de madera y liberó el cuello del hombre, el cual estaba tan profundamente apretado que manaba sangre.

"Quemaremos esto —dijo el monje—, lástima desperdiciarlo."

CAPÍTULO III

Durante algún tiempo el joven permaneció sentado en el suelo con la cabeza del enfermo en sus brazos, tratando de alimentarlo con pequeñas cantidades de tsampa. Finalmente, se incorporó diciendo: "Tendré que llevarlo hasta la cueva del ermitaño". Levantó al hombre y se manejó para ponerlo sobre un hombro, con el rostro vuelto hacia abajo, doblado como una manta arrollada. Tambaleando bajo el peso, salió del bosquecillo y se encaminó hacia el sendero de piedra que llevaba a la cueva. Cuando creía que no llegaría nunca, se encontró al lado de la fogata. Suavemente lo dejó deslizarse hasta el suelo.

"Venerable —dijo—, encontré a este hombre en la espesura, al lado del lago. Tenía un cepo que le sujetaba la cabeza y está muy enfermo. Le saqué el cepo y lo he traído."

Con una rama, el joven monje atizó el fuego que chisporroteó liberando chispas que se elevaron, mientras el aire se llenaba de la agradable esencia de la madera ardiendo. Alejándose, sólo para amontonar más leña, volvió hacia el anciano ermitaño. "El cepo, ¿eh? —dijo éste—, eso significa que es un penado, pero ¿qué está haciendo aquí un penado? No importa lo que haya hecho; si está enfermo debemos hacer lo que podamos por él. Quizá pueda hablar."

"Sí, Venerable —murmuró el hombre con voz dé-

bil—, pero ya es demasiado tarde para mejorar físicamente. Necesito ayuda espiritual para morir en paz. ¿Puedo conversar con vos? ”

“Ciertamente —replicó el anciano ermitaño—, habla, te escucho.”

El enfermo humedeció sus labios con el agua que le fue servida por el joven monje, aclaró su garganta y dijo: “Yo era un próspero orfebre en la Ciudad de Lhasa. El negocio progresaba, tenía trabajo hasta de los lamasterios. Luego. . . ¡oh, desgracia de desgracias! los mercaderes indios trajeron mercadería barata de los bazares de la India. Mercadería ordinaria, inferior, que ellos llamaban de ‘fabricación en serie’, indigna de ser tocada por un orfebre como yo. Mi negocio se vino abajo y empezó a faltarme dinero. Mi esposa no tuvo valor para encarar la adversidad y prefirió abandonarme, uniéndose a otro, un mercader rico que la había pretendido antes que yo me casara con ella. El todavía no había sufrido la competencia de mis adversarios. Me quedé sin ayuda de nadie. Nadie que se ocupara de mí y nadie por quien preocuparme.”

Se interrumpió, agobiado por sus amargos pensamientos. El anciano ermitaño y el joven monje guardaron silencio, esperando que se recobrara. Entonces continuó: “La competencia era implacable: llegó un hombre de China con los yacs cargados de mercaderías aún más baratas. Mi negocio quebró. Nada tenía, salvo mis escasas reservas que ya nadie solicitaba. Un comerciante indio quiso quedarse con mi casa y todo lo que había en ella por un precio irrisorio. Me negué y él, burlándose de mí, me dijo que pronto la tendría por nada. Hambriento como estaba y desanimado, perdí la paciencia y lo arrojé de mi casa a empujones. Cayó en la calle golpeando su cabeza en una piedra que casualmente había en ese lugar, y se fracturó el cráneo.”

Nuevamente se detuvo el enfermo, dolido por los recuerdos y nuevamente los otros aguardaron en silen-

cio que continuara. "Me rodeó una multitud —prosiguió—, unos me culpaban y otros me encontraban razón. Pronto fui arrastrado ante un magistrado que oyó el relato del percance y, tras deliberar un breve lapso, me sentenció al cepo durante un año. El aparato fue traído y cerrado sobre mi cuello. Así, ya no podía alimentarme ni beber y quedé a merced de la buena voluntad ajena. No podía trabajar y debí mendigar, no solamente para obtener sustento sino también para ingerirlo. Tampoco podía acostarme, debí estar siempre parado o sentado."

Cada vez más pálido, pareció a punto de desplomarse. El joven habló: "Venerable, hallé un recipiente en el lugar en donde acampaban los mercaderes. Iré a traerlo y haré té." Levantóse y salió apresuradamente hacia el sendero donde había dejado la olla, el perno y el cepo. Recorriendo y explorando entre la maleza que rodeaba lo que fue el campamento, halló un gancho que evidentemente pertenecía al recipiente. Lo llenó con agua, después de frotarlo con arena, y regresó por el sendero llevándolo consigo junto con el gancho, el perno y el cepo. No bien llegó, con gran alegría, arrojó el pesado cepo directamente al fuego. Estrepitosamente se generaron las chispas y nubes de humo se elevaron en gruesas volutas mientras que, del mismo centro, por el orificio que se adaptaba al cuello, surgió elevándose una lengua de llama.

El monje penetró en la cueva y buscó los bultos que tan recientemente le había dado el mercader. Torta de té, una gran torta sólida de manteca de yac, quebradiza y un poquito rancia, pero que todavía podía reconocerse como manteca, un pequeño saco de azúcar morena, producto todo ello de un curioso convenio. Fuera, al lado de la fogata, deslizó cuidadosamente un palo por la manija de la olla, ubicándola en el centro del fuego brillante. Retirando el palo lo puso con toda atención a un costado. La torta de té ya estaba rota

en pedazos, de manera que seleccionó algunos de los trozos más pequeños, incorporándolos en el agua que ahora empezaba a calentarse. Separó un cuarto de la manteca sólida con ayuda de una piedra lisa y afilada y lo echó en el agua que ya hervía, con lo cual se deshizo y desparramó una gruesa capa amarilla sobre la superficie. Un pequeño terrón de bórax, parte de uno más grande que contenía la bolsa del té, lo siguió en el orden de la mezcla para mejorar el sabor y luego, ¡oh maravilloso convenio! , un puñado entero de azúcar morena. Tomando una rama recientemente descortezada, el joven monje revolvió la mezcla con energía. Ahora, toda la superficie aparecía oscurecida por el vapor, de manera que deslizó el palo por debajo de la manija, levantando la olla.

El viejo ermitaño había seguido el procedimiento con sumo interés. Los diversos sonidos lo informaban sobre la etapa en que se hallaba el proceso. Entonces, sin esperar a que se lo invitara, extendió su jarro. El joven lo tomó y, espumando la nata de impurezas, palitos y burbujas de la mezcla lo llenó hasta la mitad, entregándoselo cuidadosamente. El penado susurró que él tenía un plato entre sus harapos. Sacándolo, lo recibió lleno ya que, pudiendo ver, no era probable que lo volcara. El joven llenó entonces su propio recipiente y volvió a sentarse y a beber con un suspiro de satisfacción, la satisfacción que experimenta todo aquel que ha trabajado duramente en pos de algo útil. Durante un rato todo estuvo tranquilo; cada uno permanecía sentado absorto en sus propios pensamientos. De vez en cuando el joven monje se levantaba a llenar los jarros de sus compañeros o el suyo propio.

La noche se hizo oscura y un viento frío suspiraba entre los árboles haciendo susurrar las hojas en expresión de protesta. Las aguas del lago crecieron, se rizaban, y el murmullo de las olas se perdía entre los guijarros echados a la orilla. Cautelosamente el joven

monje tomó al ermitaño de la mano y lo condujo al oscuro interior de la cueva; luego, volvió al lado del enfermo, que se despertó cuando el monje lo levantó. "Debo hablar —dijo— pues me queda poca vida." El monje lo llevó a la cueva y, cavando un hoyo para que ubicara el hueso de la cadera, hizo un montículo para la cabeza. Salió nuevamente para amontonar arena alrededor del fuego y cubrirlo con el fin de mantenerlo durante toda la noche. Por la mañana, las cenizas todavía conservarían brasas y resultaría fácil convertirlas en sostenida llama.

Los tres hombres, uno anciano, otro de mediana edad y el tercero acercándose a la adultez, sentados o acostados próximos el uno al otro, recomenzaron su diálogo. "Mi tiempo se acorta —dijo el penado—, siento que mis antepasados ya se aprestan para saludarme con la bienvenida al hogar. Durante un año he sufrido y he desfallecido de hambre. Durante un año he errado desde Lhasa a Phari y viceversa buscando alimento, ayuda. Buscando. He visto a grandes lamas que me rechazaron duramente y a otros que me brindaron su bondad. Los he visto darme humildemente lo que ellos tenían que procurarse ansiosamente. Durante un año he estado errando como el más infeliz de los nómadas. He luchado contra los perros para arrebatarles sus mendrugos y, al final, darme cuenta de que no podía alcanzarlos a mi boca." Se detuvo y bebió un trago del té frío que estaba a su lado, ahora espeso por la manteca solidificada.

"Pero, ¿cómo llegaste hasta nosotros? " —preguntó el anciano con voz trémula.

"Me incliné sobre el agua en el extremo más distante del lago para beber. El cepo me hizo perder el equilibrio y caí adentro. Un fuerte viento me empujó a través del lago; transcurrieron la noche y el día y nuevamente la noche y el día siguiente. Los pájaros se posaban sobre el cepo y trataban de picotear mis ojos.

Gritando los ahuyentaba. En cierto momento fui arrastrado a gran velocidad y perdí el conocimiento. No sé cuánto tiempo estuve a la deriva. Hoy muy temprano mis pies tocaron el fondo del lago y desperté. En lo alto, un buitre sobrevolaba, de manera que me esforcé y me arrastré hasta la costa para caer de cabeza en la espesura donde el joven sacerdote me halló. Estoy extenuado, mis fuerzas me abandonan y pronto estaré en el Reino Celestial".

"Descansa durante la noche —dijo el ermitaño—, los Espíritus de la Noche velan. Debemos hacer nuestros viajes astrales antes de que sea demasiado tarde." Con ayuda de su bastón se puso de pie y, con dificultad, se encaminó hacia su sector íntimo. El joven monje dio un poco de tsampa al enfermo, lo instaló más cómodamente y luego se acostó para meditar sobre los acontecimientos del día, hasta que se quedó dormido. La luna se elevó hasta lo más alto y majestuosamente se corrió hacia el otro lado del firmamento. Los ruidos de la noche cambiaban a medida que las horas trascurrían. Por aquí, el murmullo y el zumbido de los insectos; más allá, hendía el aire el chillido de espanto de algún pájaro nocturno. Las montañas crujían al resquebrajarse las rocas heladas en el viento de la noche. Cerca, un desprendimiento de piedra aportó su estruendo a la oscuridad a medida que los cascotes caían hasta dejar una honda marca en la tierra duramente apelmazada. Un roedor desvelado llamaba urgentemente a su pareja y miles de cosas desconocidas se hacían oír rozando las rumorosas arenas. Poco a poco las estrellas palidecieron y los primeros rayos, precursores del día, cruzaron vertiginosamente el firmamento.

Repentinamente, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, el joven monje se incorporó. Totalmente despierto y con los ojos muy abiertos se sentó tratando en vano de penetrar la intensa oscuridad de la

caverna. Conteniendo la respiración aguzó el oído. No puede ser un ladrón, pensó. Ninguno de ellos vendría aquí; todos saben que el anciano nada tiene. El ermitaño, ¿se sentiría mal?, se preguntó. Levantándose hizo con toda precaución el camino hasta el final de la cueva. "¡Venerable! —llamó—, ¿os sentís bien?"

El ruido denunció el movimiento del anciano: "Sí, quizá sea nuestro huésped." El joven monje se sorprendió, pues había olvidado completamente al penado. Volviéndose se dirigió hacia la entrada que se veía como una mancha gris plomo sobre la noche. Sí, el bien protegido fuego todavía tenía vida. Tomando un palo, el joven monje lo metió en el ardiente corazón rojo y sopló con fuerza. Al aparecer la llama empezó a acumular más palillos sobre el fuego renaciente. Para entonces, el primer palo ya estaba completamente encendido en el extremo. Llevándolo, a manera de antorcha, regresó rápidamente a la cueva.

La tea proyectaba grandes sombras que danzaban alocadamente sobre las paredes. El monje dio un salto al iluminar la débil luz de la antorcha una figura ante sí: era el ermitaño. A los pies del joven monje yacía el penado, encogido, con las piernas hacia arriba, contra el pecho. La antorcha se reflejaba en sus ojos desmesuradamente abiertos comunicándoles una impresión de parpadeo. La boca caía abierta y un delgado hilo de sangre coagulada partía desde las comisuras, cruzaba las mejillas y se acumulaba abultadamente en los oídos. Repentinamente se produjo un gorgoteo y el cuerpo se retorció espasmódicamente, estirándose en un arco tenso para relajarse en una violenta y final exhalación de aliento. Otra vez un crujido y luego la regurgitación de los líquidos. Los miembros se aflojaron y las facciones se volvieron fláccidas.

El anciano ermitaño y el joven monje, juntos, entonaron el Servicio para la Liberación de los Espíritus que Parten y dieron direcciones telepáticas para su

tránsito al Reino Celestial. Desde afuera, la luz se hizo más brillante. Las aves comenzaron su canto y el nacer de un nuevo día se halló con la muerte.

"Tendrás que sacar el cuerpo —dijo el anciano—, desmembrarlo y exponer las entrañas de manera que los buitres puedan efectuar un correcto entierro del aire."

"No tenemos cuchillo, Venerable", protestó el joven.

"Yo tengo un cuchillo —replicó el ermitaño—, lo conservo para que mi propia muerte sea correctamente dirigida. Aquí está. Cumple con tu deber y devuélvemelo después."

Con disgusto el joven monje levantó el cadáver y lo llevó fuera de la cueva. Cerca del despeñadero había una laja grande y lisa. Con mucho esfuerzo trasportó y colocó el cuerpo sobre la superficie uniforme, quitándole los sucios harapos. En lo alto ya se sentía el batir de fuertes alas; los primeros buitres habían aparecido al olor de la muerte.

Temblando, el joven hundió la punta del cuchillo en el magro abdomen y lo arrastró hacia abajo. Por la herida abierta hallaron salida los intestinos. Tomando con rapidez las vueltas pegajosas las sacó afuera. Desparramó sobre la roca el corazón, el hígado, los riñones y el estómago. Con incisivos tajos y retorciendo las articulaciones, desprendió los brazos y las piernas. Desnudo y cubierto de sangre huyó de la macabra escena y se arrojó al lago. Dentro del agua se refregó repetidas veces con puñados de fina arena mojada; luego lavó cuidadosamente el cuchillo del viejo ermitaño, puliéndolo con arena.

Ahora estaba temblando de frío y emoción. El viento soplaba helado sobre su cuerpo desnudo. Sentía como si el agua, deslizándose hacia abajo, fuera los dedos de la muerte que marcaban surcos sobre su piel estremecida. Rápidamente salió del agua y se sacudió

como un perro. Corriendo devolvió un poco de calor a su cuerpo. Al lado de la entrada de la cueva levantó su túnica y se la puso, pues se la había quitado para que no se ensuciara al contacto con el cadáver descuartizado. Cuando ya iba a entrar recordó que su tarea no había terminado; lentamente desandó el camino hasta la piedra donde los buitres todavía luchaban por las mejores presas. El joven monje quedó admirado al contemplar cuán poco quedaba del cuerpo. Algunos de los pájaros se posaron satisfechos sobre las rocas cercanas y plácidamente arreglaban sus plumas, mientras otros picoteaban esperanzados entre las costillas del cadáver. Ya la cabeza estaba totalmente despellejada.

Tomando una pesada roca, el joven la empujó con toda su fuerza sobre el cráneo desnudo, quebrándolo como si fuera la cáscara de un huevo y logrando su propósito de que los sesos quedaran a la vista para los siempre hambrientos buitres. Recogió los harapos y el plato del muerto, retornó a la fogata y los arrojó al centro de ella, donde la llama ardía. A un lado, todavía al rojo, asomaban las partes metálicas del cepo, el único y último resto de lo que una vez fuera un artesano de fortuna con esposa, casas y grandes habilidades. Reflexionando sobre ello, el joven monje dio una vuelta y penetró en la cueva.

El anciano estaba sentado en meditación, pero levantó su cabeza al oír que su pupilo se acercaba. "El Hombre es temporario, el Hombre es frágil" —dijo. "La Vida terrenal es sólo una ilusión; la Gran Realidad se halla más allá. Tomaremos nuestro desayuno y luego continuaremos la trasferencia del Conocimiento, pues hasta que no te haya informado de TODO no podré dejar mi cuerpo. Cuando esto ocurra, quiero que hagas por mí lo que acabas de hacer por nuestro amigo, el penado. Ahora alimentémonos porque debemos conservar nuestras energías tanto como podamos. Ve a buscar agua y caliéntala. Con mi fin tan

próximo puedo permitir este pequeño halago a mi cuerpo."

El joven levantó la olla, salió de la cueva y bajó hasta el lago, evitando escrupulosamente el lugar donde se había bañado para lavarse la sangre del muerto. Frotó con cuidado el jarro del ermitaño y el suyo y, llenando el recipiente con agua, lo llevó en su mano izquierda mientras con la derecha arrastraba una robusta rama de árbol. Un buitre solitario descendió precipitadamente para observar lo que pasaba. Posándose con pesadez cubrió unos pocos pasos en breves saltos y luego se agitó en el aire nuevamente con un grito de disgusto al sentirse defraudado. Más allá, arriba, a la izquierda, otra de estas aves, en extremo saciada, trataba en vano de levantarse en vuelo. Corría, saltaba y sacudía fuertemente el aire batiendo sus alas. Había comido demasiado. Finalmente, renunciando y avergonzada, escondió la cabeza debajo del ala y decidió dormir a la espera de que la Naturaleza la aliviara de su peso. El joven monje rio sarcásticamente al pensar que hasta los buitres podían llegar a hartarse y se preguntó con verdadero interés qué sensación se experimentaría al comer demasiado. El jamás había ingerido lo suficiente; como la mayoría de los monjes siempre, en algún grado, vivía hambriento.

Pero había que hacer el té; el Tiempo no se detenía. Puso la olla sobre el fuego para calentar el agua y trajo el té, la manteca, el bórax y el azúcar. El anciano permanecía sentado, expectante.

Pero nadie puede quedarse bebiendo té durante mucho tiempo cuando las llamas de la vida se están apagando y la vitalidad se escurre poco a poco. Pronto el anciano ermitaño se ubicó nuevamente mientras el joven monje atendía el fuego; "el precioso fuego del anciano", después de más de sesenta años sin él, años de frío, de total renunciamiento, de hambre y privaciones y que sólo la Muerte podría extinguir. Años en

los cuales, si no hubiera sido así, la existencia del ermitaño no hubiera tenido objeto; en cambio, había sido recompensada por el saber que, después de todo, era una TAREA. El joven monje volvió a la cueva oliendo a humo de madera recién quemada. Rápidamente se sentó ante su Señor.

"En ese lejano Lugar, hace tanto tiempo, descansaba sobre la extraña plataforma de metal. Mi secuestrador me había aclarado que yo estaba allí no para mi placer sino para el de ellos, como Depositario de Conocimiento —dijo el anciano. Les pedí que me explicaran cómo podía yo empeñar un interés razonado si era simplemente un cautivo que no tenía ninguna voluntad de cooperar porque no le asistía ni la más vaga idea de dónde se encontraba ni para qué lo estaban utilizando. ¿Cómo PUEDO yo interesarme cuando vosotros me consideráis una basura? Me habéis tratado peor de lo que nosotros tratamos al cadáver que ha de alimentar a los buitres. Nosotros sentimos tanto respeto por los muertos como por los vivos; en cambio para vosotros parecería que yo fuera la escoria que ha de arrojarse al campo con el más mínimo gesto. ¡Y todavía proclamáis que sois civilizados poniendo en práctica estos medios!

"El hombre fue evidentemente sacudido y no poco impresionado por mi ex abrupto. Lo oí pasearse por la habitación, arrastrando los pies, hacia el frente, volverse luego hacia atrás y luego hacia adelante, de nuevo. De pronto se detuvo a mi lado y dijo: 'Consultaré a mi superior'. Salió apresuradamente y sentí cómo levantaba un objeto duro que sonaba constantemente con un runrún metálico y un golpeteo rítmico. Conversan, pensé. El hombre que había estado conmigo habló al fin haciendo la misma suerte de ruido peculiar. Claramente se percibía que estaban en una discusión que duró unos pocos minutos. La máquina hizo oír su peculiar sonido y el hombre regresó.

"Dijo: 'En primer término os mostraré esta habitación y os contaré sobre nosotros: lo que somos, lo que estamos haciendo y trataré de conseguir vuestra ayuda por medio de la comprensión. ¡Aquí tenéis vista! '

"La luz y la vista llegaron hacia mí. Una vista muy particular también: estaba mirando hacia arriba, por debajo de la barba del hombre, hacia sus fosas nasales. La presencia de los pelos en ellas, quién sabe por qué motivo, me divirtió enormemente y comencé a reír. Se inclinó hacia aadelante y uno de sus ojos llenó totalmente mi campo visual. ' ¡Oh! —exclamó— alguien ha invertido la caja'. El mundo empezó a dar vueltas sobre mí, mi estómago se descomponía y sentí náuseas y vértigo. 'Lo siento —dijo—, debí haber desconectado antes de dar vuelta la caja. No importa, os sentiréis bien en seguida. ¡Estas cosas suelen ocurrir! '

"Entonces pude verme a mí mismo. Fue una experiencia horrible ver mi cuerpo escuálido, pálido y descolorido que yacía con tantos tubos y agregados que salían de él. Fue una gran impresión, por cierto, verme y contemplar mis párpados tan apretadamente cerrados. Me hallaba acostado en lo que aparentemente era una delgada lámina de metal sostenida sólo por una columna. Agregada al pie de la columna veía una cantidad de pedales, mientras que a mi lado se levantaba una varilla que sostenía botellas llenas de líquidos de colores. De alguna manera éstas estaban conectadas a mí. El hombre dijo: 'Os halláis sobre una mesa de operaciones. Con estos pedales —y los tocó— podemos poneros en la posición deseada'. Presionó uno y la mesa hizo un giro. Apretó otro y se inclinó en tal grado que temí caer. Otro, y se elevó tanto que yo podía ver exactamente debajo de ella. Una experiencia pavorosa que produjo las más extrañas sensaciones en mi estómago.

"Las paredes eran evidentemente de metal, del color verde más agradable. Jamás había yo visto antes mate-

rial tan fino, pulido, sin mancha alguna; seguramente se habría usado algún procedimiento especial de juntura porque no se advertía unión en donde las paredes, el piso y el cielo raso terminaban o comenzaban. Las paredes se 'deslizaban', por así decirlo, dentro del piso o el cielo raso. No existían rincones agudos ni un solo borde en arista. Entonces, un sector de la pared se corrió con ese ruido metálico que yo bien conocía, y asomó una extraña cabeza, cuyos ojos echaron una rápida mirada alrededor, desapareciendo bruscamente. La pared se corrió y quedó cerrada.

"Sobre la pared del frente había algunas ventanitas ordenadas en línea, algunas de las cuales eran del tamaño de la palma de la mano de un hombre grande. Detrás de sus vidrios se veían agujas dirigidas a ciertas marcas rojas o negras. Otras ventanas rectangulares más grandes atrajeron mi atención: un reflejo azul casi místico emanaba de ellas. Extraños puntos de luz se movían y danzaban en un incomprensible diseño, mientras que todavía en otra ventana una línea roja pardusca oscilaba hacia arriba y hacia abajo en forma curiosamente rítmica, semejante casi a la danza de una serpiente. El hombre —que llamaré mi Secuestrador— sonrió ante el interés por mí demostrado. 'Todos estos instrumentos se refieren a VOS —dijo— y aquí se hallan indicadas nueve ondas de vuestro cerebro. Nueve ondas sinusoidales separadas, con la potencia de la electricidad de vuestro cerebro impuesta sobre ellas. Ellas demuestran que sois de una mentalidad superior, así como que tenéis una capacidad de memoria verdaderamente notable, de ahí vuestra adaptabilidad para esta tarea.'

"Muy suavemente, dio vuelta la caja de vista, y señaló un extraño conjunto de cosas de cristal que anteriormente había estado más allá de mi campo visual. Esto —explicó— os alimenta continuamente por vuestras venas y expele los residuos desde vuestra san-

gre. Estas otras desagotan los productos de desecho de vuestro cuerpo. Ahora estamos en el proceso de mejorar vuestra salud general de manera de prepararos suficientemente para soportar el inevitable choque de todo lo que sufriréis ante lo que vamos a mostraros. Y habrá choque, aunque os consideréis un sacerdote educado. Comparado con nosotros sois el más débil e ignorante salvaje y, lo que para nosotros es un lugar común para vos serán milagros casi más allá de lo creíble. Una primera introducción a nuestra ciencia siempre provoca un grave choque psíquico. Con todo, debe correrse este riesgo y HABRA riesgo aunque no escatimemos esfuerzo para reducirlo al mínimo.'

"Rió y dijo: 'En los servicios de vuestro templo dais mucha importancia a los sonidos del cuerpo. ¡Oh, sí! , conozco todo sobre vuestros oficios, pero, ¿habéis REALMENTE oído sonidos del cuerpo? ¡Escuchad! ' Volviéndose, fue hasta la pared y presionó un brillante botón blanco. Inmediatamente, desde una cantidad de pequeños orificios, llegaron sonidos que reconocí como provenientes del cuerpo. Sonriendo, dio vuelta a otro botón y los sonidos aumentaron y llenaron totalmente el recinto. Tac, tac hacían los latidos del corazón de tal manera que todo lo de cristal que estaba detrás de mí vibraba al unísono. Un nuevo toque de botón y los latidos del corazón cesaron para dar paso al gorgoteo de los líquidos humorales, pero con intensidad comparable a las corrientes de la montaña que se deslizan vertiginosamente sobre un lecho de piedra en su ansiedad por llegar al mar todavía demasiado lejano. Luego, el soplido de los gases como una tormenta abriéndose paso entre el follaje de robustos árboles. Chapoteos y golpes apagados como si grandes piedras fueran arrojadas violentamente a un lago muy profundo. 'Vuestro cuerpo —dijo—; los sonidos de vuestro cuerpo. Nosotros conocemos TODO acerca de vuestro cuerpo.'

"Despreciable Secuestrador —dije—; ESTO no es maravilla, ESTO no es milagro. Nosotros, pobres salvajes ignorantes, aquí en el Tibet podemos hacerlo tan bien como eso. También podemos magnificar el sonido, no tanto lo admito, pero podemos hacerlo. También podemos liberar el alma del cuerpo. . . y hacerla regresar.

"Me miró con expresión burlona: '¿Podéis? —dijo—. No os espantáis fácilmente, ¿eh? Nos consideráis enemigos, secuestradores, ¿eh? '

"Señor —repuse—, todavía no me habéis demostrado amistad, no me habéis dado razón por la cual debiera yo confiar en vosotros y cooperar con vosotros. Me mantenéis paralizado, en cautiverio, del mismo modo que las avispas aprisionan a sus víctimas. Algunos entre vosotros me parecen demonios; tenemos sus mismas figuras y los despreciamos como criaturas de pesadilla provenientes del mundo infernal. Y aquí son colaboradores vuestros.

"Mi interlocutor replicó: 'Las apariencias engañan. Algunos de ellos son la gente más bondadosa. Muchos que tienen aspecto de santos son proclives a cualquier acto vil que lucubren sus mentes pervertidas. Hasta vosotros, como buenos salvajes, andáis por sendas equivocadas bajo la apariencia externa de personas'.

"Señor —fue mi respuesta—, todavía me queda por determinar hacia dónde se inclinan vuestros intereses: hacia el bien o hacia el daño. Si vuestros objetivos son buenos y yo quedo convencido, entonces, y sólo entonces, cooperaré con vosotros. De otra manera, haré uso de todos los medios que pueda para evitar vuestros propósitos, no importa lo que me costare.

"Su airada respuesta no se hizo esperar: 'Pero, seguramente estaréis de acuerdo en que os hemos salvado la vida cuando estábais desfalleciente y enfermo, ¿no? '

"Con mi más sombría expresión repliqué: 'Salvasteis

mi vida, ¿para QUE? Me hallaba en el camino del Reino Celestial; vosotros me habéis retenido. Nada que hagáis ahora podrá ser tan despiadado. ¿Qué significa la vida para un hombre ciego? ¿Cómo puede estudiar el no vidente? ¿Cómo podré obtener alimento ahora? ¡No! No es bondadoso prolongar mi vida; vos mismo habéis afirmado anteriormente que no estoy aquí para mi placer sino para VUESTRO propósito. ¿Dónde está entonces la bondad? Me habéis sujetado aquí y he servido de diversión a vuestras mujeres. ¿Dónde está todo eso tan bueno de que habláis? '

"Quedó mirándome con las manos en las caderas: 'Sí —dijo finalmente—, desde vuestro punto de vista no hemos sido bondadosos, ¿verdad? No obstante, quizá logre convenceros y entonces SEREIS muy útil, ciertamente'. Se volvió y caminó hacia la pared. Esta vez yo vi lo que hizo. Se puso frente a un tablero lleno de pequeños orificios y empujó un punto negro. Se encendió una luz sobre el plano agujereado, ampliándose en una bruma luminosa. Y allí, para mi estupor, un rostro y una cabeza se formaron en colores vívidos. Mi Secuestrador habló, al fin, en su extraña y remota lengua y luego quedó en silencio. Petrificado de asombro vi cómo la cabeza giraba en mi dirección y cómo arqueaba sus pobladas cejas. Luego, una sonrisa, casi una mueca, apareció en la comisura de sus labios. Hubo una exclamación breve y fuerte y la luz se desvaneció. La bruma se arremolinó y pareció que la pared la había succionado. Mi secuestrador se volvió hacia mí con el rostro lleno de satisfacción. 'Perfectamente, amigo —dijo—, habéis demostrado ser todo un carácter, un hombre muy recio. Ahora estoy autorizado para enseñaros lo que ningún otro ser en vuestro mundo ha visto.'

"Volvió a la pared y tocó la mancha negra. La bruma se formó nuevamente, esta vez con la cabeza de una joven mujer. Mi secuestrador le habló, sin lugar a

dudas impartiendo órdenes. Ella asintió con la cabeza, miró curiosamente en mi dirección y su figura se desvaneció.

"Mi secuestrador dijo: 'Tendremos que esperar unos momentos. He pedido que me traigan un dispositivo especial con el cual os haré ver lugares de vuestro mundo. Ciudades del mundo. ¿Tenéis alguna preferencia en cuanto a lo que quisiérais ver? '

"No conozco el mundo —repliqué—; no he viajado.

"Me contestó reconviniéndome: 'Sí, pero seguramente habéis oído hablar de ALGUNA ciudad'.

"Bien, he oído hablar de Kalimpong —respondí.

"'Kalimpong, ¿eh? Un pequeño poblado indio de frontera; ¿no podéis optar por algún lugar mejor? ¿Qué pensáis de Berlín, Londres, París o El Cairo? Seguramente querríais ver algo mejor que Kalimpong.'

"Señor —repliqué—, no tengo interés por los lugares que mencionáis. Ellos nada significan para mí, salvo lo que he oído entre los mercaderes sobre esos lugares. No me interesan. Aun si viera fotografías de allí tampoco podría decir si reflejan la verdad. Si realmente ese maravilloso artefacto vuestro puede hacer lo que vos decís, entonces quiero ver a Lhasa, Phari, la Puerta Occidental, la Catedral de Potala. Conozco todo eso y podré certificar si vuestro invento es real o un ingenioso engaño.

"Me miró con una expresión particular, de verdadero estupor. Luego, con un visible esfuerzo, se recobró y dijo: 'Mi tarea observada por un primitivo analfabeto, ¿eh? Y el amigo tiene razón, también. Hay algo en este astuto nativo, después de todo. POR SUPUESTO, tiene que tener un punto de referencia; de otro modo no llegará a impresionarse en manera alguna. ¡Bien! ¡Bien! '

"El panel corredizo fue movido hacia un lado y cuatro hombres aparecieron llevando una caja muy grande que parecía flotar en el aire. La caja parecía de

considerable peso pues, aunque semejaba flotar, costaba mucho moverla, cambiar su dirección o detenerla. Poco a poco, la caja era llevada de un lado a otro dentro de la habitación donde yo estaba acostado. Por un momento tuve temor de que fuera a dar vuelta mi mesa cuando la empujaban o arrastraban. Uno de los hombres tropezó con la caja del ojo y los giros resultantes me dejaron mareado y aturdido por un rato. Por último, después de mucha discusión, la caja fue ubicada contra la pared en línea directa a mi vista. Tres de los hombres se retiraron y cerraron el panel detrás de ellos.

"El cuarto y mi secuestrador se empeñaron en animada controversia, gesticulando mucho. Finalmente mi secuestrador se volvió hacia mí, informando: 'Dice que no podremos ver a Lhasa porque está demasiado cerca; necesitamos mayor distancia para poder enfocar'.

"No repliqué. Permanecí como si no pasara nada. Después de un breve intervalo mi secuestrador preguntó: '¿Os gustaría ver Berlín? ¿Bombay? ¿Calcuta?'

"Mi respuesta fue: ¡No, no quiero; están demasiado lejos para mí!

"Volvióse hacia el otro hombre, reconviniéndolo, quien lo miró próximo al llanto; movió sus manos en completa frustración y, desesperado, cayó de rodillas frente a la caja. El frente fue deslizado y vi lo que parecía ser exactamente una gran vidriera o ventana y nada más. Luego el hombre sacó algunas herramientas de metal de sus ropas y se arrastró hacia la parte trasera de la extraña caja. Unas luces raras brillaron en la ventana, y se formaron remolinos de colores que nada representaban. La imagen onduló, fluctuó y giró. En cierto momento, unas sombras formaron lo que PODIA haber sido el Potala, aunque también podía haber sido humo.

"El hombre salió, arrastrándose, desde atrás de la caja, mascullando algo, y dejando apresuradamente la

habitación. Mi secuestrador, mirando muy disgustado, dijo: 'Nos hallamos tan próximos a Lhasa que no podemos ponerla en órbita. Es como querer ver por un telescopio cuando se está más cerca de lo que el instrumento puede enfocar. Trabaja bien a la distancia, pero de cerca NINGUN telescopio podrá captar la imagen. Tenemos el mismo inconveniente aquí. ¿Lo entendéis? '

"Señor —repliqué—, vos habláis de cosas que yo no entiendo. ¿Qué es eso de telescopio que mencionáis? Jamás he visto uno. Decís que Lhasa está demasiado cerca; yo creo que es un largo camino que lleva mucho tiempo. ¿Cómo puede estar tan cerca?

"Una expresión agonizante ensombreció el rostro de mi secuestrador; se tiró del pelo y, por un momento, pensé que sería presa de contorsiones. Luego se calmó haciendo un esfuerzo y dijo: 'Cuando teníais vuestros ojos, ¿habéis llevado alguna vez algún objeto tan cerca de ellos que no podíais verlo con nitidez? ¿Tan próximo a vuestros ojos que quedaba fuera de vuestro campo visual? ESO es lo que quiero decir, ¡NO PODEMOS CAPTAR LA IMAGEN A TAN CORTA DISTANCIA! '

CAPÍTULO IV

"Lo miré o, por lo menos, sentí como si lo mirara, porque es una experiencia muy compleja eso de tener la cabeza en un lugar y la vista a muchos pies de distancia. De cualquier manera, lo miré y pensé: ¿de qué maravilla me habla? Este hombre dice que puede mostrarme ciudades que están al otro lado de la tierra y en cambio no puede hacerlo con las de mi propio país. Así, dije: Señor, ¿queréis poner algo frente a la caja de vista de manera que pueda juzgar ese asunto del foco por mí mismo?

"Asintió con la cabeza en instantáneo acuerdo y echó una ojeada a su alrededor, como si se preguntara qué hacer. Luego tomó desde el fondo de mi mesa una hoja traslúcida de algo, sobre la cual había marcas muy extrañas, como jamás había visto antes. Evidentemente estaba destinada a la escritura, pero hizo pasar lo que parecían ser unas pocas hojas y llegó a algo que lo satisfizo en grado sumo porque sonrió complacido. Mantuvo la cosa detrás de su espalda a medida que se aproximaba a la caja de mi vista.

"'Bien, amigo —exclamó—, veamos qué puedo hacer para convenceros', y deslizó algo frente a la caja de vista; tan cerca estaba que, para mi sorpresa, todo lo que pude ver eran borrones. Había una diferencia: una parte estaba borroneada en blanco y otra en negro, pero eso no significaba nada para mí, nada en abso-

luto. El sonrió ante mi expresión —yo no podía 'verlo' sonreír pero podía 'oírlo' sonreír; cuando se es ciego se desarrollan otros sentidos. Yo podía 'oír' su cara y el sonido de sus músculos y, como anteriormente había sonreído a menudo yo sabía que aquellos sonidos significaban que en ese momento estaba sonriendo.

'"Ah —dijo—, os llevo a casa por fin, ¿no? Ahora observad cuidadosamente. Decidme cuando podáis ver qué es esto'. Muy lentamente tiró la hoja oscurecida hacia atrás, que poco a poco se volvió clara para mí y vi, con enorme asombro, que se trataba de un retrato mío. No puedo decir cómo fue hecho ese retrato, pero realmente me mostraba acostado sobre la mesa, mirando a los hombres que llevaban la caja negra. Mi boca permanecía abierta, en gesto de profunda sorpresa. Debí de haber parecido realmente un tonto y ciertamente me sentía uno de ellos; el calor subía a mis mejillas que ardían en confusión. Allí estaba, lleno de todas esas cosas que salían de mí, observando a los cuatro hombres que manejaban la caja; y el gesto de asombro que mostraba la fotografía me volvió a la realidad.

'"Muy bien —dijo mi secuestrador—, evidentemente habéis caído en la cuenta. Para que no quede ninguna duda, hagámoslo de nuevo.' Lentamente sostuvo la fotografía de manera que yo pudiera verla y la llevó muy cerca de la caja del ojo. Poco a poco se hizo menos nítida hasta que sólo pude percibir un manchón negruzco, otro blancuzco y nada más. La sacó y entonces pude ver nuevamente el resto de la habitación. Se mantuvo atrás unos pocos pasos y dijo: 'No podréis leer esto, por supuesto, pero mirad. Aquí hay palabras impresas. ¿Podéis verlas claramente? '

"Puedo verlas claramente, señor —respondí—; puedo verlas muy claramente por cierto.

"Entonces llevó la cosa muy cerca de la caja y otra vez la visión se trasformó en un borrón. 'Ahora —di-

jo—, apreciaréis nuestro problema. Tenemos una máquina o dispositivo, llamadlo como queráis, que es un duplicado mucho más grande de la caja del ojo que estamos utilizando con vos, pero el principio está mucho más allá de vuestra posibilidad de entenderlo. Tiene tal alcance, sin embargo, que con él podemos ver todo alrededor de este mundo, pero no podemos ver nada que se halle a cincuenta millas de él. Cincuenta millas es demasiado cerca, exactamente de la misma manera que cuando os puse esto a unos pocos centímetros de distancia no pudisteis ver nada. Os mostraré Kalimpong'. Así diciendo, se hizo a un lado y movió algunos botones que estaban sobre la pared.

"Las luces de la habitación se amortiguaron sin llegar a extinguirse, semejantes a la luz que sigue inmediatamente a la puesta del sol, detrás de los Himalayas: una penumbra fría cuando la luna todavía no se ha elevado y cuando el sol aún no ha retirado toda su luz. Volvió detrás de la caja grande y sus manos se movieron sobre algo que no podía ver. Inmediatamente brillaron luces en la caja. El escenario se formó lentamente: aparecieron los altos picos del Himalaya y, sobre un sendero, una caravana de mercaderes que cruzaban un pequeño puente de madera, debajo del cual, una corriente arrolladora amenazaba con engullirlos no bien resbalaran. Una vez en el otro extremo tomaron un camino a través de un campo de tosca pastura.

"Los observé durante algunos minutos; la vista era la que pudiera haber obtenido desde lo alto un pájaro, tal como si uno de los dioses del firmamento estuviera sosteniendo la caja que flotaba suavemente sobre el quieto terreno árido. Mi secuestrador agitó otra vez sus manos y se produjo un movimiento en un manchón total: algo surgió a la vista y desapareció. Luego movió las manos en la dirección opuesta y la imagen se mantuvo; pero, no, no era una imagen, era algo real.

No era una fotografía, era realidad, era verdad. Estaba mirando hacia abajo por un agujero del cielo.

"Podía ver las casas de Kalimpong, las calles colmadas de mercaderes, los lamasterios con los lamas de túnica amarilla y los monjes de túnica roja que se desplazaban en ellos. Todo era muy raro. Yo tenía alguna dificultad para ubicar los lugares porque había estado en Kalimpong sólo una vez, siendo muy niño. Ahora estaba viéndolo. . . bueno, supongo que desde el aire, como lo ven los pájaros.

"Mi secuestrador me observaba atentamente. Movió ciertas cosas y la imagen o paisaje o como pudiera llamarse esa cosa tan maravillosa, se convirtió en un borrón veloz y luego en otra imagen. El hombre dijo: 'He aquí el Ganges que, como sabéis, es el Río Sagrado de la India'.

"Yo sabía mucho sobre el Ganges. Algunas veces los mercaderes de la India llevaban revistas con láminas. Nosotros no podíamos leer una sola palabra de lo que en ellas estaba escrito, pero las láminas. . . ¡ah! , eso era diferente. Y allí, delante de mí, sin lugar a dudas, estaba el mismo río Ganges. Entonces, para mi sorpresa, caí en la cuenta de que estaba oyendo del mismo modo que estaba viendo. Podía oír los cantos indios y luego comprendí por qué. Se veía un cuerpo sobre una terraza a la orilla del agua, al cual salpicaban con el Agua Bendita del Río Ganges.

"El río estaba colmado de gente; parecía sorprendente que hubiera tanta gente en el mundo. Las mujeres y los hombres se desvestían de la manera más desvergonzada en las orillas. Sentí que me ruborizaba ante tal exhibición. Pero entonces pensé en los Templos, los Templos en terrazas, las Grutas y las Columnatas, y las vi y quedé admirado. Eso era ciertamente realidad y empecé a sentirme confundido.

"Mi secuestrador —pues debo recordar que todavía era mi secuestrador— movió algo y apareció un trazo

borroneado. Miró la ventana atentamente y el trazo se detuvo con una sacudida. 'Berlín' —dijo. Bien, yo sabía que Berlín era una ciudad en algún lado dêl mundo occidental, pero todo esto era tan curioso que realmente no me decía mucho. Miré hacia abajo y pensé que quizás era la novedad lo que distorsionaba cada cosa. Aquí había edificios altos, notablemente uniformes en tamaño y forma. Jamás había visto tanto vidrio en mi vida; ventanas de vidrio por todas partes. Y sobre lo que parecía ser un camino muy duro, dos rieles de metal colocados dentro del camino mismo. Eran brillantes y absolutamente uniformes. Realmente, no lo podía entender.

"A la vuelta de una esquina, y siempre dentro de mi campo visual, caminaban dos caballos, uno detrás de otro y, creo que difícilmente podréis creerlo, arrastraban lo que parecía ser una caja de metal sobre ruedas. Los caballos caminaban entre barras de metal y las ruedas de la caja metálica, en realidad, se movían con aquellas barras. La caja tenía ventanas, todo a su alrededor, y mirando por ellas pude ver gente dentro, gente que estaba siendo trasportada. Precisamente frente a mi vista (casi digo 'frente a mis ojos', tan acostumbrado estaba ya a esta caja de vista) el aparato se detuvo. Algunas personas descendieron y otras subieron. Un hombre se puso al frente, junto al primer caballo y golpeó el piso con otra varilla. Luego entró nuevamente en la caja metálica, maniobró, y la caja entonces dobló a la izquierda, fuera del conjunto principal de varillas.

"Me hallaba tan sorprendido que no pude mirar nada más o no tuve tiempo de ver otra cosa, solamente esta extraña caja de metal sobre ruedas que llevaba gente. Pero entonces miré a los lados del camino donde había gente. Los hombres que allí se hallaban tenían ropa notablemente ajustada, una vestimenta sumamente estrecha que marcaba su contorno. Y sobre

la cabeza de cada hombre aparecía lo más notable: una especie de jarro invertido, con un estrecho borde a su alrededor, lo cual provocó mi risa porque tenía un aspecto muy especial. Luego observé a las mujeres.

"Jamás había visto algo parecido. Algunas de ellas tenían descubierta la parte superior del cuerpo; en cambio, la inferior estaba absolutamente tapada por lo que parecía ser una carpa negra. Se hubiera dicho que no tenían piernas; ni siquiera se les veía el pie. Con una mano tomaban una punta de esta cosa negra, aparentemente en un esfuerzo por evitar que la parte de abajo se arrastrara en el polvo.

"Miré algo más, miré los edificios: algunos de ellos tenían por cierto un aspecto noble. Por la calle, una calle muy ancha, venía un conjunto de hombres. Los primeros hacían música. Había mucho brillo y me pregunté si los instrumentos serían de oro o plata pero, a medida que se acercaban, pude ver que eran de bronce y algunos simplemente de metal. Todos eran grandes, con caras rojas, ataviados con uniformes marciales. Eché a reír ante su modo de caminar: llevaban las rodillas directamente hacia arriba, de manera que el miembro superior quedaba completamente horizontal.

"Mi secuestrador sonrió y dijo: 'Sí, ciertamente, es una marcha extraña, pero éste es el paso de ganso germano que usa el ejército alemán en las ceremonias'. Mi secuestrador movió nuevamente las manos, una vez más se produjo el borrón y las cosas que aparecían detrás de la ventana de la caja se esfumaron en una bruma que luego se detuvo y concretó. 'Rusia —dijo mi secuestrador—, la Tierra de los Zares, Moscú'.

"Miré. La nieve cubría la tierra. Aquí, pude ver también extraños vehículos como jamás hubiera imaginado. Había caballos con arneses que parecían una gran plataforma equipada con asientos y levantada algunos centímetros del piso por cosas que tenían el aspecto de fajas chatas de metal. El caballo arrastraba

este artefacto que, a medida que adelantaba, dejaba surcos en la nieve.

"Todos usaban piel y sus respiraciones tenían el aspecto de un vapor congelado que salía de las bocas y fosas nasales. Parecían totalmente azules por el frío. Contemplé algunos de los edificios, pensando cuán diferentes parecían de los que había visto antes. Eran raros, con grandes paredes y, más allá de las mismas, la parte superior de los techos era bulbosa, casi como cebollas invertidas, con las raíces que se proyectaban hacia arriba. 'El palacio del Zar' —dijo mi secuestrador.

"Un destello de agua me llamó la atención y me recordó nuestro Río Feliz que hacía tiempo no veía. 'Este es el Río Moscú —dijo mi secuestrador—, en verdad muy importante.' En él navegaban embarcaciones extrañas hechas de madera, con grandes velas. Había poco viento, por lo cual las velas caían flojas mientras algunos hombres movían otros palos con extremos aplastados de manera que la parte chata, al ser sumergida en el río, impulsaba la nave hacia adelante.

"No obstante, no alcanzaba a comprender el fin que se perseguía con todo esto, por lo cual dije al hombre: 'Señor, es indudable que he visto cosas maravillosas, pero ¿cuál es vuestro propósito? , ¿qué estáis tratando de demostrarme? '

"Una idea repentina me iluminó en ese momento. Algo había estado atormentando mi mente durante las últimas horas, algo que ahora asaltaba mi conciencia con insistente claridad: 'Señor secuestrador —exclamé— ¿quién sois? ¿Sois Dios? '

"Me miró pensativamente como si mi pregunta inesperada lo hubiera confundido. Acarició su barba, estiró su cabello y se encogió de hombros ligeramente. Luego replicó: 'No entenderíais. Algunas cosas no pueden comprenderse a menos que se haya alcanzado cierta etapa. Permitidme contestaros con una pregunta. Si estuvierais en un lamasterio y uno de vuestros deberes

fuera cuidar una tropilla de yacs, ¿contestaríais a uno de ellos que os preguntara quién sois? '

"Lo pensé y luego dije: 'Bien, Señor, ciertamente no esperaría que un yac me hiciera semejante pregunta, pero si así ocurriera, consideraría que se trata de un yac inteligente y me costaría tratar de explicarle mi origen. Me preguntáis, Señor, qué haría con un yac que me hiciera una pregunta y os contesto que le respondería con toda la habilidad que pudiera. En las condiciones que mencionáis, le diría que yo era un monje destinado a cuidar de esos yacs y que me empeñaba en hacer lo más que pudiera por ellos, pues los consideraba mis hermanos y mis hermanas, aunque en otro sentido. Explicaría al yac que nosotros, los monjes, creemos en la reencarnación, y que cada uno viene a esta Tierra para cumplir una tarea determinada y para aprender lecciones también específicas, de manera de llegar en el Reino de los Cielos a cosas aún más importantes y elevadas'.

"Mi secuestrador dijo: 'Bien dicho, monje, bien dicho. Lamento profundamente que sea una clase inferior la que me dé un sentido de perspectiva. Tenéis razón, me habéis asombrado grandemente por la comprensión que habéis demostrado y, debo decirlo, por vuestra intransigencia, porque habéis sido bastante más decidido de lo que yo me hubiera mostrado si desgraciadamente me hallase en circunstancias parecidas'.

"Entonces me sentí animado y dije: 'Os referís a mí como perteneciente a una clase inferior. Anteriormente lo habéis hecho como si fuera un salvaje, incivilizado, inculto e ignorante. Os causé hilaridad cuando admití la verdad de que nada conocía de las grandes ciudades de este mundo. Pero, Señor, os he dicho la verdad, solamente la verdad, he admitido mi ignorancia, estoy tratando de salir de ella y vos no me ayudáis. Vuelvo a preguntaros, Señor: me habéis secuestrado enteramente contra mi voluntad; habéis tratado mi cuerpo con toda

libertad, mi cuerpo que es el Templo de mi Alma; os habéis entregado a las más extraordinarias actividades con el deliberado propósito de impresionarme. Yo me impresionaría mucho más, Señor, si contestarais mi pregunta porque yo sé lo que quiero conocer. Os pregunto nuevamente: ¿quién sois? '

"Permaneció durante algún tiempo de pie, mirándome confundido. Y luego dijo: 'En vuestra terminología no existen palabras ni conceptos que pudieran explicar mi posición. Antes de discutir un asunto, es requisito indispensable que ambas partes usen el mismo vocabulario para poder convenir sobre ciertos preceptos. Por el momento, permitidme solamente deciros que soy alguien que podría compararse con los lamas médicos de vuestro Chakpori. Tengo la responsabilidad de cuidar vuestro físico y prepararos de manera que podáis asimilar el conocimiento cuando determine que estáis en condiciones de recibirlo. Hasta que no estéis en posesión de esa sabiduría, cualquier discusión sobre quién soy o podría ser no tiene objeto. Aceptad, por ahora, eso sí, que lo que estamos haciendo es para el bien de otros, y aunque podáis indignaros por lo que consideráis que son 'libertades' que nos hemos tomado con vos, más tarde, cuando estéis al tanto de nuestros propósitos, cuando conozcáis lo que somos y lo que vos y vuestra gente sois, cambiaréis de opinión'. Y diciendo esto desconectó mi vista y lo oí abandonar la habitación. Nuevamente me encontré sumergido en la negra noche de la ceguera, a solas con mis pensamientos.

"La negra noche de la ceguera es noche oscura, en verdad. Cuando me dejaron ciego, cuando mis ojos fueron arrancados por los sucios dedos de los chinos, conocí la agonía y aun con mis órbitas vacías he visto o me parecía que veía reflejos brillantes, luces en remolino sin contorno ni forma. Eso prosiguió en los días sucesivos, pero ahora me han dicho que conecta-

ron un dispositivo al nervio óptico y podría creerlo, pues tengo todas las razones para ello. Mi secuestrador desconectó mi vista, quedándome una memoria ulterior de ella. Nuevamente experimentaba esa sensación peculiar y contradictoria de entumecimiento y repiqueteo en la cabeza. Parecería absurdo hablar de adormecimiento y repiqueteo al mismo tiempo, pero era eso lo que yo sentía. Así, fui abandonado con mi 'repiqueteo adormecido' y el remolino de luces.

"Durante algún tiempo yací pensando en todo lo que me había sucedido; de pronto me asaltó la idea de que quizá yo estuviera muerto o loco y todas estas cosas no fueran sino el desvarío de una mente que abandonaba el mundo consciente. Mi adiestramiento como sacerdote vino a salvarme. Yo utilizaba una antigua disciplina para reorientar mis pensamientos. . . DEJE DE RAZONAR y así permití que mi Superyó se hiciera cargo de la situación. Esto no era falso: era algo REAL, estaba siendo utilizado por Poderes Supremos para Objetivos Supremos. El pánico que me había invadido se disipaba. Retornó la calma y durante algún tiempo mi espíritu tuvo el mismo ritmo que el latido de mi corazón. ¿Podría haberme conducido de otra manera? , me preguntaba. ¿Había procedido con toda cautela en mi acercamiento a los nuevos conceptos? El Gran Decimotercero, ¿hubiera actuado de otro modo si se hubiera encontrado en un caso similar? Mi conciencia era clara y mi deber, sencillo. Debía continuar actuando como un buen Sacerdote Tibetano y todo iría bien. Sentí que la paz me embargaba y una sensación de bienestar me envolvía, como si una cálida manta de lana de yac me protegiera contra el frío. De alguna manera, en algún momento, me sentí arrastrado por un sueño tranquilo sin sobresaltos.

"El mundo giraba. Todo parecía elevarse y caer. Una sensación poderosa de movimiento y luego un GOLPE metálico me despertaron, sacándome repen-

tinamente de mi apacible sueño. Me movía, mi mesa se movía. Se produjo entonces la vibración y el tintineo musical de toda la cristalería que se movía también. Según recordaba, todas esas cosas se hallaban adosadas a la mesa. Ahora todo estaba en movimiento. Me rodearon voces. Voces estridentes, voces quedas que hablaban de mí, según me parecía entender. Pero qué voces extrañas tan diferentes de cualquiera otra que hubiera conocido. Mi mesa se desplazaba con un movimiento silencioso. No había roce ni se deslizaba: simplemente flotaba. Esto, pensé, ha de ser lo que siente una pluma cuando es soplada al viento. Entonces el andar de la mesa cambió de dirección. Evidentemente me estaban llevando por un corredor. Pronto entramos en lo que claramente percibí como un gran vestíbulo. Los ecos dieron su resonancia de distancia, una distancia considerable. Un barrido final de balanceo bastante fastidioso y mi mesa golpeó sobre lo que mi experiencia me dijo que era un suelo ROCOSO, pero ¿cómo podía ocurrir esto? ¿Cómo podía imprevistamente estar en lo que mis sentidos me decían que era una cueva? ¿Pronto se pondría fin a mi curiosidad o se la estaba aguzando? Nunca lo supe con certeza.

"Llegaba hasta mí una continua charla, en un lenguaje completamente desconocido para mí. Con el golpe metálico de mi mesa sobre la roca del suelo una mano tocó mi hombro y la voz de mi Secuestrador dijo: 'Ahora os daremos vista; habéis descansado suficientemente por ahora'. Un áspero roce, un golpe seco y un remolino de colores se produjo a mi alrededor, las luces relampaguearon, se hicieron tenues y se asentaron en un diseño que yo no entendía, pues nada significaba para mí. Quedé preguntándome qué era todo eso. Hubo un silencio expectante. Pude SENTIR que la gente me miraba. Luego una pregunta breve, aguda, dura, y las pisadas de mi secuestrador que se acercaban rápidamente hacia mí: '¿No podéis ver? '

"Veo un diseño raro —repliqué—, que no entiendo, de líneas ondulantes, colores desvaídos y reflejos luminosos. ¡Es todo lo que veo! Murmuró algo y salió precipitadamente. Se oyó una conversación en voz baja y el sonido de objetos metálicos que se entrechocaban. Las luces centelleaban y los colores brillaban. Todo se movía en un rapto de locas figuras extrañas; luego las imágenes se aquietaron y yo vi.

"Estaba en una gran caverna de unos doscientos pies de altura o más. Su longitud y anchura se hallaban fuera de mi cálculo, pues se perdían en una oscuridad confusa, mucho más allá de mi campo visual. El lugar era inmenso y contenía lo que sólo podría comparar con un anfiteatro, cuyas gradas estaban ocupadas por. . . ¿cómo llamarlos? , criaturas que solamente podrían haber salido de un catálogo de dioses y demonios. Pero superando la visión, un objeto aún más extraño colgaba suspendido en el centro de la arena. Un globo que percibí como si fuera el mundo colgado sobre mí, rotaba lentamente mientras desde lejos una luz descendía sobre él como si la luz del sol brillara sobre esta Tierra.

"Había ahora un tranquilo silencio. Las curiosas criaturas me miraban fijamente. Les devolví la mirada aunque me sentí pequeño y totalmente insignificante ante esa multitud poderosa. Había hombres y mujeres pequeños, aparentemente perfectos en todo detalle y semejantes a dioses que irradiaban un aura de pureza y serenidad. Otros parecían humanos, pero con una curiosa e increíble cabeza de pájaro terminada en escamas o plumas (no podía distinguirlo) y con manos que, aunque de forma humana, tenían asombrosas escamas y garfios. También había gigantes; seres inmensos que se destacaban como estatuas y arrojaban sombras sobre sus más diminutos compañeros. No faltaban los innegablemente humanos, pero de tal tamaño como para sobrecoger el entendimiento. Hombres y

mujeres o machos y hembras. Y otros que podían haber sido cualquiera de ambos. Permanecían sentados con los ojos fijos en mí hasta que me sentí incómodo bajo esa constante observación.

"A un lado se sentaba una criatura divina, de gesto juicioso, erguida. De vistosos y magníficos colores, permanecía serenamente real como un dios en su cielo. Luego habló, otra vez, en un idioma desconocido. Mi secuestrador corrió hacia adelante y se inclinó sobre mí. 'Pondré estas cosas en vuestros oídos —dijo—, y entenderéis toda palabra que sea aquí pronunciada. No temáis.' Tomó el borde superior de mi oreja derecha y la tiró hacia arriba con una mano, mientras con la otra insertaba un pequeño aparato en el orificio auditivo. Luego, estirándose más allá, procedió de igual forma con mi oído derecho. Hizo girar un pequeño botón agregado a la caja próxima a mi cuello y oí un sonido, dándome cuenta de que podía entender la extraña lengua que anteriormente me había sido incomprensible. No había tiempo para maravillarse: estaba obligado a prestar atención a las voces de mi alrededor, voces que ahora entendía.

"Voces que ahora entendía; un lenguaje que ahora entendía. Sí, pero la grandeza de los conceptos se hallaba muy por encima de mi limitada imaginación. Yo era un pobre sacerdote que había sido calificado como 'medio salvaje', y mi entendimiento no me permitía interpretar el significado de lo que ahora oía y había pensado que me sería inteligible. Mi secuestrador observó que estaba en dificultades y se dirigió hacia mí. '¿Qué ocurre? ' —susurró.

"No soy lo suficientemente culto como para entender el significado de la más simple de esas palabras —contesté. Lo que he escuchado no tiene significado alguno para mí; no puedo COMPRENDER ideas tan elevadas. Con un gesto de gran preocupación en su semblante y con cierta duda, caminó hasta un oficial

grande, ataviado con ropas magníficas, que se hallaba de pie cerca del Trono del Venerable. Se produjo una conversación en voz baja y los dos se acercaron lentamente hacia mí.

"Intenté seguir infructuosamente la conversación que trataba sobre mí. Mi secuestrador se inclinó y susurró: 'Explicad al Ayudante cuál es vuestra dificultad'.

"'¿Ayudante? —le dije—. Ni siquiera sé lo que eso significa.' Nunca me había sentido tan desubicado, tan ignorante, tan totalmente frustrado. Jamás anteriormente había experimentado la sensación de estar tan lejos de todo alcance. El Ayudante sonrió y me dijo: '¿Entendéis lo que os estoy diciendo? '

"'Por supuesto, sí, Señor —fue mi respuesta—, pero soy totalmente ignorante de todo lo que está tratando el Venerable. No puedo CAPTAR el tema, los CONCEPTOS están lejos de mí.' Asintió con la cabeza y replicó: 'Nuestro traductor automático no funciona correctamente, no está adaptado a vuestro metabolismo ni a vuestro modelo cerebral. No importa, el Cirujano General, a quien creemos vos llamáis vuestro secuestrador, estudiará el asunto y os preparará para nuestra próxima sesión. Es un atraso insignificante y lo explicaré al Almirante'.

"Hizo un gesto amigable con la cabeza y se dirigió hacia el Venerable. ¿Almirante? ¿Qué era un Almirante? , me pregunté. ¿Qué era un Ayudante? Esas palabras me eran totalmente desconocidas y me decidí a esperar el desarrollo de los acontecimientos. El que había sido llamado Ayudante llegó hasta el Venerable y le habló quedamente. Todo parecía muy tranquilo y sereno. El Venerable movió su cabeza y el Ayudante hizo una seña al que había sido llamado Cirujano General o mi secuestrador. Este se acercó, iniciándose una animada discusión. Finalmente mi secuestrador puso su mano derecha en un gesto extraño que yo ya

había notado, giró hacia mí y caminó apresuradamente haciendo señas al mismo tiempo a alguien que se hallaba fuera de mi campo visual.

"La conversación continuaba. No había interrupción. Un hombre voluminoso estaba de pie y tuve la impresión de que discutía acerca de la provisión de alimentos. Una exótica hembra se paró de un salto y dio una respuesta, algo así como una firme protesta a algo que había dicho el hombre. Luego, con el rostro colorado —¿de enojo? — se sentó repentinamente. El hombre continuó imperturbable. Mi secuestrador se me acercó y murmuró. 'Me habéis deshonrado. Yo DIJE que erais un salvaje ignorante.' Con enojo arrancó las cosas de mis oídos y con un rápido gesto de su mano hizo algo que instantáneamente me privó nuevamente de la vista. Tuve una vez más la sensación de que me levantaban y de que mi mesa era sacada de la enorme caverna. No del todo muy cuidadosamente todo mi equipo fue empujado a lo largo del corredor; luego se dejaron oír sonidos metálicos, hubo un repentino cambio de dirección y una desagradable sensación de caída. Con un gran golpe mi mesa chocó contra el suelo y adiviné que estaba de nuevo en la habitación metálica de donde había salido. Voces cortantes, el roce de ropa y el ruido de pies que se arrastran. El deslizamiento de la puerta corrediza de metal y otra vez solo con mis pensamientos. ¿Qué había pasado? ¿QUIEN era el Almirante? ¿QUE era el Ayudante? Y ¿POR QUE fue llamado mi secuestrador Cirujano General? ¿Qué ERA este lugar? Todo estaba tan lejos de mí: me hallaba allí acostado con mis mejillas que quemaban y todo mi cuerpo que ardía. Experimentaba una mortificación difícil de soportar por haber entendido tan poco. Decididamente había actuado como un salvaje ignorante —ellos debieron de haber pensado como yo habría pensado si hubiera considerado un yac como a una persona consciente y me hubiera dirigido a él sin

resultado. Estaba cubierto de traspiración mientras reflexionaba sobre cómo había llenado de vergüenza mi casta sacerdotal por mi evidente incapacidad para entender; ¡me sentía MUY MAL!

"Me encontraba allí, tirado, envuelto en mi desgracia, presa de los más oscuros e innobles pensamientos y embargado por la sospecha de que nosotros, TODOS, éramos considerados salvajes por esta gente desconocida. Y estaba ahí acostado y traspiraba. . .

"El chirrido de la puerta que se abría y la bulla de la risa contenida y la charla de esas indignas mujeres llenaron otra vez la habitación. Con gran entusiasmo me despojaron una vez más de mi única sábana, dejándome tan desnudo como recién nacido. Sin ceremonia alguna fui echado hacia un lado, una sábana o algo así, viscoso, sumamente frío, deslizaron debajo de mí, y ante un nuevo empujón me vi violentamente echado hacia el otro lado. Se produjo un fuerte TIRON como si la sábana fuera estirada desde el borde por debajo de mi cuerpo. Durante un momento temí caer violentamente de la mesa. Manos femeninas se apoderaron de mí y rápidamente me frotaron con soluciones penetrantes y estimulantes. Fui secado torpemente con algo que impresionaba como arpillera vieja. Mis partes más íntimas fueron punzadas, mediante extraños implementos.

"Esto se prolongaba y yo había llegado ya al límite de la tolerancia, pero no había nada que hacer. Prácticamente, me encontraba totalmente impedido ante esta contingencia. Y entonces empezó tal asalto sobre mi persona que al principio temí ser torturado. Las mujeres apretaron mis brazos y mis piernas, retorciéndomelas y doblándolas en todos los ángulos. Manos fuertes se hincaron en mis músculos, sobándolos como si fueran una masa. Los nudillos se hundían en mis órganos, mientras yo permanecía anhelante. Separaron mis piernas y las cubrieron con largas medias de lana,

hasta cerca de los muslos. Fui levantado por la nuca, e inclinado hacia adelante desde la cintura; una suerte de prenda de vestir me rodeó la parte superior del cuerpo y pareció quedar atada sobre mi pecho y abdomen.

"Sobre mi cuero cabelludo descargaron un vapor maloliente y, de pronto, se dejó oír un ruido intermitente. El aparato que lo producía me tocó, haciendo castañetear mis dientes, los pocos que me quedaban después de que los chinos me hicieron saltar la mayoría. Tuve la sensación de una esquila, lo que me recordó el momento en que se corta la lana a los yacs. Un frote áspero, tanto que sentí como si perdiera la piel, y otra forma de llovizna cayó sobre mi indefensa cabeza. Una vez más se corrió la puerta y penetró el sonido de voces masculinas. Reconocí en una de ellas la de mi secuestrador, quien vino hacia mí y, utilizando mi propio lenguaje, dijo: 'Vamos a descubrir vuestro cerebro. No es nada que deba preocuparos. Pondremos electrodos directamente en vuestro. . .' Estas palabras no tenían otro significado para mí salvo el de que iba a pasar otro pésimo momento y no podría hacer absolutamente nada para evitarlo.

"El aire se inundó de olores extraños. La charla de las mujeres había cesado. Ya no se oía conversación alguna; sólo entrechoques metálicos y el gorgoteo de líquidos. Repentinamente sentí un pellizco agudo en mi antebrazo izquierdo. Mi nariz fue tomada violentamente y un dispositivo raro, tubular, fue introducido por mi fosa nasal y descendió a mi garganta. Rodeando el cráneo sentí una sucesión de pellizcos agudos que instantáneamente dieron paso al entumecimiento. Luego, un gemido estridente y una máquina horrible en grado sumo tomó contacto con mi cráneo y lo rodeó totalmente. ¡Estaban aserrando la parte superior de mi cabeza! El ritmo terrible, demoledor, penetraba en cada átomo de mi ser. Tuve la impresión de que todos los huesos de mi cuerpo vibraban como protes-

tando. Finalmente, según pude experimentar, la parte superior de mi cabeza fue quitada, con excepción de un pequeño colgajo de carne que mantenía mi cráneo unido en ese punto. Por ese entonces me encontraba aterrorizado, una forma extraña de terror, porque aunque ESTABA espantado llegué a la conclusión de que la muerte misma no me arrancaría ya un gemido.

"Sensaciones indescriptibles me asaltaron luego. Sin ninguna razón manifiesta lancé un prolongado y arrastrado ¡Ahhhahhhahhh! Mis dedos comenzaron a retorcerse violentamente. Una picazón en las fosas nasales provocó un violento estornudo que no pude emitir. Pero esto no era lo peor. Inesperadamente, de pie delante de mí, vi a mi abuelo materno. Se hallaba ataviado como funcionario del Estado y me hablaba con una bondadosa sonrisa. Lo miré. . . y tuve una violenta impresión; yo NO lo miré. ¡Yo no tenía ojos! ¿Qué magia fue ésta? Ante esta exclamación mía de asombro, durante la cual la aparición de mi abuelo se desvaneció, mi secuestrador se puso a mi lado. '¿Qué ocurre? ' —inquirió. Se lo dije. '¡Oh, eso no es NADA! —exclamó—, simplemente estamos estimulando ciertos centros de vuestro cerebro para que podáis comprender más fácilmente. Vemos que tenéis capacidad, pero os halláis sumergido en la inercia y el asombro de la superstición que no os permite abrir vuestra mente. Estamos haciendo eso por vos'.

"Una mujer introdujo, haciéndolos girar, los pequeños dispositivos auriculares y, por su rudeza, bien podía haber estado tornillando estaquillas de carpa en el suelo duro. Se oyó un golpe seco y me hallé en condiciones de entender el extraño lenguaje. Podía COMPRENDER también. Palabras como 'corteza, bulbo raquídeo, psicosomático' y otros términos me eran ahora familiares en sus significados e implicaciones. El cociente de mi inteligencia básica había sido elevado y ya entendía todo lo que eso significaba. Pero era una

prueba divina y agotadora. El tiempo parecía haberse detenido. La gente aparecía caminando a mi alrededor incesantemente. Su charla ociosa había desaparecido; todo se había vuelto enteramente tedioso. Hubiera deseado estar afuera, lejos de este lugar de extraños olores, donde la tapa de mi cabeza había sido desprendida como la cáscara de un huevo pasado por agua. No es que yo hubiera visto alguna vez un huevo pasado por agua; eso era para los mercaderes y los que tenían dinero, no para un pobre sacerdote que se alimentaba con tsampa.

"De tiempo en tiempo la gente me dirigía observaciones y preguntas: ¿cómo me encontraba? ¿tenía dolor? ¿creía haber visto algo? ¿de qué color era lo que imaginaba haber visto? Mi secuestrador permaneció junto a mí durante un rato, diciéndome que diversos centros estaban siendo estimulados y que yo podría, durante el curso del tratamiento, experimentar alguna sensación que pudiera asustarme. ¿Asustarme? He estado asustado durante todo el tiempo —le dije. Rio al oír esto y, como casualmente, observó que el tratamiento que se me estaba haciendo daría por resultado que yo debería vivir como ermitaño solitario toda una larga vida debido a las percepciones ampliadas de que dispondría. Me dijo que jamás nadie viviría conmigo, hasta que casi al final de mi vida un hombre joven llegaría para asimilar todo el conocimiento que poseyera y ubicarlo posteriormente en un mundo descreído.

"Por último, después de lo que me pareció una eternidad, el casco de mi cráneo fue repuesto mientras se incrustaban extraños broches de metal para juntar ambas partes. Enroscaron una tira de paño alrededor de mi cabeza y todos se fueron, salvo una mujer que quedó sentada a mi lado. Por el ruido de papel era evidente que leía en vez de prestar atención a sus deberes. ¡El blando ruido de un libro que cayó y los rítmicos ronquidos de la mujer me indicaron que yo también debía dormir! "

CAPÍTULO V

En la cueva, el viejo ermitaño cesó repentinamente de hablar y colocó las manos a su lado, con los dedos extendidos, sobre el piso arenoso. Suavemente los sensibles dedos tomaron contacto con el suelo. Concentrándose durante un momento, dijo: "En breve recibiremos 'un visitante'." El joven monje lo miró confundido. ¿Visitante? ¿Qué visitante podría llegar allí? Y, ¿cómo estaba EL tan seguro? No había sonido ni cambio en las voces de la naturaleza más allá de la cueva. Durante quizá diez minutos permanecieron así sentados, erguidos, expectantes.

De improviso, el óvalo de luz brillante que era la entrada de la cueva se oscureció, convirtiéndose en un borrón negro. "¿Estáis allí, ermitaño? —vociferó alguien—. ¡Fuah! ¿Por qué viven los ermitaños en lugares tan oscuros e inaccesibles? " Un monje bajo y muy gordo entró en la cueva tambaleándose, con una bolsa al hombro. "Os he traído té y cebada —dijo—; era para la Ermita de Allá Lejos, pero ELLOS ya no los querrán y no cargaré con esto de vuelta." Con un suspiro de satisfacción hizo resbalar el bulto desde su hombro, dejándolo en el suelo. El mismo se dejó caer, cansado, sentándose con la espalda apoyada contra una pared. ¡Qué desaliñado! , pensó el joven monje, ¿por qué no se sentará correctamente como lo hacemos nosotros? La respuesta llegó sola: ¡el otro monje era demasiado gordo como para cruzarse de piernas!

El anciano ermitaño habló bondadosamente: "Bien, ¿qué novedades hay, Mensajero? ¿Se trabaja en el Gran Mundo Terrenal? " El Mensajero gruñó y dijo con voz ronca: "Quisiera que me dierais algo para esta gordura. Me dijeron en Chakpori que sufro de trastornos glandulares, pero nada hicieron para que me sintiera mejor". Sus ojos, ya acostumbrados a la profunda lobreguez de la cueva después de haber estado expuestos a la brillante luz solar, echaron una mirada alrededor. "¡Oh! Veo que tenéis al joven aquí —dijo—; sabía que venía hacia vos. ¿Resulta? ¿Es tan listo como dicen? "

Sin esperar respuesta continuó: "Hace unos pocos días hubo un derrumbe de la montaña, más arriba. El cuidador de la Ermita de Allá Lejos fue alcanzado por un guijarro y cayó sobre el acantilado. Ahora será alimento para buitres." Se desató en carcajadas ante la idea. "El ermitaño murió de sed en la cueva —continuó—; allí sólo estaban el cuidador y el Ermitaño Perpetuo, y quedó encerrado entre paredes. Si no hay agua no hay vida, ¿eh? "

El joven monje permanecía sentado en silencio, pensando en los ermitaños solitarios. Hombres extraños que tenían "una vocación" para retirarse de todo y cualquier contacto con el mundo humano. Con un monje voluntario, tal "solitario" haría el ascenso por la ladera de la montaña y encontraría una ermita que había sido abandonada. Allí entraría en un lugar íntimo que no tenía ventana. Su "cuidador" voluntario levantaría una pared de modo que el ermitaño jamás pudiera abandonar el lugar. En ella habría exactamente una pequeña abertura lo suficientemente grande como para pasar un jarro. A través de ella, una vez día por medio, lo recibiría lleno de agua de un manantial cercano, además de un puñado de grano. Ni un solo rayo de luz entraría ya en la habitación del ermitaño durante toda su vida. Jamás podría hablar de nuevo o ser hablado. Aquí, durante toda su vida, permanecería en contemplación, liberando

al cuerpo astral del físico y viajando lejos, por los planos astrales.

Ni la enfermedad ni su voluntad podrían ser motivo de liberación; sólo la muerte lo haría. Fuera de ese lugar cerrado, viviría el cuidador preocupándose siempre por que ningún ruido perturbara al ermitaño en su encierro. Si aquél enfermaba y moría o caía sobre el acantilado, el ermitaño moriría también, generalmente de sed. En ese pequeño lugar, sin calor —no importaba la crudeza del invierno—, el ermitaño pasaría su existencia. Un jarro de agua fría día por medio. Agua fría, nunca caliente, sin té, exactamente la más fría de las aguas frías, del manantial que baja directamente de las heladas laderas de la montaña. Ningún alimento caliente. Un puñado de cebada día por medio. Al principio, el tormento del hambre sería terrible y se manifestaría en las contracciones del estómago, pero las angustias de la sed serían peores. El organismo se deshidrataría hasta hacerse casi quebradizo. Los músculos se consumirían por la falta de alimento, agua y ejercicio. Las funciones normales del organismo se anularían a medida que recibieran menos líquido y menos alimento. Pero el ermitaño jamás abandonaría su habitación; así debía ser, la Naturaleza lo había IMPULSADO a hacerlo y se cumpliría en ese rincón donde el Tiempo y el frío reducirían a polvo helado lo que de él quedara. Pronto le faltaría vista. Al principio haría vanos esfuerzos para penetrar la eterna oscuridad. En las primeras etapas, la imaginación proporciona "luces" raras, "escenas" casi auténticas, bien iluminadas. Las pupilas se dilatan produciéndose la atrofia de los músculos oculares y, de la misma manera que un alud destruiría el techo, la luz del sol quemaría la vista del ermitaño con la misma seguridad que si hubiera sido golpeado por un rayo.

El oído se volvería anormalmente agudo. Sonidos imaginarios parecerían flotar para tormento del ermitaño. Fragmentos de conversación semejarían origi-

narse en el aire enrarecido, suspendiéndose tan pronto como intentara prestar atención.

Luego perdería el equilibrio, inclinándose hacia los costados, hacia el frente o hacia atrás. Pronto oiría la proximidad de la pared. La más sutil hendedura del aire, como el levantar un brazo, sonaría con el estruendo de una tormenta de viento. Antes de mucho llegaría a escuchar los latidos de su corazón como si fuera una poderosa máquina que resonara fuera. Y vendría luego el fuerte gorgoteo de los humores dentro del cuerpo; la exhalación de los órganos que expulsaban sus secreciones y, a medida que el oído se hiciera más agudo, el tenue deslizamiento del tejido muscular sobre sí mismo.

La mente haría extrañas jugarretas al cuerpo. Escenas eróticas perturbarían las glándulas. Las paredes del negro recinto se poblarían de ellas y el ermitaño experimentaría la poderosa sensación de ser aplastado. La respiración se tornaría anhelante, difícil, a medida que el aire se viciase. Sólo día por medio la piedra sería sacada desde la pequeña abertura en la pared interior para que un jarro de agua, un puñado de cebada y una pequeña ráfaga de aire vivificante pudieran pasar. Luego sería nuevamente clausurada.

Cuando el cuerpo ya estuviera rendido, cuando todas las emociones hubieran sido dominadas, el vehículo astral flotaría libre como humo que se eleva desde una hoguera. El cuerpo físico yacería decúbito sobre el desordenado suelo, y solamente el Cordón de Plata uniría a ambos. El astral atravesaría las paredes de piedra; vagaría por los hondos precipicios mientras gustaba el goce de hallarse libre de las cadenas de la carne. Penetraría en los lamasterios y conversaría con los lamas telepáticos y clarividentes. Esto no lo podría impedir ni la noche ni el día, ni el calor ni el frío, y las puertas más sólidas ya no constituirían un obstáculo. Las cámaras del concilio del mundo estarían siem-

pre a su disposición y no habría vista ni experiencia que el viajero astral no pudiera atestiguar.

El joven monje reflexionaba sobre estas cosas, pensando luego en el ermitaño que yacía muerto en la vieja ermita, dos mil pies arriba. Hablaba el obeso monje: "Tendremos que derribar la pared y sacarlo. Entré en la ermita y llamé a la puerta. ¡Fuah! ¡Qué hedor! Estaba BIEN muerto, ciertamente. No podemos dejarlo allí. Iré a Drepung para buscar ayuda. Los buitres estarán contentos cuando lo saquemos; a ellos les gusta la carne con olor fuerte y ya se están posando sobre la ermita y chillan para apoderarse de ella. ¡Ah! . . . Tengo que montar mi viejo caballo y volverme; ya no sirvo para estas caminatas por la montaña."

El obeso monje hizo un vago gesto con la mano en el aire y se dirigió hacia la entrada de la caverna. El joven se incorporó un poco rígidamente a causa de un dolor en la pierna que le hizo mascullar alguna interjección en voz baja. Con curiosidad siguió al monje que se dirigía hacia la entrada. Un caballo pacía despreocupadamente en la escasa vegetación. Bamboleándose, el monje gordo se dirigió hasta él y con un gran esfuerzo pasó una pierna sobre su lomo. Lentamente se alejaron hacia el lago donde otros hombres a caballo lo esperaban. El joven permaneció observándolos hasta que toda la partida desapareció de su vista. Con un suspiro de ansiedad se volvió, levantando la vista hacia el escarpado acantilado que se levantaba en torre, hacia el cielo. Arriba, las paredes de la Ermita Allá Lejos tenían un fulgor blanco y rojo a la luz del sol.

Durante todo un año, en lejanos días idos, un ermitaño y su ayudante habían trabajado denodadamente para construir la ermita con las piedras de alrededor, nivelándolas en el lugar, cementando una sobre otra y construyendo un recinto interior de manera que la luz no penetrara en el lugar más recóndito. Durante un

año entero trabajaron hasta que estuvieron satisfechos con el basamento. Luego hicieron el encalado de la piedra local, aplicándolo en un revestimiento blanco deslumbrante. Después fue el molido del ocre y su mezcla con el agua de la corriente cercana. Pintaron las paredes que se proyectaban sobre un precipicio de dos mil pies y las decoraron como para que fueran un perenne monumento a la piedad del hombre. Durante todo el tiempo, el ermitaño y su ayudante jamás cambiaron una palabra. Llegó el día en el cual la nueva ermita se hubo terminado y fue consagrada. El ermitaño, de pie sobre la llanura de Lhasa, observaba por última vez el mundo del Hombre. Se volvió lentamente para entrar en la ermita y cayó muerto a los pies de su ayudante.

Con el trascurso de los años, fueron allí otros ermitaños. Vivieron entre sus paredes, murieron y fueron sacados moviendo la piedra para que los buitres siempre alertas los devoraran. Ahora, uno más había muerto allí. De sed. Sin ayuda. Sin su cuidador o ayudante ya no había esperanza, pues no había manera de obtener el agua vital; sólo restaba acostarse y morir. El joven monje desvió su mirada de la ermita, siguiendo el recorrido hecho por el alud de la montaña. Pastos brillantes en las laderas de la montaña; un peñasco sobresalía entre el liquen y los pequeños arbustos como esculpidos dentro de la roca misma. Abajo, donde el flanco de la montaña se unía al suelo, se veía un nuevo montón de guijarros y debajo de ellos, un cuerpo.

Pensativamente, el joven penetró en la cueva, tomó la olla y caminó hacia el lago para sacar agua fresca. Con la olla nuevamente limpia y llena se aprestó a otra tarea. Observando a su alrededor frunció el ceño con desaliento. No había ramas caídas a la vista; ya no podría recoger varillas. Tendría que ir más allá, campo adentro, en busca de combustible. Anduvo entre mato-

rrales. Los pequeños animales se detenían en su infinita búsqueda de alimento, se asentaban sobre las patas traseras observando curiosamente al invasor de sus dominios. Aquí no existía el temor, los animales no se sentían amedrentados ante el Hombre, pues el Hombre vivía en armonía y cordialidad con ellos.

Finalmente, el joven llegó a un lugar dondé un arbolito yacía tronchado. Arrancando las ramas más grandes tanto como la fuerza de su juventud lo permitía, retornó, arrastrándolas una por una hasta la entrada de la cueva. Con el recipiente lleno de agua pronto tendrían té y tsampa nuevamente. El anciano sorbía agradecido el té caliente. El joven se sentía fascinado ante su modo de beber. En el Tibet toda vasija destinada a la comida se sostiene con ambas manos como gesto respetuoso hacia el alimento que nutre. El anciano ermitaño, después de larga práctica, sostenía el jarro con las dos manos, de manera que un dedo de cada mano se sobrepusiera sobre el borde interno. De existir cualquier posibilidad de derramarse, ya que no podía ver el ángulo que formaba el líquido, uno de los dedos se mojaría advirtiendo al anciano. Ahora estaba sentado contento, gozando enormemente el té caliente después de décadas de sólo agua fría.

"Es raro —comentó— que después de más de sesenta años de completa austeridad desee ahora vehementemente el té caliente. También aprecio el fulgor reconfortante del fuego; ¿has notado cómo calienta el aire de nuestra cueva? "

El joven monje lo miraba con compasión. Deseos tan pequeños, comodidad tan mínima. "¿Nunca habéis salido, Venerable? ", preguntó.

"Jamás —replicó el ermitaño—. Aquí conozco cada piedra. Aquí la pérdida de la vista no me perturba mayormente, pero aventurarme a salir donde hay guijarros y precipicios. . . ¡ESO es otra cosa! Podría inclusive desviarme de la orilla y caer en el lago;

podría abandonar la cueva y no ser capaz de desandar mi camino."

"Venerable —dijo el joven monje tímidamente—, ¿cómo llegasteis hasta esta remota a inaccesible cueva? ¿La hallasteis por casualidad? "

"No —contestó el anciano—; cuando los Hombres del Otro Mundo terminaron conmigo me trajeron aquí. ¡Ellos HICIERON ESTA CUEVA ESPECIALMENTE PARA MI! " Se acomodó en su lugar con una sonrisa de satisfacción, consciente del efecto que producía en su interlocutor. El asombro del joven monje fue tal que casi cayó de espaldas. "¿HECHA para vos? —tartamudeó—, pero, ¿cómo pudieron cortar un agujero como éste en la montaña? "

El anciano rio con alegría. "Dos hombres me trajeron —dijo—, trasportándome en una plataforma que volaba por el aire de la misma manera como vuelan los pájaros. Era silenciosa, mucho más silenciosa que los pájaros porque ellos chillan; yo puedo oír sus ruidos de alas que baten el aire y sus plumas cuando el viento pasa entre ellas. ESTA cosa en la cual venía era tan silenciosa como tu sombra. Se elevó en el aire sin esfuerzo, no hubo sensación de resistencia ni de velocidad. Los dos hombres la hicieron posarse aquí."

"¿POR QUE aquí, Venerable" —inquirió el joven monje.

"¿Por qué? —respondió el anciano—. ¿Por qué? Piensa bien en las ventajas. Este lugar está a unos pocos cientos de yardas de la ruta industrial por lo cual los mercaderes llegan hasta mí pidiéndome consejo o bendiciones y me corresponden con provisión de cebada. Además, está próximo a los caminos que llevan a dos pequeños lamasterios y siete ermitas. Yo no corro el riesgo de morirme de hambre aquí. Me entero de las noticias. Los Lamas me visitan; ¡ellos conocen mi misión y también la TUYA! "

"Pero, Señor —insistió el monje—, seguramente ha-

brá provocado una gran conmoción en los viandantes encontrar aquí una profunda caverna, donde anteriormente no había nada."

"Joven —rio el ermitaño—; TU has estado por aquí, ¿has notado que hubiera cavernas en el trecho que media desde aquí hasta By Waters? ¿No? Hay más de nueve. Como no estabas interesado en ellas te han pasado inadvertidas."

"Pero, ¿cómo pudo ser hecha esta cueva por dos hombres? ¡Les habrá llevado meses! " El joven estaba perplejo.

"Por la magia de lo que ellos llaman ciencia atómica —respondió pacientemente el viejo ermitaño—; uno de los hombres, sentado sobre la plataforma que volaba, exploraba los alrededores por si alguien estuviera observando, mientras el otro sostenía en su mano un pequeño artefacto. De pronto se produjo un estrépito como de demonios hambrientos y —según me dijeron— toda la roca voló hecha polvo dejando estas dos cámaras. En la interna, que es la mía particular, hay un pequeñísimo hilo de agua que llena mi jarro dos veces por día. Ello basta para mis necesidades y fue así dispuesto porque yo no podría llegarme hasta el lago en busca del líquido. Si no tengo cebada, lo cual me ha ocurrido alguna vez, como el liquen que crece en ese espacio interior. No es agradable pero alimenta hasta que nuevamente dispongo de alimento."

El joven monje se paró y empezó a caminar hacia la pared de la gruta, muy cerca de la luz del día. Sí, la roca TENIA un aspecto peculiar, semejante a los túneles de volcanes apagados que había visto en las tierras altas de Chang Tang, si hubiera sido derretida, escurrida y enfriada dentro de una dura superficie vítrea, sin asperezas ni saliencias. La superficie se presentaba trasparente y atravesando su claridad, podían verse estrías de roca natural con vetas de oro que brillaban aquí y allá. En un determinado punto pudo observar que el

oro fundido empezaba a deslizarse sobre la pared, hacia abajo, como un jarabe espeso. Al enfriarse había sido cubierto por el vidrio que se forma cuando la capa de dióxido de silicona no ha llegado a cristalizar durante el proceso de enfriamiento. Así, ¡la cueva tenía paredes de vidrio natural!

Pero había que cumplir quehaceres domésticos; no podía destinarse todo el tiempo a la conversación. El piso debía ser aseado, el agua trasportada y la leña cortada en tamaños adecuados. El joven monje tomó la escoba de ramas y empezó a trabajar sin mayor entusiasmo. ¡Qué aburrido ERA el trabajo de la casa! Cuidadosamente barrió el lugar donde dormía, yendo en dirección a la entrada, siempre barriendo. Su improvisada escoba chocó con un pequeño bulto que, al ser desplazado, descubrió un objeto verde amarronado. Malhumoradamente, el joven monje se inclinó para levantar lo que pensó que era una piedra semienterrada, preguntándose cómo había ido a parar allí. Tomó el objeto y enderezóse de un salto con una exclamación: eso no era una piedra, era. . . ¿qué? Con toda precaución miró detenidamente la cosa empujándola con un palo. Y entonces, al darla vuelta, se oyó un sonido metálico. La levantó rápidamente y con la misma premura se dirigió al ermitaño: " ¡Venerable, he descubierto un objeto extraño enterrado en el lugar donde yacía el penado! "

El anciano apareció tambaleándose. "Descríbemela" —ordenó.

"Bien —dijo el joven monje—, parece ser una bolsa más o menos del tamaño de mis dos puños cerrados. Es de cuero o de alguna clase de piel de animal." Sin dejar de tocarlo, agregó: "Hay una cuerda alrededor del extremo abierto. Traeré una piedra afilada". Apresuradamente salió de la cueva, retornando con un guijarro de borde filoso y trató de cortar la cosa por el cuello de la bolsa. "Muy duro —comentó—; está húme-

da y cubierta de moho todavía. ¡Ah! ¡Ya la corté! " Con el mayor cuidado abrió el bolso, echando el contenido sobre la falda de la túnica. "Monedas de oro —dijo—; nunca había visto dinero antes, salvo en fotografía. Trocitos pequeños de vidrio de colores. Me pregunto para qué sirven. Además, hay cinco anillos de oro con pedacitos de vidrio incrustados en ellos."

"Déjame tocarlos" —ordenó el ermitaño. El monje levantó la túnica y guió la mano de su superior hasta el pequeño montón.

"Diamantes —informó el anciano—. Rubíes, los conozco por las vibraciones, y. . ." Quedó en silencio mientras pasaba lentamente sus dedos por las piedras, los anillos y las monedas. Finalmente, exhaló un profundo suspiro y afirmó: "Nuestro penado debió de haber robado estas cosas. Mi tacto me dice que son monedas indias y que el MAL está en ellas. Representan una suma muy importante de dinero". Otra vez en silencio, reflexionó durante un momento y luego, bruscamente, ordenó: "Tómalo todo y arrójalo tan lejos como puedas, en la parte más profunda del lago. Traerá desgracia si lo guardamos aquí. Hay lujuria, crimen y miseria en todo eso. Llévalo, ¡RAPIDO! " Y así diciendo, regresó con esfuerzo a su aposento particular. El monje echó nuevamente las cosas dentro del bolso de cuero y salió de la cueva en dirección al lago. Ya en la orilla, las desparramó sobre una piedra lisa, examinándolas con curiosidad. Luego, tomando una moneda de oro entre el pulgar y el índice, la arrojó con toda su fuerza. El pequeño disco rozó el agua, levantando un diminuto oleaje hasta que, con un apagado ruido final, se sumergió rápidamente. Moneda tras moneda, anillos y piedras preciosas siguieron el mismo camino. Pronto no quedó ninguna.

Enjuagándose las manos, se volvió y sonrió divertido: un gran pájaro pescador había volado llevando el bolso vacío y otros dos lo seguían en insistente per-

secución. Canturreando una estrofa del Canto a los Muertos, el joven monje hizo su camino de regreso a la cueva, retornando a su tarea doméstica que al fin terminó.

Entonces, pudo hacer a un lado la muy gastada rama que utilizaba como escoba y sentir satisfacción frente a la arena limpia sobre el piso, al montón de leña al lado del fuego mortecino y a la olla llena de agua, y se frotó las manos en señal de que el TRABAJO DOMESTICO del día había terminado. Llegó así el momento en el cual las jóvenes y despiertas células de la memoria se dispusieron a recibir y a acumular información.

El ermitaño salió entonces de su lugar privado. Hasta la inexperta mirada del joven descubría el desmejoramiento que visiblemente se operaba en el anciano. Lentamente se sentó sobre el suelo y se arropó en su túnica. El monje tomó el jarro que le alargaba y lo llenó con agua fría. Cuidadosamente lo puso a su lado y guió su mano hasta el borde, de manera que pudiera conocer exactamente la ubicación. Luego se sentó también en el suelo y aguardó la palabra de su Señor.

Durante un momento el silencio fue absoluto, mientras el anciano reunía y ordenaba sus pensamientos. Luego, después de mucho carraspear y aclarar su garganta, comenzó.

"Al despertar la mujer, desperté yo también. Pero yo no había dormido mucho. Esa mujer roncaba horriblemente y mi cabeza me torturaba con un golpeteo rítmico. Sentía como si mi cerebro aumentara de volumen, empujando hacia arriba la tapa del cráneo. En mi cuello los vasos sanguíneos latían con violencia y me encontré al borde del colapso. Entonces, al ronquido sucedió el ruido de un pie pesado y, repentinamente, con una aguda exclamación, la mujer se paró de un salto y corrió a mi lado. Percibí ruido de roces y tintineos y un ritmo diferente en la corriente de líqui-

dos que circulaban dentro de mí. Por un momento cesaron los latidos de mi cerebro; también la presión en mi cuello y los bordes del corte óseo dejaron de chocar y trepidar.

"La mujer se meneaba sin cesar moviendo cosas, produciendo tintineos de vidrio y tañidos de metal. Oí su crujido cuando se inclinó para levantar el libro caído. Algunos muebles gimieron al ser empujados por el piso para buscar una nueva posición. Luego se dirigió hacia la pared y oí el ligero golpe de la puerta cerrándose tras ella. Sus pasos se perdieron corredor abajo. Permanecí acostado pensando en todo lo que me había sucedido. TENIA que permanecer allí porque no podía moverme. En realidad, mi cerebro había sufrido alguna trasformación: me sentía más despierto, podía pensar con mayor claridad. Anteriormente, mis ideas eran borrosas y vagas porque era incapaz de concentrarlas, desviándolas hacia algún lado en el oscuro fondo de mi mente. Ahora, en cambio, TODOS los pensamientos eran tan claros como las aguas de un manantial de montaña.

"Recordé el instante de mi nacimiento; mi primera visión del mundo dentro del cual había sido precipitado; el rostro de mi madre; la cara ajada de la vieja que me ayudó a venir al mundo. Más tarde, mi padre alzándome a mí, el recién nacido, como si me tuviera miedo. . . el primer recién nacido que había visto. Recordé su expresión de susto y su preocupación a la vista de una cara tan roja y arrugada. Luego, escenas de mi primera infancia. Siempre había sido el deseo de mis padres tener un hijo que se hiciera sacerdote y honrara la familia. La escuela y nosotros, sentados sobre el suelo y practicando escritura sobre planchas de pizarra. El monje maestro que iba de un lado a otro, repartiendo elogios o reprimendas y diciéndome que, como yo lo hacía bien, me quedaría más tiempo, de manera que pudiera aprender más que mis compañeros.

"Mi memoria era total. Podía recordar con facilidad láminas que habían aparecido en revistas que llevaban los mercaderes indios y otras que ni siquiera sabía que había visto. Pero la memoria es un arma de dos filos: recordaba también en todos sus detalles mi tortura a manos de los chinos. Porque me vieron llevando papeles desde el Potala, los chinos presumieron que eran secretos de Estado y fui raptado y torturado para que los revelara. ¡Yo, apenas un humilde sacerdote cuyo más profundo secreto era conocer cuánto comían los lamas!

"La puerta se abrió con un silbido metálico. Absorto en mis pensamientos no advertí pasos que se aproximaban por el corredor. Una voz preguntó: '¿Cómo estáis ahora? ' y sentí que mi secuestrador estaba de pie a mi lado. A medida que hablaba se ocupaba del extraño aparato con el cual yo estaba conectado. '¿Cómo estáis ahora? ' —repitió.

"'Regular —repliqué—, me siento infeliz por todas las cosas extrañas que me han ocurrido. ¡Estoy como un yac enfermo en el mercado! ' Rio y se alejó hacia un lugar distante de la habitación. Podía oír el ruido de papel, el inconfundible sonido de páginas que se están pasando.

"'Señor —dije—, ¿qué es un Almirante? Estoy enormemente intrigado. Y ¿qué es un Ayudante? '

"Dejó un pesado libro, o al menos sonó como tal, y se acercó a mí. 'Sí —contestó con voz compasiva—, supongo que desde vuestro punto de vista os HEMOS tratado bastante mal.' Se movió y lo oí arrastrar uno de esos raros asientos metálicos que al sentarse, rechinó de manera alarmante. 'Un Almirante —empezó como dudando—, bueno, hace falta recurrir a toda una explicación que tendréis más adelante, pero saciaremos vuestra inmediata curiosidad. Suponed que os halláis en una nave que viaja surcando el espacio, el OCEANO del espacio como lo llamamos, porque a la velocidad a

la cual viajamos la materia disgregada en el espacio es surcada tan rápidamente que semeja un océano de agua. ¿Me seguís? ' —preguntó.

"Yo pensaba en ello y. . . sí. . . lo seguía imaginando nuestro Río Feliz y los botes de cuero que lo navegaban. 'Sí' —respondí—. 'Bien, entonces —continuó—, nuestra nave es, entre las del grupo, la más importante. Cada una, incluyendo ésta, tiene un capitán. Un Almirante es, por así decirlo, el capitán de todos los capitanes. Nuestro término para eso es 'Almirante'. Ahora, además de nuestros marinos del espacio, también tenemos soldados a bordo y es corriente hallar un oficial-soldado ya mayor que se desempeña como 'asistente' del Almirante. Llamamos a ese asistente 'Ayudante'. Para referirlo en términos que os sean más familiares os diré: un abad tiene un capellán que es quien hace todo el trabajo general, mientras las grandes decisiones quedan libradas a la voluntad de su mayor'.

"Eso resultaba suficientemente claro para mí y me hallaba reflexionando sobre el asunto cuando mi secuestrador se inclinó y SUSURRO: 'Y, POR FAVOR, no os refiráis tanto a mí como vuestro SECUESTRADOR. Yo soy el cirujano mayor de este barco. Nuevamente de acuerdo con vuestro vocabulario, soy algo así como el lama médico mayor de Chakpori. Llamadme Doctor, ¡no secuestrador! '. Realmente me causó gracia descubrir que aun esos grandes hombres tenían su lado flaco. Un hombre como ése se sentía desgraciado porque un salvaje ignorante (según me había denominado) lo llamaba 'Secuestrador'. Resolví seguirle la corriente y repliqué con humildad: 'Sí, doctor'. Mi recompensa fue la más agradecida de las miradas y una complaciente inclinación de cabeza.

"Durante algunos momentos estuvo dedicado a ciertos instrumentos que parecían hallarse conectados con mi cabeza. Se hicieron muchos ajustes, la afluencia de

líquido fue modificada y otras cosas raras me dejaron una sensación de hormigueo en el cuero cabelludo. Después de algún tiempo dijo: 'Descansaréis durante tres días. Para entonces los huesos se habrán consolidado y la cicatrización se producirá sin ninguna duda. Entonces, siempre que respondáis tan bien como espero, os llevaremos nuevamente a la Cámara del Consejo y os mostraremos muchas cosas. No sé si el Almirante querrá hablaros. Si así fuera, no temáis. El os dirigirá la palabra como lo haríais vos conmigo —y agregó tristemente como si recién se le ocurriera—, casi diría con más cortesía'. Me palmeó amigablemente el hombro y abandonó la habitación.

"Permanecí allí acostado, inmóvil, pensando en mi futuro. ¿Futuro? ¿Qué futuro existe para un no vidente? ¿Qué debería hacer si alguna vez dejara este lugar vivo o si QUISIERA dejarlo vivo? ¿Tendría que mendigar para mantenerme, como los pordioseros que pululan en la Puerta de Occidente? La mayoría de ellos eran farsantes. Trataba de contestarme dónde viviría, dónde obtendría comida. El nuestro era un ambiente muy hostil, que no podía favorecer a un hombre que no tenía hogar ni dónde recostar su cabeza. Preocupado y agotado por todo lo ocurrido caí en un sueño sumamente intranquilo. De tiempo en tiempo oía abrirse la puerta corrediza y percibía la presencia de gente que quizá venía para comprobar que aún estaba vivo. Golpecitos y tintineos no hacían más que despertarme en los umbrales del sueño. No había manera de que pudiera controlar el tiempo. En condiciones normales utilizamos los latidos de nuestro corazón para seguir el curso de los minutos; pero aquí eran horas las que habían pasado, horas durante las cuales yo no estaba en estado consciente.

"Después de lo que pareció ser un lapso muy prolongado, durante el cual tuve la sensación de que flotaba entre el mundo material y el del espíritu, fui

violentamente vuelto a la realidad. Aquellas temibles mujeres se habían lanzado nuevamente sobre mí como buitres sobre un cadáver. Su jocosa charla me ofendía. No podía hacerme entender en su lengua y ni siquiera podía moverme. Me parecía asombroso que mujeres como ésas, que pertenecían al llamado sexo débil, pudieran tener manos tan duras y sensibilidad más endurecida todavía. Estaba flaco, frágil, y en un estado de franca deficiencia y, sin embargo, estas mujeres me manejaban con tanta desconsideración como si yo fuera un bloque de piedra. Me frotaron con lociones, ungüentos malolientes penetraron mi arrugada piel, y los tubos fueron sacados de mis fosas nasales y otras partes y remplazados torpemente por otros. Mi espíritu decaía y me preguntaba una vez más qué jugarreta endiablada del destino había decidido que tuviera que sufrir tales humillaciones.

"Con la partida de las agresivas mujeres retornó la paz, pero por muy breve tiempo. Luego, la puerta volvió a abrirse y mi secuestrador. . . aunque, no, debo recordar decir 'el Doctor', entró cerrándola tras sí. 'Buenos días —dijo alegremente—, noto que estáis despierto.'

"'Sí, señor Doctor —repliqué algo ásperamente—; no hay posibilidad de dormir cuando esas charlatanas mujeres se lanzan sobre mí como una plaga! ' Esto pareció divertirlo mucho. Por ese entonces, presumiblemente porque estaba empezando a conocerme mejor, me trataba más como a un humano, aunque humano bobo. 'Tenemos que hacer uso de los servicios de esas enfermeras —dijo— para que tengáis buen aspecto, os mantengáis limpio y perfumado. Habéis sido empolvado y preparado para otro día de descanso.'

"¡Descanso, DESCANSO! Yo no quería descansar; quería irme. Pero ¿adónde? Mientras el doctor, de pie, examinaba el lugar de la operación en mi cráneo, yo pensaba nuevamente sobre todo lo que me había

dicho... ¿cuándo? ¿Ayer? ¿Anteayer? ¿O el día anterior? No lo sabía. Lo que SABIA era que una cosa me había intrigado enormemente. 'Señor doctor —dije—; me habéis informado que yo estaba en una nave del espacio. ¿Entendí correctamente? '

"'Por supuesto, sí —replicó—; os encontráis a bordo de la nave capitana de esta flota supervisora. Ahora estamos posados sobre una meseta montañosa en las Tierras Altas del Tibet. ¿Por qué? '

"'Señor —respondí—, cuando me hallaba en esa cámara ante toda esa gente sorprendente, me di cuenta de que estaba en una cámara ROCOSA. ¿Cómo puede haber una cámara ROCOSA en este nave? '

"Rio como si le hubiera dicho el mejor de los chistes. Recobrándose agregó entre risas: 'Sois despierto, muy despierto. Y tenéis razón. Esta meseta rocosa sobre la cual descansa esta nave fue anteriormente un volcán. Tiene pasajes profundos e inmensas cámaras a lo largo de los cuales, en épocas muy lejanas, corría la lava fundida y era arrojada hacia adelante. Nosotros utilizamos esos pasajes y hemos ampliado la capacidad de las cámaras para que sirvan a nuestros propósitos. Usamos muchísimo este lugar. Diferentes naves lo utilizan de tanto en tanto. Vos fuisteis llevado desde la nave e introducido en una de esas cámaras rocosas'.

"¡Sacado de la nave y llevado a una cámara de roca! Eso explicaba la impresión extraña que había experimentado al dejar un corredor de metal y entrar en una cámara rocosa. 'Señor doctor —exclamé—, yo sé de túneles y cavidades rocosas; existe una cavidad muy grande oculta dentro de la Montaña del Potala. Tiene hasta un lago.'

"'Sí —asintió—, nuestras fotografías geofísicas nos lo han demostrado. Empero, no sabíamos que vosotros, los tibetanos, la habíais descubierto.' Siguió moviendo nerviosamente sus manos; yo me daba perfecta cuenta de que estaba haciendo cambios de los líquidos que

pasaban por los tubos y dentro de mi cuerpo. Se produjo una alteración en mi temperatura orgánica y, sin advertirlo, mi respiración se volvió más lenta y profunda; estaba siendo manejado como un monigote en un mercado.

"" ¡Señor doctor! —observé ansiosamente—, vuestras naves del espacio son conocidas por nosotros. Las llamamos 'Las carrozas de los dioses.' ¿Por qué no os ponéis en contacto con nuestros conductores? ¿Por qué no os presentáis abiertamente? ¿Por qué tenéis que obrar a escondidas como lo habéis hecho conmigo, raptándome? '

"Hizo una inspiración pronunciada y una pausa antes de replicar finalmente: 'Bien, eh. . ., ah. . ., quiero decir —tartamudeó— que si yo os dijera la razón, simplemente serviría para provocar en vos esos razonamientos cáusticos que no son de utilidad para ninguno de nosotros'.

""No, Señor doctor —repliqué—; yo soy vuestro prisionero del mismo modo que fui prisionero de los chinos y no puedo permitirme el lujo de irritaros. Estoy tratando de manera poco civilizada de entender cosas que, por otra parte, supongo que también es lo que vos deseáis.'

"Oí sus pasos alrededor y me di cuenta claramente de que estaba por decidir sobre lo que correspondía hacer. Habiéndolo resuelto, dijo: 'Somos los Jardineros de la Tierra y, por supuesto, de muchos otros mundos habitados. Un jardinero no discute su identidad o proyectos con sus flores. O, para elevar algo el asunto, si un cuidador de yacs encuentra que uno de ellos parece más inteligente que los otros no llega hasta él y le ordena: tómame como tu conductor, ni discute con el inteligente yac asuntos que evidentemente se hallan más allá de su comprensión. No está dentro de nuestra política fraternizar con los nativos de ninguno de los mundos que supervisamos. Lo hicimos en tiempos

pasados, fue desastroso para todos y dio lugar a leyendas fantásticas en vuestro propio mundo'.

"Con un resoplido exterioricé mi enojo y mi desdén: 'En primer término decís que soy un salvaje incivilizado y ahora me llamáis, o me comparáis, a un yac —reconvine—. Si soy tan bajo ¿POR QUE ME MANTENEIS PRISIONERO? '. Su respuesta fue aguda: 'Porque nos estamos sirviendo de vos. Porque vuestra memoria es fantástica y la estamos aguzando aún más. Porque seréis nada más que un depositario del conocimiento que trasmitiréis a alguien que llegará hasta vos casi al final de vuestra vida. Y ahora ¡dormid! ' Percibí un agudo golpecito seco y luego una nube de negra inconsciencia cayó blandamente sobre mí."

CAPÍTULO VI

"Las horas interminables se arrastraban perezosamente. Estaba sumido en un estupor, un ofuscamiento en el cual la realidad no existía porque lo pasado, lo presente y lo futuro eran una misma cosa. Mi pasado, el estado de impotencia dentro del cual no podía moverme ni ver y el espantoso temor por mi futuro una vez que saliera de 'esto', si alguna vez pudiera hacerlo. De tiempo en tiempo las mujeres se me acercaban y me hacían cosas increíbles. Mis extremidades eran retorcidas y flexionadas, hacían girar mi cabeza y todas las partes de mi anatomía eran estrujadas, pellizcadas, aporreadas y sobadas. De tanto en tanto entraban grupos de hombres y, de pie, rodeándome, discutían sobre mí. Yo no podía entenderlos, por supuesto, pero deducía claramente de qué hablaban. Luego también me clavaron cosas, pero yo les negué la satisfacción de verme reaccionar ante el pinchazo agudo.

"Llegó el momento en el cual fui despertado una vez más. Había permanecido aletargado, soñoliento, quién sabe desde cuándo. Aunque consciente de que la puerta de la habitación se abría de vez en cuando, ello no me molestaba. Fui retirado, sentí como si me sumergieran en capas de lana y, sin importarme de nadie, ni aun de mí mismo, tuve repentinamente una serie de agudos dolores desgarrantes alrededor del cráneo. Fui punzado y hurgado y una voz dijo en mi

propio idioma: 'Bueno, ¡reanimémoslo! ' Un murmullo apagado del cual sólo fui consciente cuando cesó, terminó con un golpe seco, amortiguado. Inmediatamente desperté, me reanimé y traté de sentarme. Nuevamente me sentí frustrado, los esfuerzos más violentos no alcanzaron a producir movimiento alguno en mis extremidades. 'Ya está otra vez con nosotros —dijo una voz—. ¡Ea! ¿Podéis escucharnos? —preguntó otra.

"'Sí, puedo —repliqué: pero ¿cómo es que estáis hablando tibetano? Yo pensaba que únicamente el Señor doctor podía comunicarse conmigo.' Percibí una risa contenida. 'VOS estáis usando NUESTRO lenguaje —fue la respuesta—. Ahora entenderéis todo lo que se os diga.'

"Otra voz irrumpió en un aparte: '¿Cómo lo llamáis? ' Y el doctor, a quien reconocí por la voz, respondió: '¿Llamarlo? ¡Oh! No tenemos nombre para él, simplemente le digo VOS'.

"'El Almirante necesita que le demos nombre —acotó un tercero—; decidid cómo será nombrado.' Tuvo lugar entonces una discusión muy animada durante la cual se sugirieron muchos nombres para mí. Algunos de ellos eran MUY insultantes e indicaban que para esos hombres yo poseía menos condición que la que nosotros le otorgábamos a los yacs o a los buitres que alimentábamos con los muertos. Posteriormente, cuando los comentarios se estaban volviendo demasiado impúdicos, el doctor determinó: 'Terminemos esto; el hombre es un monje. En consecuencia, refirámonos a él como tal y llamémosle 'Monje'.' Hubo un momento de silencio y luego surgieron ruidos espontáneos producidos con las manos, que correctamente tomé como aplausos. 'Muy bien —dijo una voz que yo no había oído anteriormente—; aprobado por unanimidad; desde ahora en adelante llevará el apodo de Monje. Registrémoslo así.'

"Luego se empeñaron en una discusión sin sentido, incoherente, en la cual yo no aparecía, ya que presumiblemente estos hombres estaban discutiendo las virtudes —o falta de ellas— de varias de las mujeres y apreciando el grado de facilidad con que se entregaban. Ciertas alusiones a su anatomía estaban fuera de mi alcance intelectual, de modo que ni intenté siquiera seguir el curso de la conversación, contentándome con visualizar mentalmente su probable aspecto. Algunos de los hombres eran pequeños y otros muy grandes. Había una cosa muy extraña que me intrigaba enormemente, pues de acuerdo con mis datos, sobre la Tierra no existía gente que poseyera las características y el tamaño que estos hombres tenían.

"Un repentino ruido de pasos y lo que parecía ser el retiro de aquellos extraños asientos me volvieron bruscamente a la realidad. Los hombres se levantaron y uno por uno abandonaron la habitación. Por último, sólo uno permaneció en ella, el doctor. 'Más tarde —dijo—, os llevaremos nuevamente a la Cámara del Consejo, la que está dentro de la montaña. No os pongáis nervioso, no hay nada que temer, Monje, será extraño para vos pero no seréis dañado.' Y así diciendo, él también abandonó la habitación dejándome de nuevo solo con mis pensamientos. Por algún motivo extraordinario, una escena en particular quedó grabada en mi estremecida memoria. Estaba atado contra una pared con los brazos abiertos como un águila con las alas extendidas. Uno de los torturadores chinos se me acercó con una diabólica sonrisa diciéndome: '¡Una última oportunidad para que nos digas lo que queremos o te arrancaré los ojos! '

"Contesté: '¡Soy un pobre, simple monje y nada tengo que decir! ' Entonces el torturador chino introdujo brutalmente el pulgar y el índice por los extremos de mi ojo izquierdo y éste saltó como el carozo de una ciruela, quedando como un pingajo colgado

sobre mi mejilla. El dolor de la visión distorsionada fue terrible; el ojo derecho, todavía intacto, miraba directamente hacia adelante, mientras el izquierdo, balanceándose y colgando sobre mi mejilla, miraba directamente hacia abajo. Las impresiones mentales fueron espantosas. Luego, en un impulso incontenible, el chino arrancó el ojo libre arrojándolo a mi rostro antes de proceder de igual modo con el derecho.

''Recordaba cómo, finalmente satisfechos de esa orgía de tortura, me habían arrojado entre un montón de desperdicios. Pero yo no estaba muerto como ellos creyeron; el frío de la noche me había reanimado y, ciego y tambaleante, estuve errando hasta que al fin alguno de mis 'sentidos' me hizo alejar de los terrenos de la Misión China, para llevarme, más tarde, fuera de la Ciudad de Lhasa. Entregado a mis recuerdos había perdido todo indicio de tiempo y experimenté algún alivio cuando finalmente los hombres entraron a la habitación. Ahora podía entender lo que se hablaba. Un dispositivo especial de elevación, algo con el curioso nombre de Antigravedad, fue colocado sobre mi mesa y 'conectado'. La mesa se elevó en el aire y los hombres la guiaron hacia la puerta y luego por el corredor. Parecía que, aunque la mesa aparentemente había perdido su peso, todavía tenía inercia e impulso, aunque todo eso nada significaba para mí. Lo que SI ME IMPORTABA era que se necesitaba bastante precaución para que no me lastimara.

''Cuidadosamente la mesa y su equipo anexo fueron remolcados o empujados por el corredor metálico lleno de ecos distorsionados y fuera de la nave espacial. Ingresé nuevamente en la gran cámara rocosa donde me llegó el ruido de una gran concurrencia lo cual me recordó el atrio de la Catedral de Lhasa en días más felices. Mi mesa fue movida hacia adelante y, por último, dio una vuelta y descendió las pocas pulgadas hasta el suelo. Una persona se puso a mi lado infor-

mándome en voz baja: 'El Cirujano General estará con vos dentro de un momento'.

"Como respuesta pregunté: '¿No vais a darme la vista? ' Pero ya se había ido y mi pregunta no fue atendida. Estaba allí, acostado, tratando de imaginarme todo lo que estaba sucediendo. Tenía sólo el recuerdo de lo que había visto antes tan brevemente y mi gran deseo era que se me diera la vista artificial.

"El ruido de pasos que me eran familiares halló eco sobre el suelo de roca. '¡Ah! Os trajeron sano y salvo. ¿Os sentís bien? ' —preguntó el Cirujano General.

"'Señor doctor —repliqué—, me sentiría mucho mejor si me permitierais ver.'

"'Pero eres CIEGO y debéis acostumbraros a esa ceguera porque viviréis una larga vida en ese estado.'

"'Pero Señor doctor —dije ya exasperado— ¿COMO podré aprender y memorizar todas esas maravillas que me habéis prometido que veré si no me concedéis esa vista artificial? '

"'Dejadlo por nuestra cuenta —respondió—, NOSOTROS haremos las preguntas y daremos las órdenes. VOS haced lo que se os diga.'

"Había una gran quietud, aunque no silencio, entre la multitud que me rodeaba. No puede existir silencio donde hay gente congregada. Desde esa tranquilidad pude percibir pasos muy definidos que se detuvieron bruscamente. '¡Sentaos! ' —ordenó una voz cortante, militar. Se produjo un murmullo de relajamiento, de roce de ropa almidonada, de crujido de cuero y de pisadas de muchos pies. Un sonido como de arrastre sugería que uno de aquellos extraños asientos había sido empujado hacia atrás. Un hombre se ponía de pie. Una calma tensa, expectante, invadió el lugar durante un segundo más o menos, y entonces la voz se hizo oír.

"'Señoras y señores —anunció solemnemente con tono profundo y maduro—, nuestro Cirujano General

considera que este nativo se halla ahora lo suficientemente recuperado e instruido como para que, sin mayor riesgo, pueda ser preparado con el Conocimiento del Pasado. Siempre existe un riesgo, por supuesto, pero debemos enfrentarlo. Si la criatura muere, deberemos empezar nuevamente la tediosa búsqueda de otro. Este nativo se halla físicamente en estado deficiente; esperemos, por lo tanto, que su voluntad sea férrea y su apego a la vida, firme.' Sentí que mi carne se crispaba ante la insensibilidad despreciativa en cuanto a MIS sentimientos, pero la Voz continuó:

'"Hay quienes entre nosotros consideran que debemos utilizar sólo Registros escritos revelados a algún Mesías o Santo que hemos ubicado en este mundo con tal propósito, pero yo digo que a esos Registros les ha sido otorgada una reverencia supersticiosa que anuló sus beneficios porque con frecuencia han sido mal traducidos y mal interpretados. Los nativos no han indagado el significado contenido dentro de las escrituras sino que solamente han alcanzado su valor literal, y a menudo este mismo valor literal ha sido erróneamente comprendido. Por lo general, ello ha perjudicado su desarrollo y establecido un sistema de casta artificial bajo el cual algunos de los nativos presumen que ELLOS han sido elegidos por los Poderes Supremos para enseñar lo que NO está escrito.

'"No tienen un concepto real de nosotros y del espacio externo, más allá del sistema solar. Nuestras naves patrulleras, al ser avistadas, se consideran objetos celestes naturales o simple alucinación del espectador que se ha engañado, y hasta se cuestiona su sano juicio. Creen que el Hombre ha sido hecho a la imagen de Dios y, por consiguiente, nada en la vida puede ser superior al Hombre. Tienen la firme convicción de que este mundo mezquino constituye la UNICA fuente de vida, desconociendo que los mundos habitados son mayores en número que los granos de arena esparcidos

sobre todo este mundo y que él es uno de los más pequeños e insignificantes.

'"Creen que son los Padres de la Creación y que todos los animales del orbe son suyos para devorarlos. Hasta la duración máxima de su vida no es sino un simple pestañeo. Comparados con nosotros son como los insectos que viven sólo un día y tienen que nacer, llegar a la adultez, buscar su pareja, casarse y morir, todo dentro de un lapso de horas. Nuestro promedio de término de vida es de cinco mil años y el de ellos escasamente de unas pocas décadas. Y todo esto, damas y caballeros, se ha originado en sus creencias particulares y sus conceptos trágicamente erróneos. Por esta razón los hemos ignorado hasta hoy, pero ahora nuestros Sabios opinan que en el período de medio siglo estos nativos descubrirán algo sobre los secretos del átomo y podrán con ello hacer pedazos su pequeño mundo. Radiaciones peligrosas invadirán el espacio y constituirán una amenaza de contaminación.

'"Como la mayoría de vosotros sabéis, los Sabios han decidido que se atrape a un nativo —nosotros hemos conseguido éste— y que su cerebro sea tratado de manera que pueda recordar todo lo que vamos a enseñarle. Estará entonces en condiciones de revelarlo SOLAMENTE a alguien que nosotros pondremos a su debido tiempo sobre este mundo. Su tarea será la de trasmitir a todos los que escuchen los hechos reales, y no las fantasías de otros, en mundos más allá de este pequeño universo. Este nativo, del sexo masculino, ha sido especialmente preparado y será el receptor del mensaje que deberá más tarde trasmitir a otro. El esfuerzo será muy grande; él quizá no lo sobreviva, de manera que deseemos todos que resulte fuerte, porque si su vida halla fin sobre esta mesa tendremos que comenzar nuevamente nuestra búsqueda para lograr otro, y ya sabemos cuán aburrido resulta eso.

'"Uno de nuestros tripulantes ha protestado porque

no tomamos un nativo de un país más desarrollado, que gozara de mayor reputación entre sus compañeros, pero creemos que eso sería un paso en falso. Instruir a tal nativo y luego liberarlo entre los suyos sería asegurar su inmediato descrédito entre otros de su clase y demorar seriamente nuestro programa. Vosotros, todos los que estáis aquí, podréis presenciar esta recordación del pasado. Esto es raro, en verdad; recordad entonces que tenéis un privilegio que otros no poseen.'

"No bien este Venerable dejó de hablar, se produjo un rarísimo murmullo y chirrido. Y luego una Voz, pero ¡QUE Voz! Sonaba como si no fuera humana, no era ni de hombre ni de mujer. Al oírla, el pelo se me puso de punta y se me erizó la piel. 'Como Mayor Biólogo, no responsable ni de la marina ni de la armada —dijo ásperamente esta desagradabilísima Voz—, deseo dejar constancia de mi desaprobación por estos procedimientos. Mi informe completo será entregado a las Oficinas Principales en término. Ahora exijo ser escuchado aquí.' Cierto suspiro de resignación pareció provenir de aquellos asambleístas. Se vivió un momento de inquietud y luego el primer informante se puso de pie. 'Como Almirante de esta flota —observó secamente— estoy a cargo de esta expedición supervisora, no obstante los plausibles argumentos que pueda esgrimir nuestro descontento Mayor Biólogo. Sin embargo, oigamos una vez más los argumentos de la oposición. ¡Podéis continuar, Biólogo! '

"Sin palabra alguna de agradecimiento ni el formal saludo corriente, la voz cadenciosa y cascada continuó: 'Protesto por la pérdida de tiempo. Protesto por tener que empeñar nuestros más grandes esfuerzos en estas criaturas defectuosas. En tiempos idos, cuando una especie no resultaba satisfactoria, era exterminada y el planeta nuevamente poblado. Ahorremos tiempo y trabajo y exterminémolos AHORA antes de que contaminen el espacio'.

"El Almirante interrumpió: '¿Tenéis alguna sugerencia específica referente a POR QUE son defectuosos, Biólogo? '

'"Sí, la tengo —insistió el Biólogo airadamente— las mujeres de las especies son defectuosas. Su mecanismo de fertilidad no es perfecto, sus auras no tienen relación con lo que fue planeado. Recientemente tomamos una perteneciente a un lugar que se considera como una de las mejores zonas de este mundo. Chilló y peleó cuando le sacamos la ropa con la cual se hallaba fajada. Y cuando insertamos una sonda en su cuerpo para analizar sus secreciones, primero se volvió histérica y luego perdió el conocimiento. Más tarde, habiéndolo recobrado, miró a alguno de mis asistentes y a su vista perdió sus facultades mentales, o algo así que poseía. Tuvimos que destruirla y todos nuestros días de trabajo fueron inútiles'."

El viejo ermitaño dejó de hablar y tomó un sorbo de agua. El joven monje seguía sentado, atónito, casi horrorizado, ante las cosas extraordinarias que había escuchado y que le habían ocurrido a su superior. Algunas de las descripciones le eran de extraña manera FAMILIARES. No podía precisar cómo, pero los comentarios del ermitaño evocaban en él reacciones raras, como si los recuerdos reprimidos fueran reavivados, como si el relato del ermitaño actuara realmente como catalizador. Cuidadosamente, sin derramar una gota, el anciano colocó su jarro de agua a su lado, juntó sus manos y prosiguió. . .

"Yo estaba sobre esa mesa y había escuchado y entendido cada palabra. Me había despojado de todo temor y de toda incertidumbre. Le demostraría a esa gente cómo podía vivir o morir un sacerdote tibetano. Mis impulsos naturales me llevaron a exclamar con toda la voz: 'Ved, Señor Almirante, vuestro Biólogo es menos civilizado que nosotros, pues NOSOTROS no matamos ni aun a los que podríamos considerar anima-

les inferiores. ¡NOSOTROS somos los civilizados! ' Durante un instante el tiempo se detuvo. Hasta la respiración de los que me rodeaban parecía haberse detenido. Entonces, para mi profundo asombro y conmoción, resonó un espontáneo aplauso y no pocas risas. La gente producía ruido con sus manos juntas lo cual yo interpretaba como señal de aprobación entre ellos. Proferí gritos de alegría y uno de los técnicos que se hallaba cerca de mí se inclinó, diciéndome en voz baja: ' ¡Bien por vos, Monje, bien por vos. Ahora no digáis nada más, no arriesguéis vuestra suerte! '

"El Almirante habló: 'El Monje nativo ha hablado, demostrando, para mi satisfacción, que es una criatura sensible y muy capaz de llevar a cabo la tarea que se le ha asignado. ¡Apoyo sus observaciones y las incluiré en mi propio informe para los Sabios! ' El Biólogo lo interrumpió bruscamente: 'Me retiraré del experimento'. Y con ello, la criatura —él, ella o vaya a saber qué— hizo una retirada muy ruidosa desde la cámara de piedra. Se sintió un colectivo suspiro de alivio; evidentemente el Señor Biólogo no era persona grata. El murmullo se desvaneció respondiendo a algún gesto manual de admonición que yo no pude ver. Se produjo entonces un ligero ruido de pisadas y de roce de papel. El ambiente de expectativa casi podía palparse.

"'Damas y caballeros —dijo la voz del Almirante—, ahora que hemos acabado con las objeciones y las interrupciones quisiera decir unas pocas palabras para beneficiar a los que son nuevos en esta Estación de Supervisión. Algunos de vosotros habéis oído rumores, pero los rumores jamás son responsables. Voy a deciros lo que pasará, qué es lo que estamos tratando de hacer, para que podáis apreciar mejor los acontecimientos en los cuales pronto participaréis.

"'La gente de este mundo está desarrollando una tecnología que de no ser controlada, podrá llegar a destruirlos. En el proceso también contaminarán el

espacio con tal intensidad que otros nuevos mundos de este grupo podrán quedar seriamente afectados. Debemos prevenirlo. Como bien sabéis, este mundo y otros de este grupo constituyen nuestros terrenos de prueba para diferentes tipos de criaturas. Así como las plantas que no se cultivan se convierten en yuyos, en el reino animal pueden conseguirse pura sangre o mestizos. Los humanos de este mundo están pasando a esta última categoría. Nosotros, que hemos sembrado este orbe con plantel 'humanoide', debemos asegurarnos ahora de que nuestras siembras sobre otros mundos no corran peligro.

'"Tenemos aquí, delante de nosotros, a un nativo de este mundo. Pertenece a una subdivisión de un país llamado Tibet. Ese país es una teocracia, es decir, está regido por un conductor que asigna mayor importancia a la adhesión a la religión que a la política. Es un país pacifista, sin violencias. Nadie lucha por arrebatar la propiedad de otro. Se respeta la vida animal con excepción de las clases más bajas que casi siempre son nativos de otras naciones. Aunque su religión pudiera parecernos fantástica, ellos la viven íntegramente y no molestan al prójimo ni se preocupan por imponerla a otros. Son partidarios de la paz y se necesita un gran despliegue de provocación antes de que se resuelvan por la violencia. Supusimos, por consiguiente, que allí podríamos hallar a un nativo poseedor de una memoria extraordinaria que podría ser reforzada aún más, un nativo en quien pudiéramos inculcar conocimientos que deberán ser trasmitidos a otro que más tarde pondremos sobre este mundo.

'"Algunos de vosotros podréis preguntaros por qué él no puede ser nuestro representante directo. No podríamos hacerlo con una total respuesta a nuestro propósito, ya que ello conduciría a omisiones y aberraciones. Tal procedimiento ha sido ensayado en diversas ocasiones y nunca ha resultado como nosotros lo de-

seamos. Como vosotros veréis más adelante, lo intentamos con regular éxito con un hombre que los habitantes de la Tierra llamaron Moisés. Pero aun con él no lo logramos COMPLETAMENTE y los errores y las malas interpretaciones prevalecieron. Ahora, a pesar de nuestro respetado Mayor Biólogo, vamos a ensayar este sistema ideado por los Sabios.

"'Del mismo modo que su soberbia capacidad científica hace millones de años-tierra descubrió la energía más veloz que la luz, también ha perfeccionado un método por medio del cual el mismo Registro Ascásico puede ser consultado. En este sistema, la persona que se halle dentro del aparato especial podrá ver todo lo que ocurrió en lo pasado. En el grado que lo permitan sus impresiones, VIVIRA en realidad todas sus experiencias; VERA y OIRA con toda precisión como si estuviera viviendo esos días que pasaron hace tanto tiempo. ¡Para él será como SI ESTUVIERA ALLI! Una extensión especial que parte directamente de su cerebro hará posible que cada uno de nosotros participe indirectamente de la experiencia. El. . . vosotros. . . o, mejor diría 'nosotros', prácticamente dejaremos de existir durante ese tiempo y nos trasportaremos a esas épocas y, en la medida en que nuestra sensibilidad, nuestra vista, nuestro oído y nuestras emociones nos respondan, 'viviremos' su vida y sus acontecimientos reales del mismo modo que ahora hacemos esta experiencia de vida a bordo de la nave o de una pequeña patrulla de naves, o trabajando en este mundo muy por debajo de la superficie en nuestros laboratorios subterráneos.

"'Yo no pretendo entender del todo los principios que esto encierra. Algunos de vosotros aquí presentes conocéis mucho más que yo el tema; por eso estáis aquí. Otros, que se dedican a cosas diferentes, sabrán menos y es a ellos a quienes me he estado dirigiendo en estos comentarios. Os recuerdo que debemos tam-

bién considerar la santidad de vida. Algunos de vosotros quizá miréis a este nativo de la tierra simplemente como a un animal de laboratorio; pero, según ha demostrado, tiene sentimientos. Posee inteligencia y —recordad esto bien— para nosotros es actualmente la criatura más útil del mundo. Esa es la razón por la cual está aquí.' 'Pero —inquirió alguno— ¿cómo se podría salvar el mundo llenando a esta criatura de conocimiento? La respuesta es que resultará inútil intentarlo.'

"El Almirante hizo una dramática pausa. Yo no podía verlo, naturalmente, pero presumo que otros también experimentaban la misma tensión que me había sobrecogido a mí. Luego continuó: 'Este mundo está muy enfermo. SABEMOS que está enfermo, pero no sabemos por qué. Estamos tratando de averiguarlo. Nuestra misión consiste en descubrir primero que existe el estado de enfermedad. En segundo término, debemos convencer a los humanos de que están enfermos y tercero, inculcarles el deseo de ser curados. Cuarto, habremos de descubrir exactamente cuál es la naturaleza de su mal. Quinto, tendremos que desarrollar un agente curativo y sexto, deberemos persuadir a los humanos de que hagan lo que corresponde para que la cura se efectúe. La enfermedad está relacionada con el aura. Todavía nosotros no podemos descubrir por qué. Otro vendrá, que no será de este mundo pues ¿puede un hombre ciego ver la dolencia que padecen sus compañeros cuando él también es ciego? '

"Ese comentario me sacudió. Me pareció contradictorio; yo era ciego y, sin embargo, había sido elegido para ese trabajo. Pero no, yo sería simplemente el depositario de cierto conocimiento, conocimiento que capacitaría a otro para actuar de acuerdo con un plan preconcebido. El Almirante estaba hablando otra vez.

"'Nuestro nativo, cuando haya sido preparado por nosotros, cuando nosotros hayamos terminado con él,

será llevado a un lugar donde podrá vivir lejos de los días de una (para él) vida muy larga. No morirá hasta que haya trasmitido su conocimiento. Para soportar sus años de ceguera y soledad gozará de paz interior y del convencimiento de que estará haciendo mucho por su mundo. Ahora realizaremos un control final sobre la condición del nativo y luego comenzaremos.'

"Se produjo entonces un enorme pero ordenado bullicio. Sentí que la gente se desplazaba rápidamente. Mi mesa fue tomada, levantada y movida hacia adelante. Se oyó en seguida el ya familiar tintineo del vidrio que chocaba contra el metal. El Cirujano General vino hasta mí y susurró: '¿Cómo os halláis ahora? '

"Apenas sabía CÓMO estaba o DONDE me hallaba, así que simplemente respondí: 'Lo que he oído no me ha hecho sentir mejor en manera alguna. Pero, ¿no estoy todavía ciego? ¿Cómo voy a experimentar estas maravillas si no me concedéis la vista una vez más? '

"'Descansad —susurró suavemente—; todo saldrá bien. Veréis de la mejor manera posible en el momento oportuno.'

"Se detuvo un momento mientras otra persona llegaba y se dirigía a él con una observación. Luego continuó: 'Esto es lo que pasará. Extenderemos sobre vuestra cabeza lo que os parecerá un sombrero de tela metálica. Lo sentiréis frío hasta que os acostumbréis a él. Luego calzaremos vuestros pies con algo que os parecerán sandalias metálicas. Ya tenemos cables conectados a vuestros brazos. Primero sentiréis un hormigueo extraño y posiblemente nada confortable, pero pasará pronto y ya no tendréis otro desagrado físico. Descansad en la seguridad de que nosotros os dedicaremos nuestro máximo cuidado. Esto significa que todos nos preocuparemos muchísimo, porque queremos que la experiencia sea un éxito, pues perderemos demasiado si resulta un fracaso'.

"'Sí —murmuré— yo arriesgo más que nadie; ¡yo arriesgo mi vida! '

"El Cirujano General, de pie, se dio vuelta. 'Señor —exclamó en un tono de voz muy protocolar—, el nativo ha sido examinado y está listo. Pido permiso para proceder.'

"'Permiso concedido —replicó la voz grave del Almirante. ¡Proceded! ' Se oyó entonces un golpe seco y una exclamación apagada. Sentí que unas manos me tomaban por detrás del cuello y levantaban mi cabeza; otras manos tiraron lo que parecía ser una bolsa de metal de alambre suave sobre mi cabeza y sobre mi rostro y luego hicieron tanteos por debajo de mi barba. Se oyeron tres extraños chasquidos y la bolsa metálica fue ajustada sobre mí y asegurada alrededor de mi cuello. Las manos se alejaron. Otras, mientras tanto, trabajaban en mis pies, frotándolos con una loción extraña, grasosa y maloliente; luego los envolvieron en dos bolsas metálicas. Yo no estaba acostumbrado a tener mis pies así apretados, y verdaderamente resultaba de lo más desagradable. Nada podía hacer, sin embargo. La expectativa y la tensión del ambiente iban en aumento."

En la cueva, el viejo ermitaño cayó repentinamente hacia atrás. Durante un largo rato el joven monje permaneció sentado, petrificado de espanto. Luego, reaccionando activamente ante la emergencia, se puso de pie de un salto y escarbó debajo de una roca donde se hallaba la medicina especial ya lista para ser administrada en caso de emergencia. Con manos temblorosas hizo saltar el tapón y, de rodillas junto al anciano, introdujo unas pocas gotas de líquido entre sus débiles labios. Muy cuidadosamente para no volcar ni una sola gota volvió a tapar, colocando el envase a un lado. Acunando la cabeza del ermitaño en su regazo masajeó con suavidad sus sienes.

Poco a poco apareció un débil indicio de color y

lentamente dio señales de que se estaba recobrando. Por fin, estirando la mano temblorosamente, el viejo ermitaño dijo: "¡Ah! ¡Muy bien, muchacho, muy bien! Ahora debo descansar un rato".

"Venerable —dijo el joven monje— descansad aquí. Os haré un poco de té caliente; aún nos queda un poco de manteca y azúcar.". Tiernamente colocó su manta doblada por debajo de la cabeza del anciano y se puso de pie. "Pondré el agua a hervir", dijo alcanzando la olla que ya estaba medio llena de agua.

Resultaba extraño reflexionar, afuera, en el aire frío, sobre las cosas maravillosas que acababa de oír. Extraño porque la mayor parte de eso le era... FAMILIAR. Familiar pero olvidado. Era como despertar de un sueño, pensó, sólo que en este caso los recuerdos volvían en vez de desvanecerse como ocurre en los sueños. El fuego estaba encendido. Rápidamente le echó encima puñados de pequeñas ramas. Densas nubes azules se elevaron y se expandieron en el aire. Una brisa errante se arremolinó contra la ladera de la montaña retorciendo una voluta de humo sobre el joven monje que se vio obligado a retroceder vacilante, tosiendo y con los ojos llorosos. Recuperado, colocó cuidadosamente la olla en el corazón del fuego ahora brillante y volvió a la cueva para asegurarse de que el anciano se había recobrado.

El ermitaño yacía sobre su costado, evidentemente mucho mejor de salud. "Tomaremos el té y un poco de cebada —dijo— y descansaremos hasta mañana, pues debo cuidar mis fuerzas que ya declinan, no sea que claudique y no pueda terminar mi misión." El joven monje cayó de rodillas al lado de su maestro contemplando la débil y gastada figura.

"Será como digáis, Venerable —comentó; he venido para asegurarme de que os sentís bien. Ahora iré a buscar la cebada y me pondré a hacer el té." Se levantó rápidamente y fue hasta el final de la cueva

para buscar las escasas provisiones. Sombríamente miró la pequeña cantidad de azúcar que quedaba en el fondo de la bolsa y más sombríamente aún contempló el resto del pedazo de manteca. Del té quedaba una cantidad apropiada; simplemente debía golpear la torta y entresacar las ramitas y hojas peores, eliminándolas. La cebada también aparecía en cantidad suficiente. El joven monje resolvió privarse del azúcar y la manteca para que el anciano tuviera bastante.

Fuera de la cueva el agua hervía alegremente en la olla. El joven echó en ella el té y revolvió enérgicamente, añadiendo luego un pequeño trozo de bórax para que tuviera mejor sabor. En ese momento, escapaba la luz del día y el sol hallaba su ocaso rápidamente. Sin embargo, quedaba todavía mucho por hacer. Había que buscar más leña, más agua y no había hecho en todo el día ningún ejercicio. Volviéndose, se introdujo con premura en la caverna ya en tinieblas. El anciano estaba sentado erguido, esperando su té. Frugalmente desparramó un poco de cebada en su jarro, echó una pequeña porción de manteca y luego alargó el recipiente para que el joven monje lo llenara con té. "Este es el manjar más delicioso que he comido en más de sesenta años —exclamó—. Creo que habré de ser perdonado por tomar algo caliente después de todos esos años. Jamás pude hacer fuego solo; ensayé una vez y mi túnica se incendió. Sí conservo algunas cicatrices de aquellas llamas, pero curaron. Llevó muchas semanas, pero curaron. ¡Oh, bueno, esto ocurre por tratar de mimarse uno mismo! " Suspiró profundamente y sorbió su té.

"Tenéis una ventaja, Venerable —rio el joven—; la luz y la oscuridad nada significan para vos. En esta oscuridad acabo de volcar mi té por no haber podido verlo."

" ¡Oh! —exclamó el anciano— aquí tienes el mío."

"No, no, Venerable —replicó el joven afectuosa-

mente—, tenemos mucho. Acabo de servirme algo más." Durante algún tiempo descansaron en fraternal silencio hasta que acabaron el té. Entonces el joven se puso de pie diciendo: "Ahora iré a traer más agua y más leña. ¿Queréis darme vuestro jarro para que lo lave? " Colocó ambos recipientes dentro de la olla vacía mientras salía de la cueva. El viejo ermitaño quedó rígido esperando, esperando exactamente del mismo modo como lo había hecho durante muchas décadas.

El sol ya se había puesto. Solamente los picos más altos de las montañas eran bañados todavía por la luz dorada que se convirtió en púrpura mientras el monje la observaba. En lo profundo de los flancos sombreados de la cadena de montañas pequeñas manchas de luz aparecían una por una. Las lámparas de manteca de los lamasterios lejanos brillaban penetrando el aire frío y límpido de la Meseta de Lhasa. La oscura silueta del Lamasterio de Drepung se recortaba como una ciudad amurallada, abatiendo el valle. Aquí, sobre la ladera de la montaña misma, el joven monje podía mirar sobre la Ciudad, los lamasterios y el coruscante Río Feliz. Allá lejos, al otro lado, se destacaban el Potala y la Montaña de Hierro no obstante la evidente disminución de tamaño que imponía la gran distancia.

¡Mas no había tiempo que perder! El joven monje se reprochó su tardanza y se apresuró a internarse por el camino oscuro hasta llegar a la orilla del lago. Rápidamente lavó y fregó los dos jarros y la olla. Llenó esta última con agua limpia y retomó el sendero de retorno arrastrando con él la gran rama de árbol que también había cargado previamente para que fuera más manejable. Deteniéndose nuevamente para recobrar aliento, pues la rama era muy grande y pesada, echó un vistazo hacia atrás, hacia el paso montañoso que conduce a la India. Brillaba a lo lejos la parpadeante luz que denunciaba que una caravana de merca-

deres había acampado para pasar la noche, pues sólo viajan de día. El corazón del joven dio un brinco. Al día siguiente, iniciarían su lento camino por el sendero de la montaña y, sin duda alguna, acamparían a la orilla del lago antes de proseguir hacia Lhasa. ¡Té! ¡Manteca! El joven monje sonrió satisfecho y levantó su carga, renovado.

"¡Venerable! —llamó al entrar a la cueva con el agua—; hay mercaderes al paso. Mañana podremos tener manteca y azúcar. Estaré alerta."

El anciano sonreía mientras contestaba: "Sí, pero por ahora. . . dormiremos". El joven lo ayudó a levantarse y a apoyar su mano sobre la pared. Temblorosamente entró a su compartimiento particular.

El joven se acostó y cavó el hueco para ubicar el hueso de la cadera. ¿Era CIERTO que los humanos eran yuyos? ¿Que no eran sino animales de laboratorio? No, pensó, algunos de nosotros damos lo mejor de nosotros mismos en circunstancias muy difíciles y nuestras penurias nos estimulan para superarnos y ascender, pues ¡siempre hay lugar en la cumbre! Y con ese pensamiento cayó sumido en un profundo sueño.



CAPÍTULO VII

El joven monje se dio vuelta tiritando. Con esfuerzo se frotó los ojos y se incorporó. La abertura de la cueva era una mancha gris opaca con relación a la oscuridad de adentro. El aire frío era punzante. Con toda rapidez vistió su túnica y se dirigió hacia la entrada. Allí el aire era realmente frío; el viento se quejaba entre los árboles haciendo gemir las hojas. Los pequeños pájaros anidaban contra los troncos protegiéndose de él. La superficie del lago se rizaba en empujes turbulentos y las olas batían contra las riberas haciendo inclinar las cañas que protestaban contra el embate.

El día nacía gris y desapacible. Nubes negras se agrupaban sobre la cima de la montaña y eran barridas hacia las laderas como un rebaño de ovejas azuzadas por los perros del cielo. Los pasos montañosos quedaron escondidos tras las nubes, tan negras como las rocas mismas, que seguían descendiendo, borrando el paisaje y sumergiendo la planicie de Lhasa en un mar de niebla envolvente. Una ráfaga imprevista barrió la formación nubosa que se condensó sobre el joven monje tan espesamente que ya no pudo ver la entrada de la cueva. Ni siquiera podía distinguir la mano delante de la cara. Ligeramente hacia la izquierda de donde él se encontraba el fuego siseó al recibir las gotas que caían sobre él.

Con premura rompió ramitas amontonándolas sobre el fuego que aún ardía y sopló para que prendieran más fácilmente. La leña húmeda crepitó echando humo; la llama tardaba en aparecer. El gemido del viento se elevó hasta el aullido. La nube se hizo más densa y una violenta descarga de granizo hizo que el monje se cubriera. El fuego moría lentamente entre siseos. Antes de que se extinguiera del todo, el monje se precipitó sobre él tomando una rama todavía encendida y rápidamente la arrastró hasta la boca de la cueva donde quedó protegida de la tormenta. Desgraciadamente, cuando volvió para rescatar la leña tanto como fuera posible, ésta ya se hallaba anegada.

Durante un momento permaneció de pie, jadeante después de sus esfuerzos; sacándose la túnica la retorció para eliminar la mayor parte del agua. Ahora, la niebla invadía la cueva y el joven debía palpar su camino tomándose de las paredes. Con toda precaución siguió avanzando hasta chocar con la gran roca, debajo de la cual acostumbraba a dormir.

"¿Qué pasa? " —inquirió la voz del viejo ermitaño.

"No os preocupéis, Venerable —replicó el joven suavemente—, las nubes están muy bajas y nuestro fuego casi se ha extinguido."

"No importa —dijo el anciano filosóficamente—; antes fue el agua que el té, por consiguiente, bebamos agua y pospongamos el té y el tsampa hasta que el fuego lo permita."

"Sí, Venerable —respondió el monje— veré si puedo reavivar el fuego debajo del alero de la roca. He conservado con ese fin una rama encendida."

Se encaminó hacia la entrada. El granizo caía a torrentes y todo el suelo se cubrió de guijarros de hielo mientras la oscuridad se hacía aún más intensa. Sonó entonces como un agudo chasquido de látigo seguido por el estruendo del trueno, y el estrépito halló un eco que se repitió en toda la amplitud del

valle. Se oyó cerca el deslizamiento de rocas que se desprendían y el sacudimiento del suelo al hacer impacto en la base de la montaña. Uno de los continuos aludes comenzó por la vibración del trueno o quizá por el profundo agrietamiento de una gran roca a consecuencia de un rayo. El joven monje se preguntaba si alguna otra ermita habría sido barrida como una pluma en el viento. Durante un momento permaneció de pie, escuchando por si percibía algún llamado de auxilio. Por último, volvió y se inclinó sobre la rama aún crepitante. Cuidadosamente quebró ramitas en pequeños trozos y alimentó las incipientes llamas. Densas nubes de humo buscaron espacio en lo alto y fueron empujadas hacia el valle por la tormenta; pero las llamas, protegidas por la cresta rocosa, crecieron ávidamente.

En la cueva, el anciano ermitaño tiritaba, pues el aire helado y húmedo penetraba por su delgada y desgarrada túnica. El joven monje tocó su manta y también la sintió húmeda. Tomando al anciano de la mano lo guió lentamente hasta la entrada de la cueva y le rogó que se sentara. Empujó con toda preocupación las ramas encendidas más cerca de él, de manera que pudiera sentir el calor y reanimarse. "Haré té —dijo— ahora tenemos suficiente fuego." Y así diciendo penetró rápidamente en la cueva en busca de la olla de agua; pronto volvió con ella y la cebada. "Volcaré la mitad del agua —comentó— así no esperaremos tanto; en realidad, el fuego no es mucho para una olla llena." Sentados uno al lado del otro, estaban protegidos de la furia de los elementos por la saliencia rocosa y por el alero lateral. La nube era densa y no había pájaro que cantara o se moviera.

"Será un invierno muy crudo —exclamó el viejo ermitaño—; felizmente yo no lo soportaré. Cuando te haya trasmitido todo mi conocimiento entregaré mi vida y me hallaré libre para partir al Reino Celestial

donde podré ver de nuevo." Por un rato quedó en silencio, meditando, mientras el monje observaba el lento vapor que se formaba sobre la superficie del agua. Luego continuó: "Es difícil, ciertamente, esperar todos estos años en una total oscuridad, sin tener a nadie a quien llamar 'amigo', viviendo solo en tal pobreza que hasta el agua caliente parece un lujo. Los años trascurrieron lentamente y fue larga la vida que pasé en esta cueva saliendo no más allá de ella de lo que lo he hecho ahora para acercarme a este fuego. Durante tanto tiempo he permanecido en silencio que hasta mi voz se ha convertido en un verdadero graznido. Hasta que llegaste no hubo fuego, ni calor, ni compañía durante las tempestades, cuando el trueno sacudía las montañas y las rocas se desplomaban amenazando sepultarme".

El joven se levantó y arropó la manta que se había secado al calor del fuego sobre los escuálidos hombros de su maestro; luego se ocupó de la olla con agua que ya hervía bulliciosamente. Un generoso trozo de torta de té cayó en ella. El hervor cesó como si las frías partículas hubieran llevado la temperatura del agua por debajo del punto de ebullición. Pronto el vapor se levantó nuevamente y entonces el bórax y el último resto del azúcar fueron incorporados a la infusión. El palo recientemente pelado fue puesto en funciones enérgicamente y una parte lisa sirvió de cuchara para eliminar lo peor de las ramitas y residuos de la superficie.

El té tibetano —Té de China— es la forma más barata del té y consiste en las BARREDURAS DEL DESECHO proveniente de la mejor clase. Es el residuo que queda después que las mujeres han despojado a las plantas de las hojas seleccionadas, separando la tierra. Todo eso es comprimido en bloques o tortas y trasportado sobre la montaña hasta el Tibet donde los tibetanos que no pueden darse el lujo de algo mejor

obtienen las tortas por permuta y las utilizan como elemento primordial de su difícil existencia. El bórax es un aditivo indispensable, ya que el té crudo es tan áspero y acre que provoca frecuentemente calambres en el estómago. Una parte precisa del ritual en la preparación del té consiste en separar la basura de la superficie.

"Venerable —preguntó el joven monje— ¿jamás habéis estado en el lago? ¿Jamás habéis pasado hasta esa gran losa que se halla a la derecha de esta cueva? "

"No —replicó el ermitaño—, desde que fui traído a esta cueva por los Hombres del Espacio jamás he traspuesto el punto donde me hallo ahora sentado. ¿Cómo podría haberlo hecho? No puedo ver lo que hay a mi alrededor; no sé trasladarme con seguridad hasta el lago, podría caer en él. Después de largos años en la oscuridad de esta caverna encuentro que los rayos del sol son perjudiciales para mi carne. Cuando vine aquí por primera vez acostumbraba a llegar tanteando hasta aquí y a calentarme con los rayos del sol, pero ahora durante muchos largos años he permanecido dentro. ¿Cómo está el tiempo ahora? "

"Malo, Venerable —contestó el joven—. Puedo ver nuestro fuego y más allá el contorno desdibujado de una roca. Todo lo demás está cubierto por esta niebla gris y grasosa. Las nubes tormentosas llegan desde la montaña; la tormenta viene de la India."

Distraídamente examinó sus uñas; eran muy largas e incómodas. Buscando a su alrededor halló una barra de piedra picada, roca desprendida de la montaña por algún cataclismo volcánico ocurrido años atrás. Con energía frotó el pedazo de roca contra la uña de cada dedo de manera que quedó gastada hasta la longitud adecuada. Las uñas de los pies también eran gruesas y duras, mucho más largas. Resignadamente levantó un pie y luego el otro hasta que al fin todas sus uñas quedaron arregladas a su satisfacción.

"¿No puedes ver ningún paso? —preguntó el anciano—; ¿los mercaderes estarán cercados por la niebla en las montañas? "

"Seguramente que sí —exclamó el joven—, estarán rezando el rosario en la esperanza de alejar a los demonios. No los veremos hoy ni por la noche hasta que la niebla levante. Todavía el suelo se halla cubierto por granizo. Hay una capa muy GRUESA aquí."

"Bien, entonces —contestó el ermitaño— deberemos continuar con nuestra conversación. ¿Ha quedado té? "

"Sí, hay —respondió el joven—. Llenaré vuestro jarro, pero debéis beberlo rápidamente, pues se enfría pronto. Aquí está. Echaré más leña." Se detuvo para colocar el jarro en las manos extendidas del anciano y se levantó para arrojar más ramas al fuego chisporroteante. "Traeré algo más desde donde no dé la lluvia" —dijo internándose en la espesa niebla. Pronto regresó arrastrando troncos y ramas que colocó alrededor del fuego. La proximidad del calor haría que el vapor se eliminara y la leña se secase. "Bien, Venerable —dijo sentándose cerca del anciano—; la tarea está cumplida. Estoy listo para oíros cuando estéis dispuesto a hablar."

Durante algunos minutos el anciano permaneció en silencio, probablemente reviviendo en su mente los días pasados hacía tanto tiempo. "Es extraño —comentó después—; hallarme sentado aquí como el más pobre entre los pobres, como el más pobre de ellos y contemplar las maravillas que he presenciado. He experimentado mucho, he visto mucho y me han prometido mucho. El Celador del Reino Celestial está casi listo para darme la bienvenida. Algo que HE APRENDIDO y que recordarás durante todos los años venideros es que ESTA vida es la vida de la sombra. Si cumplimos con nuestros deberes en ESTA vida posteriormente iremos a la vida REAL. Lo sé porque lo

he visto. Pero ahora continuemos con lo que tengo que decirte. ¿Dónde había quedado? "

Dudó y se detuvo por un momento. El joven monje aprovechó la oportunidad para arrojar más leña al fuego. Entonces el ermitaño habló nuevamente. "Sí, el ambiente tenso en esa cámara rocosa crecía cada vez más y yo era el que estaba más tenso de todos. Por otra parte eso era lo razonable, pues ¡YO corría todo el riesgo! Finalmente, cuando la tensión había alcanzado su punto culminante, el Almirante profirió una orden cortante. Percibí el movimiento de algunos técnicos cerca de mi cabeza y luego un repentino golpe seco. De inmediato sentí todos los dolores del infierno acudir a mi cuerpo; me pareció que me estaba hinchando, próximo a reventar. Flechas de fuego cruzaron velozmente mi cerebro y sentí mis órbitas vacías como si se llenaran de carbones encendidos. Hubo tirones intolerables, un chasquido agudo, doloroso y empecé a girar y a retorcerme, pensé, para toda la eternidad. Me acompañaban ruidos horribles, golpes y estrépitos.

"Caía cada vez más abajo girando y a los tumbos, precipitadamente. Entonces sentí como si me hallara dentro de un tubo largo y negro, de un material lanuginoso y adhesivo, con un resplandor rojo sangre en su parte superior. Ahora había dejado de girar y comencé un ascenso lento, muy lento hacia el resplandor. A veces me deslizaba hacia atrás, a veces me detenía, pero siempre un terrible e inexorable empuje me impulsaba nuevamente, dolorosamente, indecisamente, pero siempre hacia arriba. Por último, alcancé la fuente del resplandor rojo sangre y ya no pude seguir adelante. Una película, membrana o ALGO obstruía mi paso. Una y otra vez fui forzado a atravesar el impedimento. Una y otra vez me fue imposible proseguir. El tormento y el terror aumentaron. Una violenta ola de dolor y una fuerza terrorífica me empujaban golpeándome contra la barrera; se oyó un

alarido y un ruido de desgarramiento y me sentí impulsado a velocidad fantástica atravesando directamente el obstáculo que quedó destrozado.

"Seguía ascendiendo a toda velocidad hasta que se obscureció mi conciencia extinguiéndose por el choque espantoso. Se produjo una débil impresión de pronunciado descenso. En mi cerebro una Voz me aturdía: '¡Arriba, arriba! ' Me hallaba envuelto en repetidas oleadas de náuseas. Y siempre la Voz insistía: '¡Arriba, arriba! ' Finalmente, en un arrebato de desesperación, abrí los ojos y sentí que tropezaba. Pero no, no, yo NO TENIA cuerpo; era un espíritu incorpóreo, libre para trasladarme a cualquier parte de este mundo. ¿Este mundo? ¿Cuál era este mundo? Miré a mi alrededor y la más extravagante de las escenas se presentó ante mí. Los colores estaban todos equivocados: el césped era rojo y las rocas, amarillas. El cielo tenía un tono verdoso y. . . ¡había dos soles! Uno era blanco azulado y el otro naranja. ¡Las sombras! No hay modo de describir las sombras que proyectaban los dos soles. Para colmo, las estrellas estaban en el firmamento, a la luz del día. Y las había de todos colores: rojas, azules, verdes, ámbar y hasta blancas. No estaban dispersas como las que yo estaba acostumbrado a ver; aquí el cielo aparecía cubierto por estrellas de la misma manera que el suelo lo está de piedras.

"Desde lejos llegaban. . . RUIDO, SONIDOS. Mediante ningún esfuerzo de imaginación podría yo haber llamado música a esos sonidos; sin embargo, no me asistía la mínima duda de que eran música. La Voz volvió, fría e implacable: 'MOVEOS, DECIOS dónde queréis ir'. Así, pensé en flotar hasta el lugar de donde provenían los sonidos. . . y allí me encontré. Sobre un parche uniforme de césped rojo, bordeado por árboles púrpura y anaranjados, encontré a un grupo de jóvenes que bailaban. Algunos estaban ataviados con ropas de

tintes asombrosos; otros, no tenían ropa alguna. Estos últimos, sin embargo, no me inspiraron ningún comentario. Alejados, hacia un lado, otros se hallaban sentados sobre las piernas y tocaban instrumentos que no tengo capacidad para describir. El mismo ruido que producían es aún más imposible de relatar. Todos los sonidos parecían ser discordantes y el ritmo no tenía significado para mí. 'Mezclaos entre ellos', ordenó la Voz.

"De pronto me sentí flotar sobre ellos; entonces me decidí por un parche despejado de césped y me eché sobre él. Era caliente al tacto y temí chamuscar mis pies hasta que recordé que yo carecía de ellos y que no era más que un espíritu incorpóreo. Esto último se me hizo pronto evidente: una joven mujer desnuda perseguía a un joven llamativamente vestido que corrió directamente a través de mí, sin que ninguno de nosotros sintiera nada. La joven alcanzó a su hombre y, enlazando sus brazos con los él, lo condujo afuera, detrás de árboles purpúreos desde donde partieron risas y gritos de alegría. Los que tocaban instrumentos musicales continuaron maltratándolos, pero todos se mostraban notablemente contentos.

"Me sentí elevado en el aire, fuera, sin mi voluntad, y dirigido como un barrilete en manos de un niño. Ascendía cada vez más alto hasta que, a gran distancia, pude distinguir el reflejo del agua. . . ¿ERA agua? Su color era lavanda pálido con destellos de oro en las crestas de las olas. El invento me había matado, pensé, estoy en el Limbo, en la Tierra de la gente olvidada. NINGUN mundo podía tener tales colores y cosas tan extremadamente raras. '¡NO! ' —murmuró esa inexorable Voz en mi cerebro—; el experimento es todo un éxito. Ahora recibiréis un comentario sobre todo lo que sucede para que os encontréis mejor informado. Es de VITAL IMPORTANCIA que comprendáis todo lo que se os está mostrando. Prestad atención. ¡Pres-

tad la mayor atención! ' ¿Podría hacer otra cosa? , me pregunté tristemente.

"Me elevaba cada vez más alto. Desde gran distancia me llegó el resplandor de ardientes rayos sobre el horizonte. Figuras extrañas y temibles estaban allí, como demonios a las Puertas del Infierno. Débilmente pude discernir manchas brillantes que se hundían, ascendían y eran proyectadas desde una a otra de las Figuras. Y todo alrededor se veían caminos amplios que se abrían en rayos a partir de las Figuras, como los pétalos de una flor se abren desde su cáliz. Todo esto era un misterio para mí; no podía imaginar la naturaleza de todo lo que veía y sólo me era dable seguir flotando asombrado.

"Repentinamente me hallé sacudido por movimientos cada vez más veloces. La altura se acortaba y descendía sin que mi voluntad estuviera absolutamente en juego hasta un lugar en donde pude distinguir residencias individuales como puntos a lo largo de cada uno de los caminos luminosos. Cada una de ellas me pareció que tenía, por lo menos, el tamaño de las propiedades de los más altos nobles de Lhasa; dentro se extendía un lote bastante apreciable de tierra. Raros objetos metálicos relumbraban atravesando los campos y haciendo cosas que solamente un granjero podría describir. Luego, a medida que me desplazaba mucho más hacia abajo, descubrí una finca enorme que consistía principalmente en aguas superficiales en las cuales había bancos perforados. Plantas maravillosas descansaban sobre éstos y sus raíces se arrastraban por el agua. La belleza y el tamaño de esas plantas eran muchísimo más grandes que las que crecen en la tierra. Yo observaba y mi asombro no tenía límite ante estos prodigios.

"Una vez más fui elevado desde donde podía ver muy lejos hacia adelante. Las Figuras que me habían intrigado tanto, ahora, a la distancia, eran mucho más

nítidas, pero para mi mente confundida nada tenía explicación; tan estupendo era todo, tan totalmente increíble. Yo era un pobre nativo tibetano, solamente un humilde sacerdote que jamás había ido más allá de una corta visita a Kalimpong. Y hete aquí que ante mis ojos asombrados. . . ¿TENIA ojos yo? . . . aparecía una gran ciudad, una fabulosa ciudad. Inmensas cúspides se elevaban en el espacio a quizá mil ochocientos pies. Cada cúspide o torre estaba rodeada por un balcón en espiral desde donde se abrían caminos estrechos, sin sostén, que se unían al todo en una red más intrincada que el hilado de las arañas. Los caminos estaban atestados de tránsito veloz. Por arriba y por abajo revoloteaban pájaros mecánicos cargados con gente, esquivando cada uno de ellos a los otros con una pericia que me llenó de admiración. Uno de esos pájaros mecánicos se echó sobre mí. Vi a un hombre a su frente que me miraba sin verme. Contraje todo mi cuerpo retorciéndome con temor ante la idea de una colisión inevitable, pero el artefacto, a toda velocidad, me atravesó sin que yo sintiera nada. ¿Qué era yo? Sí, recordé, yo era un espíritu incorpóreo, pero hubiera querido que alguien se lo hubiera dicho a mi cerebro, pues experimentaba todas las emociones, principalmente el miedo, del mismo modo que podría hacerlo un cuerpo completo.

”Yo vagaba entre aquellas cúspides y colgaba sobre los caminos, descubriendo nuevas maravillas; ciertos niveles altos tenían estupendos jardines colgantes e increíbles campos de recreo para los que evidentemente eran nobles. Pero los colores no eran los normales ni la gente tampoco. Algunos eran gigantes y otros enanos, unos definidamente humanos y otros, no. Algunos, una extraña combinación de humano y ave, con el cuerpo de estructura aparentemente humana pero con una cabeza de gran parecido al pájaro. Unos eran blancos y otros negros. También estaban los rojos y

hasta los verdes. Se veían todos los colores, pero sin matices, los colores definidos, primarios. Muchos presentaban cuatro dedos y un pulgar en cada mano, y otros nueve dedos y dos pulgares en cada una. Y un grupo mostraba tres dedos, cuernos que salían de las sienes y. . . ¡una cola! Mis nervios se quebraron a la vista de esto último y decidí trasladarme hacia ARRIBA. . . rápidamente.

"Desde mi nueva altura la ciudad ocupaba un área inmensa, tanto como mi vista podía alcanzar, pero en un lugar distante aparecía un claro totalmente libre de edificios. Allí el tránsito aéreo era intenso. Puntos brillantes —así parecían desde esta distancia— se remontaban con una velocidad desconcertante en un plano horizontal. Yo mismo me encontré desviado hacia ese barrio. A medida que me aproximaba descubrí que toda el área parecía estar hecha de vidrio y sobre su superficie se veían extraños artefactos de metal. Algunos eran esféricos y semejaban viajar más allá de los confines de este mundo. Otros, como si fueran dos platos de metal pegados por los bordes, parecían también servir para viajes extraterrestres y aún estaban aquellos que semejaban flechas o arpones que se arrojan. Observé que éstos, al llegar a una altura predeterminada, se ponían horizontales, dirigiéndose a algún lugar desconocido de la tierra. Se percibía un movimiento colosal y difícilmente podía creer que toda esa gente pudiera caber dentro de una ciudad. Pensé que todos los habitantes de un mundo se hallaban congregados allí. PERO. . . ¿DONDE ESTABA YO? Sentí que me invadía el pánico.

"La Voz me contestó diciendo: 'Debéis entender que la Tierra es un pequeño lugar; es como uno de los más pequeños granos de arena que cubren las orillas del Río Feliz. Los otros mundos de este Universo en el cual se halla ubicada vuestra Tierra son tan numerosos y diversos como la arena, las piedras y las rocas

que forman las márgenes del Río Feliz. Pero éste es solamente un Universo. Existen universos incontables, del mismo modo que existen infinitas briznas de pasto. El tiempo sobre la Tierra representa sólo un parpadeo en la conciencia del tiempo cósmico. Las distancias sobre la Tierra no tienen importancia, son insignificantes y no existen comparadas con las distancias más grandes del Espacio. Ahora os halláis en un mundo dentro de un Universo diferente, sumamente lejano, un Universo tan remoto de la Tierra que vos conocéis, que se hallaría mucho más allá de vuestra comprensión. Ya llegará el momento en el cual los más grandes científicos de vuestro mundo tendrán que admitir que existen otros mundos habitados y que la Tierra no es, como ellos creen, el centro de la creación. Os encontráis ahora sobre el mundo principal de un grupo que totaliza más de un millar. Cada uno de esos mundos se halla habitado y cada uno de ellos debe obediencia al Maestro. Cada mundo es totalmente autónomo aunque todos siguen una política común, una política que persigue eliminar las peores injusticias a que se halla sometida la gente, una política destinada a mejorar las condiciones de todos los que viven.

'"Cada mundo tiene un tipo diferente de persona. Algunos son pequeños como habéis visto; otros, grandes como también habéis comprobado. Muchos, según vuestros estándares, son grotescos y fantásticos; otros, hermosos, angelicales como diríais vosotros. No hay que dejarse engañar por las apariencias, pues la intención de todos es buena. Toda esta gente debe obediencia al Maestro de los mundos que es éste. No sería de utilidad y representaría un esfuerzo para vuestra inteligencia intentar daros nombres, porque los nombres no tendrían significado en vuestro idioma, para vuestra comprensión, y servirían simplemente para confundiros. Esta gente debe obediencia, como ya os he dicho, al Gran Maestro de ese mundo, que no tiene

ambiciones territoriales, cuyo principal interés es el mantenimiento de la paz, de manera que todo Hombre —no importa su figura, su tamaño o su color— pueda vivir los días que le han sido asignados y dedicarse a lo bueno y no a la destrucción que sobrevendrá siempre que alguien tenga que defenderse. Aquí no existen grandes ejércitos ni hordas de batalla. Hay científicos, industriales y, por supuesto, sacerdotes y también exploradores, los que en número cada vez mayor viajan a mundos remotos. Pero nadie es invitado a unirse. Los que se asocian a esta federación lo hacen espontáneamente y sólo una vez que han destruido las armas.

'"El mundo sobre el cual estáis ahora es el centro de este particular Universo. Es el centro de la cultura y de la sabiduría. No hay nada más grande. Se ha descubierto y desarrollado un modo especial de viajar. Explicar aquí tales métodos sería exigir un excesivo esfuerzo a los cerebros de los más grandes científicos de la tierra. Todavía ellos no han alcanzado la etapa de pensar mediante conceptos dimensionales y un comentario de esta naturaleza carecería para ellos de sentido hasta que puedan desembarazarse de todas aquellas creencias que durante tanto tiempo los han dominado.

'"Las escenas que observáis muestran al mundo guía como se halla actualmente. Queremos viajar por su superficie para ver su poderosa civilización, una civilización tan avanzada, tan gloriosa, que vos no estaréis en condiciones de entender. Los colores que véis aquí son diferentes de aquellos a los que estáis acostumbrados en la Tierra, pero la Tierra no es el centro de la civilización. Los colores son diferentes en cada mundo y ello depende de sus exigencias y circunstancias. Veréis este mundo y mi voz os acompañará y, cuando hayáis visto suficiente de él para que no se os escape su grandeza, viajaréis al pasado y así veréis cómo son descubiertos los mundos, cómo nacen, y cómo trata-

mos de ayudar a los que desean ser auxiliados. Recordad siempre esto: nosotros, los del espacio, no somos perfectos, pues la perfección no puede existir cuando uno se halla en el estado material del ser en cualquier parte de cualquier universo, pero tratamos de serlo y hacemos tanto como podemos. Algunos en lo pasado, como convendréis con nosotros, han sido muy buenos y otros, para nuestro pesar, muy malos. Nosotros no ambicionamos vuestro mundo, la Tierra; deseamos, en cambio, que la hagáis evolucionar, que viváis allí, pero debemos asegurarnos de que los trabajos del Hombre no contaminen el Espacio y pongan en peligro a los seres de otros mundos. Pero ahora seguiréis viendo más cosas de este mundo guía'.

"Me quedé pensando en todos estos mundos —dijo el viejo ermitaño—; reflexioné profundamente sobre el prodigio que escondían los comentarios porque me pareció que todo este palabrerío de amor fraterno era sólo una farsa. Mi propio caso, pensé, demuestra la falacia de este argumento. Aquí estoy, admitiendo ser un pobre e ignorante nativo de un país sumamente pobre, árido y subdesarrollado. Absolutamente en contra de mi voluntad fui capturado, operado y —hasta lo que puedo entender— forzado a abandonar mi cuerpo. Aquí estoy... ¿dónde? El discurso de hacer tanto bueno por la humanidad me sonaba a hueco.

"La Voz interrumpió mis perturbados pensamientos diciendo: 'Monje, vuestros pensamientos están siendo vocalizados para nosotros mediante nuestros instrumentos y no son correctos, sino ciertamente, engañosos. Somos los Jardineros, y un jardinero debe eliminar el árbol muerto y arrancar la mala hierba. Pero si aparece un vástago mejor, a veces el jardinero tiene que retirarlo de la planta madre e injertarlo en algún otro lado para que pueda desarrollarse como una nueva especie o aun superar en mucho a sus propias especies. De acuerdo con vuestras creencias habéis sido

tratado bastante desconsideradamente. De acuerdo con las nuestras, se os está concediendo un honor, honor reservado para poquísimas personas en las especies del mundo, un verdadero privilegio'. La Voz vaciló para luego continuar: 'Nuestra historia se remonta a billones de años en el tiempo de la Tierra, billones y billones de años, pero supongamos que la vida total de vuestro planeta que llamáis Tierra estuviera representada por la altura del Potala; entonces el tiempo de vida del Hombre sobre la Tierra se parecería al espesor de una capa de pintura sobre el cielo raso de una habitación. Así es, ya lo véis; el Hombre es tan nuevo sobre la Tierra que ningún humano tiene derecho ni siquiera a intentar juzgar lo que nosotros hacemos.

"'Posteriormente vuestros propios científicos descubrirán que sus propias leyes de probabilidades matemáticas les indicarán claramente la evidencia de la existencia de mundos extraterrestres, así como también que para una real evidencia de vida extraterrestre deben mirar más allá de los lejanos alcances de su propio universo isla y afuera, dentro de otros universos, más allá de lo que contiene vuestro mundo. Pero éste no es ni el lugar ni la oportunidad para entregarnos a discusiones de esta naturaleza. Aceptad la seguridad de que estáis haciendo una buena obra y que nosotros somos los que más sabemos de esto. Os preguntáis dónde estáis y os diré que vuestro espíritu incorpóreo, sólc temporariamente retirado de vuestro cuerpo, ha viajado más allá de los límites más lejanos de vuestro propio universo yendo directamente al centro de otro, a la ciudad centro del planeta principal. Tenemos mucho que mostraros y vuestro viaje, vuestras experiencias, están recién comenzando. Estad seguro, no obstante, de que lo que estáis viendo es ese mundo tal como es ahora, como es en este momento, porque en el espíritu el tiempo y la distancia nada significan.

"'Ahora queremos que observéis mejor para familiari-

zaros con ese mundo que ahora habitáis, de manera que podáis dar crédito más fácilmente a la evidencia de vuestros sentidos cuando lleguemos a cosas mucho más importantes, porque pronto os enviaremos al pasado, al pasado por medio del Registro Ascásico donde veréis el nacimiento de vuestro propio planeta, la Tierra'.

"La voz cesó" —dijo el anciano, y se detuvo unos momentos durante los cuales bebió su té que ya estaba completamente frío. En actitud reflexiva hizo a un lado el jarro y puso las manos juntas después de haber acomodado su túnica. El joven monje se levantó y echó más leña al fuego, arropando algo más ceñida la manta sobre los hombros del ermitaño.

"Te estaba diciendo —continuó el anciano—, que me hallaba presa del pánico. Ciertamente, estaba aterrorizado y luego, cuando me sentía suspendido sobre esa inmensidad, comprendí que estaba descendiendo, pasando diversos niveles o puentes entre grandes torres, cayendo a lo que parecía ser un parque muy agradable levantado sobre una plataforma o algo así que me pareció lo sostenía. Allí el pasto era rojo y, para mi gran asombro, encontré a un lado pasto verde. Un estanque en el pasto rojo con agua azul y otro estanque en el cuadro de pasto verde tenía agua color heliotropo; alrededor de ambos se hallaba congregada una desconcertante mezcla de gente. Por el momento comenzaba a distinguir a algunos nativos de este mundo y visitantes desde lejos. Había algo sutil en el porte y comportamiento de los primeros. Parecían especies superiores y con pleno conocimiento de esa condición.

"Alrededor de las piscinas estaban los que parecían dotados de gran virilidad y los extremadamente afeminados. Un tercer grupo no pertenecía evidentemente a ninguna de los dos especies. Me interesó observar que toda esa gente estaba completamente desnuda y las mujeres usaban cosas en sus cabellos. No podía distin-

guir qué, pero parecían adornos de metal. Deseé retirarme del lugar porque algunos de los entretenimientos de esta gente desnuda no eran en modo alguno de mi agrado habiendo sido educado desde los primeros días de mi vida en un lamasterio, en ambiente enteramente masculino. Sólo confusamente entendía el significado de algunos de los gestos que hacían las mujeres. Decidí retirarme y me fui.

"Crucé velozmente el resto de la ciudad y llegué a los suburbios donde las casas estaban diseminadas. Pero todos los campos y plantaciones se veían maravillosamente cultivados y me di cuenta de que muchas grandes fincas estaban dedicadas a la labranza hidropónica, lo cual tendría interés sólo para los que estudian agronomía.

"Me elevé más alto y busqué alrededor algún objetivo hacia el cual dirigirme y vi un mar de espléndido color azafrán. Bordeando sus costas había enormes rocas de color amarillo, púrpura y de todo tono y tinte, pero el mar en sí era azafranado. Yo no entendía nada. Previamente el agua parecía de un color diferente, pero mirando hacia arriba me di cuenta de la razón: ¡un sol se había puesto y otro estaba naciendo, con lo cual se hacían tres soles! A medida que el tercer sol ascendía y el otro descendía, el color cambiaba y hasta el aire parecía de diferente tinte. Mi mirada confundida contempló cómo el pasto cambiaba su color: de rojo se tornaba púrpura, de púrpura se volvía amarillo y luego el mismo mar se trasformaba. Recordé el proceso durante el cual, a la caída de la tarde, cuando el sol se ponía sobre las altas cadenas de montañas himalayas, cambiaban los colores y cómo del brillo luminoso del día en los valles se formaba un ocaso púrpura y hasta las altas nieves perdían su blanco puro y se volvían azuladas o carmesí. Y así, mientras me hallaba en esta contemplación, mi esfuerzo mental no era tan grande. Supuse simplemente

que los colores habían estado siempre en continuo cambio sobre este planeta.

"Pero no quería ir sobre el agua sin haber visto antes muchas cosas. Me invadía un miedo instintivo y temí que ocurriera algún accidente y pudiera caer. Por eso orienté mis pensamientos hacia el interior, tierra adentro, y con ello mi espíritu incorpóreo cambió de rumbo y me desplacé velozmente durante unas pocas millas sobre la costa rocosa y zonas de pequeñas granjas. Entonces, para mi inefable deleite, me encontré sobre terrenos que me eran familiares y me recordaban los brezales. Descendí rápidamente y vi las pequeñas plantas agrupadas sobre la superficie de ese mundo. Ahora, con el cambio de la luz solar, parecían pequeñas flores de color violeta con tallos marrones semejantes al brezo. Más allá aparecía un banco que, bajo esta iluminación, semejaba aulaga, aulaga amarilla, pero aquí la planta no tenía espinas.

"Me elevé unos pocos cientos de pies y suavemente llevado se me presentó la más agradable vista que pude haber contemplado en este extraño mundo. Para aquella gente, sin duda, éste sería un lugar desolado. No había signo de casas ni de caminos. En una simpática cañada hallé un pequeño lago y una débil corriente que, escurriéndose sobre un alto acantilado, se volcaba en él, alimentándolo. Me demoré un rato, observando las sombras cambiantes y los brazos de luz de tintes variables que penetraban las ramas sobre mi cabeza. Pero otra vez me acució la necesidad urgente de mantenerme en movimiento. Tenía la impresión de que no estaba allí para mi diversión, mi propio placer ni mi recreo, sino para que otros vieran por mi intermedio. Fui nuevamente levantado e impulsado a una velocidad extrema. Debajo la tierra pasaba como un manchón: tierra, un ancho río, un banco de arena y otra vez el mar. Contra mi voluntad fui empujado sobre ese océano hasta que llegué a lo que indudablemente era otra

tierra, otro país. Aquí las ciudades eran más chicas, pero totalmente vastas. Acostumbrado como estaba ahora a calcular que eran pequeñas pero mucho, mucho más grandes que cualquier cosa, esperaba verme alguna vez sobre la Tierra que había dejado.

"Mi movimiento fue controlado con violencia y entré en una espiral empinada que se arremolinaba alrededor. Entonces miré hacia abajo y descubrí la más hermosa finca. Parecía un castillo antiguo emergiendo entre bosques, absolutamente inmaculado, maravillándome sus torres y almenas que seguramente no tendrían ubicación en una civilización como ésta. Mientras así reflexionaba, la Voz irrumpió: 'Es el hogar del Maestro. Es un lugar muy antiguo, en verdad, el edificio más antiguo en este antiguo mundo, un santuario al cual se acercan todos los amantes de la paz, ya que pueden permanecer tras sus muros y dar sus gracias por ella, por la paz que circunda a todos los que viven bajo la luz de este imperio. Una luz donde jamás hay sombra, pues aquí existen cinco soles y nada de oscuridad. Nuestro metabolismo es diferente del de vuestro mundo. No necesitamos las horas de oscuridad para gozar de nuestro sueño; estamos conformados de distinta manera'."

CAPÍTULO VIII

El anciano ermitaño se sacudía inquieto y temblaba debajo de la delgada manta. "Entraré de nuevo a la cueva —dijo—; no estoy acostumbrado a estar tanto tiempo fuera."

El joven monje, absorto en la desconcertante narración de tiempos ya idos, volvió a la realidad con un sobresalto. "¡Oh! —exclamó—; las nubes se levantan. Pronto podremos ver." Cuidadosamente tomó al anciano de la mano y lo guió evitando el fuego, hacia dentro de la cueva, ahora libre de niebla. "Debo ir a buscar agua fresca y leña —dijo—; cuando regrese tomaremos té, pero tardaré un poco más que de costumbre pues tengo que ir más lejos en busca de la leña. Hemos utilizado toda la que teníamos cerca", comentó tristemente. Dejando la cueva, amontonó lo que quedaba sobre el fuego y tomó la olla antes de internarse en el camino.

Las nubes se levantaban rápidamente. Soplaba un viento fresco y, bajo la mirada del monje, las nubes siguieron su viaje ascendente dejando ver el paso de la montaña. Hasta ese momento no se distinguían los pequeños puntos negros que habrían de ser los mercaderes, ni podía diferenciar el humo del fuego de las nubes errantes. Los mercaderes aún estarán descansando, pensó, aprovechando su demora forzosa para poner al día su sueño. Nadie podía internarse en los

pasos de la montaña durante el descenso de las nubes; el peligro era demasiado grande. Un paso en falso significaría la caída de hombre o bestia miles de pies abajo, en los precipicios rocosos tan profundos y distantes. El joven recordó un accidente bastante cercano mientras visitaba un pequeño lamasterio al pie de un acantilado. Las nubes estaban bajas, casi tocando el techo del lamasterio. De improviso se produjo un deslizamiento de piedras y un ronco grito; luego un alarido y un ruido sordo como si una bolsa de cebada húmeda hubiera sido lanzada al suelo. El joven levantó la vista para hallarse con los intestinos retorcidos de un hombre que yacía moribundo sobre una piedra. Otro pobre mercader o caminante que viajaba cuando no debía, pensó.

El lago estaba aún cubierto de niebla y las copas de los árboles se aparecían plateadas y espectrales a medida que avanzaba. ¡Ah! Un GRAN hallazgo, toda una rama que había sido arrancada de su tronco por la tormenta. Miró penetrando la bruma que se disipaba y sacó la conclusión de que el árbol había sido alcanzado por un rayo. Había gajos todo alrededor y el mismo tronco aparecía dividido en dos, totalmente abierto. Tan cerca de la cueva, pensó. Satisfecho, tomó la rama más grande que podía transportar y lentamente la arrastró hasta la entrada de la caverna. Entre idas y venidas quedó tan exhausto que ya no pudo llevar más. Con la olla llena de agua, rendido, regresó a la cueva. No bien puso el agua a hervir entró y habló al ermitaño.

" ¡Un árbol entero, Venerable! He puesto el agua a hervir y una vez que hayamos tomado el té y el tsampa iré a buscar mucha más leña antes que los mercaderes lleguen y la quemen toda."

El anciano replicó apesadumbrado: "No habrá tsampa. Incapaz de ver y tratando de manejarme, resbalé y desparramé toda la cebada. Ahora está en el suelo,

entre la tierra. Con una exclamación de desaliento el joven monje se levantó de un salto y se precipitó hacia el lugar donde estaba la cebada. Nada había quedado. Cayendo de rodillas escarbó con las manos, rodeando la base de la piedra lisa. Tierra, arena y cebada formaban una mezcla inseparable. Nada pudo ser recobrado. Era una desgracia. Se incorporó lentamente y se dirigió hacia el ermitaño. Una idea repentina, empero, lo hizo volver apresuradamente: la torta de té. . . ¿ESTARIA a salvo? Trozos diseminados, un poco más allá, se veían sobre el suelo. El anciano había tropezado con la torta, pisándola ¡salvo esos pocos terrones!

Tristemente el joven monje llegó hasta el anciano mientras decía: "Ya no hay comida, Venerable; y nos queda té solamente para ahora. Esperemos que los mercaderes vengan hoy o pasaremos hambre".

"¿Hambre? —replicó el anciano—; a menudo he quedado sin alimento durante una semana o más. Todavía podremos beber agua caliente; para uno que sólo ha tenido para beber agua fría durante más de sesenta años, el agua caliente es un lujo." Guardó silencio durante algunos momentos y luego añadió: "Aprende a soportar el hambre ahora. Aprende a ser fuerte ahora. Aprende siempre a tener una reacción positiva AHORA, pues a lo largo de tu vida conocerás el hambre y el sufrimiento; ellos serán tus constantes compañeros. Muchos te harán daño, muchos intentarán arrastrarte hasta su bajo nivel. Sólo con una disposición positiva —siempre positiva— sobrevivirás y superarás todas las pruebas y tribulaciones que inexorablemente serán tuyas. AHORA es el momento de aprender. SIEMPRE es el momento de practicar lo que AHORA aprendas. Tanto como tengas fe, tanto como seas POSITIVO, tendrás fuerza para soportar todo y surgir triunfante de los peores ataques del enemigo".

El joven monje casi se desmaya del susto. ¿Por qué todas esas alusiones a calamidades que lo amenaza-

ban? ¿Todos esos augurios de inminente desgracia? ¿Todas esas advertencias y exhortaciones? ¿NADA habría en su vida que fuera feliz y luminoso? Pero entonces recordó sus enseñanzas: éste es un Mundo de Ilusión. Todo en este mundo es ilusión. Aquí, nuestro Gran Superyó envía sus muñecos para que puedan adquirir sabiduría, para que las dificultades imaginarias puedan ser superadas. Cuanto más precioso sea el material, más rigurosas han de ser las pruebas; sólo el material defectuoso fracasará. Este es el Mundo de Ilusión, donde el mismo Hombre es sólo una sombra, una extensión en pensamiento del Gran Superyó que habita en otra parte. Sin embargo, pensó malhumorado, podría ser un poco más alegre. También se dice que a nadie se le da más de lo que puede soportar y que el mismo Hombre elige la tarea que ha de desempeñar y las pruebas que ha de sufrir. "¡Debí de haber estado loco —se dijo— si yo mismo he dispuesto ESTA carga de preocupaciones para mí mismo! "

El anciano dijo: "¿Tienen corteza fresca las ramas que has traído? "

"Sí, Venerable, el árbol fue abatido por un rayo. Ayer estaba todavía intacto", replicó el joven.

"Entonces, descorteza la rama y extrae la parte interna blanca de esa corteza. Tira la piel oscura externa y echa las fibras blancas en el agua hirviendo. Eso da un alimento muy nutritivo, aunque el sabor no sea el ideal. ¿No ha quedado sal, bórax o azúcar? "

"No, señor, nada tenemos, salvo suficiente té para este único brebaje."

"Entonces, vierte también el té en la olla y alégrate, no moriremos de hambre. Tres o cuatro días sin alimento aumentarán tu claridad mental. Si las cosas vinieran mal fácilmente podrás llegarte hasta la ermita más próxima en busca de alimento."

Displicentemente el joven monje se puso a la tarea de separar las capas de la corteza. La parte externa,

gruesa, oscura y rugosa, sirvió para alimentar las llamas. La suave, blanca y verdosa capa interna fue desmenuzada y echada dentro del agua ya hirviendo. Sombríamente incorporó a la infusión el último trozo de té y dio un gran salto, pues el salpicado del agua caliente le había escaldado la muñeca. Tomando un palo recientemente pelado empujó y revolvió la mezcla en la olla. Con suma aprensión retiró el palo y probó la infusión en las pocas gotas que quedaron en él adheridas. Sus presunciones quedaron rápidamente confirmadas: no tenía gusto a nada. ¡Sabía a té aguado!

El anciano extendió su jarro. "YO puedo tomarlo. Cuando llegué aquí no tenía otra cosa para alimentarme. En ese tiempo crecían algunos arbustos, precisamente a la entrada de la cueva. ¡Yo los comía! Más tarde, la gente advirtió mi presencia y la mayoría de las veces me alcanzaba provisiones. Pero nunca me preocupé si quedaba sin ellas durante una semana o diez días. Siempre hay agua. ¿Qué más puede pedir un hombre? "

Sentado en la lobreguez de la cueva, a los pies del Venerable, con la luz del día que cada vez se hacía más brillante fuera, el joven monje pensó que había estado sentado así durante una eternidad. Aprendiendo, siempre aprendiendo. Tiernamente añoró las lámparas titilantes de Lhasa, alimentadas a manteca, en las cuales ya pensaba como cosa del pasado. Cuánto tiempo tendría que permanecer allí era motivo de conjetura; hasta que el anciano ya no tuviera nada que decirle, suponía. Hasta que muriera y EL debiera disponer de su cuerpo. La sola idea le comunicó un estremecimiento de aprensión que lo recorrió entero. Qué macabro, pensó, conversar con un hombre para luego, una hora más o menos después, exponer sus intestinos para festín de los buitres, o machacar sus huesos para que ningún fragmento pueda dejar de retornar a la tierra.

Pero ya el ermitaño estaba listo para hablar. Aclaró su garganta, tomó un sorbo de agua y acomodó sus extremidades.

"Descendía en mi espíritu incorpóreo, dando vueltas hacia el gran castillo que albergaba al Maestro de ese Mundo Supremo —comenzó. Deseaba ver qué clase de hombre exigía el respeto y cariño de algunos de los más poderosos mundos que existían. Me hallaba ávido de determinar qué hombres —y mujeres— podrían perdurar a lo largo de centurias: el Maestro y su esposa. Pero no podía verlo. Fui sacudido de la misma manera que un pequeño muchacho podría dar un tirón de la cuerda de su barrilete y tironeado hacia atrás. 'Este es terreno sagrado —dijo la Voz hoscamente—; no es para nativos ignorantes. Son otras cosas las que habréis de ver.' Y así fue como me sentí arrastrado muchas millas y, luego de una vuelta, ubicado sobre un sendero diferente.

"Debajo de mí las características de ese mundo disminuían y las ciudades se tornaban como granos de arena sobre la orilla de un río. Me elevé en el aire y fuera del aire: viajé hasta donde el aire no existía. Más tarde, entró en mi campo ocular la visión de una estructura extraña. En mi vida había visto algo parecido y no podía comprender su objeto. Allí, en el vacío, donde no podría vivir si no fuera un espíritu incorpóreo, flotaba una ciudad metálica, mantenida en lo alto debido a algún misterioso método totalmente fuera de mi capacidad de discernimiento. A medida que me aproximaba, los detalles se hicieron más claros y pude percibir que la ciudad descansaba sobre un terreno de metal y que las partes superiores estaban cubiertas por un material más trasparente que el vidrio, pero que no era vidrio. Debajo de tal brillo trasparente puede observar que había gente en las calles de la ciudad y que ésta era más grande que la ciudad de Lhasa.

"Algunos de los edificios presentaban protuberancias raras y fue a uno de los más grandes a donde me encontré dirigido. 'Aquí hay un gran observatorio —sonó la Voz dentro de mi cerebro—; un observatorio desde donde fue observado el nacimiento de vuestro mundo, no por medios ópticos, sino por unos rayos especiales que están más allá de vuestra comprensión. Dentro de unos pocos años la gente de vuestro mundo descubrirá la ciencia del radio. El radio, en su desarrollo más elevado, será como el poder cerebral del más vil gusano comparado con el poder cerebral del hombre más inteligente. Lo que nosotros usamos aquí está muchísimo más lejos aún que eso. Aquí se exploran los secretos de los universos y se observa la superficie de los mundos distantes, de la misma manera que ahora observáis la superficie de este Satélite. Y no importa la distancia ni cuán grande pueda ser un obstáculo. Podemos mirar dentro de los templos, en los lugares de recreo y hasta dentro de los hogares.'

"Me aproximé más aún, temiendo por mi seguridad, ya que el trasparente obstáculo aparecía muy grande delante de mí. Tuve miedo de estrellarme contra él y sufrir lesiones; pero antes de llegar al pánico recordé que era uno de los espíritus para quienes las más sólidas paredes eran sombras que podían atravesarse a voluntad. Lentamente me introduje a través de esa sustancia de apariencia vítrea y llegué a la superficie de ese mundo que la Voz había denominado 'Satélite'. Durante algún tiempo me desplacé de aquí a allá, tratando de asentar los turbulentos pensamientos que me embargaban. Fue una experiencia espantosa para un 'ignorante nativo de un país subdesarrollado de un mundo retrógrado'. Espantosa de soportar sin enloquecer.

"Suavemente, como una nube que vaga sobre una cordillera o los rayos de la luna que juguetean silenciosamente sobre un lago, comencé a balancearme hacia

los lados, fuera de los apacibles movimientos a los cuales anteriormente me había entregado. Me movía hacia los lados y me filtraba por extrañas paredes de un material totalmente desconocido para mí. Aunque todavía era un espíritu, se ofrecía una cierta resistencia a mi pasaje que dejaba un hormigueo en todo mi ser durante algún tiempo, la sensación de que estuviera adherido a un pegajoso pantano. Con un curioso arranque que me pareció me hacía trizas totalmente, dejé la pared que me retenía. Y mientras tanto tuve la impresión de que la Voz me decía: '¡Ya pasó! Por un momento pensé que no podría hacerlo'.

"Pero entonces ya había atravesado la pared y me hallaba dentro de un inmenso espacio cubierto, demasiado extenso como para rebajarlo con la denominación de 'habitación'. Máquinas y aparatos fantásticos podían verse allí, todo fuera de mi alcance interpretativo. Pero, en realidad, lo más curioso de todo ello eran, por mucho, sus habitantes: seres humanoides sumamente pequeños se hallaban ocupados en cosas que trabajosamente comprendí podrían ser instrumentos; mientras que otros, gigantes, movían pesados bultos de un lado a otro y hacían el trabajo que para los más débiles podría resultar difícil. 'Aquí —dijo la Voz en mi cerebro— tenéis un gran sistema. Los pequeños se desempeñan en trabajos delicados de ajuste y construcción de artículos de escasa dimensión, mientras la gente grande hace cosas más de acuerdo con su tamaño y vigor. Y ahora ¡moveos! ' Nuevamente esa fuerza imponderable me impulsó de manera que encontré y superé otra barrera en mi camino, aún más difícil para entrar y dejar.

"'Ese muro —murmuró la Voz— es la Barrera de la Muerte. Nadie puede traspasarla o abandonarla si todavía se halla en su envoltura carnal. Este es un lugar muy secreto. Desde aquí observamos todos los mundos y descubrimos de inmediato cualquier preparativo

bélico. ¡Mirad! ' Paseé mi vista por alrededor. Durante un rato todo lo que se hallaba ante mí no me inspiró significado alguno; entonces llegué a dominar mis sentidos vacilantes, concentrándome. Las paredes estaban divididas en rectángulos de aproximadamente seis pies de largo por cinco de alto. Cada uno de ellos era un cuadro viviente debajo del cual se exhibían símbolos extraños que interpreté como escritura. Las imágenes eran asombrosas; una de ellas era como un mundo visto desde el espacio. Era verde azulada con raros espacios blancos. Con gran sobresalto me di cuenta de que era mi propio mundo, el mundo de mi nacimiento. Un cambio en el cuadro que lo seguía atrajo en seguida mi atención: comunicaba una deplorable sensación de caída y, mientras lo observaba, comprendí que era una imagen de MI mundo presentado de manera tal como si yo estuviera cayendo sobre él.

"Las nubes se disipaban y pude ver el contorno completo de la India y el Tibet. Nadie me lo dijo, salvo el instinto. La imagen se volvió cada vez más grande y pude ver a Lhasa. Contemplé las Tierras Altas y luego el cráter volcánico. . . ' ¡No estáis aquí para ver eso! —exclamó la Voz—. ¡Mirad hacia otra parte! ' Miré a mi alrededor y quedé nuevamente maravillado de lo que se presentaba a mi vista. Allí, sobre ese cuadro, aparecía el interior de una cámara de consejo. Individuos de aspecto muy importante se hallaban empeñados en una discusión muy animada; las voces se elevaban al igual que las manos. Los papeles aparecían desparramados, con una desagradable falta de consideración. Sobre un estrado, un hombre de tez purpúrea hablaba frenéticamente y su alocución merecía por igual aplausos y censuras. ¡Todo me recordaba una asamblea de los Abades del Señor!

"Mi vista recorrió lo que me rodeaba. Por todos lados aparecían esos cuadros animados, por todos lados esas extrañas escenas, algunas de ellas en los colo-

res más inverosímiles. Me trasladé a otra habitación, donde podían verse fotografías de objetos metálicos extraños que se movían entre la oscuridad del espacio. 'Oscuridad' no era la palabra apropiada porque el espacio estaba invadido por puntos de luz de muchos colores; a muchos de ellos nunca los había visto. 'Naves espaciales en tránsito —dijo la Voz—. Mantenemos una cuidadosa pista de nuestro tránsito.' Asombrosamente, la cara de un hombre cobró vida sobre una parte de la pared. Habló pero yo no entendí sus palabras. Movió su cabeza y gesticuló como si estuviera hablando cara a cara con una persona. Con una sonrisa y un gesto de despedida el rostro se desvaneció y el marco de la pared quedó nuevamente con un suave resplandor grisáceo.

"Inmediatamente fue remplazado por una vista como seguramente sólo puede percibirla un pájaro en alto vuelo: una vista del mundo que acababa de dejar, el mundo que era el centro de este vasto imperio. Miré hacia abajo sobre la gran ciudad, observándola en toda su realidad, con todo su inmenso despliegue. La imagen se movía rápidamente de manera que me encontré contemplando nuevamente ese barrio donde se hallaba la residencia del Maestro de esa gran civilización. Pude contemplar los grandes muros y los jardines raros, exóticos, entre los cuales estaba asentado el edificio. También percibí un hermoso lago con una isla en el centro. Pero la escena se movía, dirigida aquí y allí, barriendo el paisaje como lo haría un pájaro que buscara su presa. La fotografía se detuvo, se agrandó y enfocó un objeto de metal que describía ociosos círculos, acercándose al suelo. La imagen aumentó tanto que sólo quedó el objeto de metal. Apareció el rostro de un hombre que hablaba respondiendo a preguntas desconocidas. Un ademán de saludo y el cuadro quedó en blanco.

"Yo no me movía a voluntad. Mi mente dirigida

abandonó esa habitación extraña y penetró en otra... ¡más extraña todavía! Aquí, en nueve de esas pantallas de imágenes, aparecían sentados nueve hombres viejos. Durante un momento los miré estupefacto, rompiendo luego a reír casi histéricamente. Allí estaban nueve viejos, todos barbados, todos muy parecidos y todos de semblante grave. En mi pobre cerebro retumbó la Voz airada: '¡SILENCIO, sacrílego! Estáis frente a los Sabios que controlan VUESTRO destino. ¡Silencio os digo y demostrad respeto! ' Pero los sabios no se dieron cuenta, aunque estaban advertidos de mi presencia, pues sobre una de las pantallas había una imagen mía sobre la Tierra, una fotografía que me mostraba rodeado de cables y tubos. ¡Todavía otra escena me mostraba AHI! Una experiencia muy desalentadora, por cierto.

"'Aquí —continuó la Voz en el más tranquilo de los tonos— están los Sabios que han pedido vuestra presencia. Son los hombres doctos que durante siglos se han dedicado a hacer el bien a los demás. Trabajan bajo la dirección del Maestro Mismo, quien ha vivido aún más. Nuestro propósito es salvar vuestro mundo, salvarlo de lo que amenaza convertirlo en suicida. Salvarlo de la contaminación completa que sigue a las experiencias atóm... pero no, esos son términos que no tienen significado para vos; términos que todavía no han sido inventados en vuestro mundo. Vuestro mundo está próximo a sufrir un cambio intensivo. Serán descubiertas nuevas cosas, se inventarán nuevas armas. El hombre entrará en el espacio dentro de los próximos cien años. Eso es lo que tanto nos interesa.'

"Uno de los Sabios hizo gestos con las manos y las imágenes cambiaron, un mundo tras otro se reflejaba en las pantallas. Las personas también una tras otra hacían su entrada para desvanecerse y ser remplazadas por otras. Extrañas botellas de vidrio se iluminaban, y líneas serpenteantes ondulaban a través de sus bases

expuestas. Algunas máquinas martilleaban lanzando largas tiras de papel cubiertas con símbolos notables. Todo esto se hallaba tan distante de mi entendimiento que aún ahora, después de todos estos años, todavía no he logrado discernir el significado de lo que vi. Y hasta los Viejos Sabios tomaban notas sobre tiras de papel o hablaban frente a discos mantenidos cerca de sus bocas. Les respondía una voz sin cuerpo visible que hablaba como habla un hombre, pero cuyo origen no pude descubrir.

"Finalmente, cuando mis sentidos vacilaban bajo la emoción de acontecimientos tan fuera de lo normal, la Voz dijo en mi cerebro: 'Ya habéis visto suficiente. Ahora os mostraremos el pasado. Preparaos; os diré lo que experimentaréis, no debéis asustaros'. ¿ASUSTARME? , me dije; si supiera que ¡ESTOY TOTALMENTE ATERRADO! 'Primero —prosiguió la Voz— tendréis oscuridad y luego un remolino. Luego veréis que lo que pensáis es esta habitación. En realidad será como si este cuarto fuera millones de años de los de VUESTRO tiempo, pero no representa tanto para el nuestro. Luego veréis primero cómo fue creado vuestro universo y, más tarde, cómo nació vuestro mundo, cómo fue poblado con criaturas, entre ellas las que nosotros llamamos Hombre.' La Voz se desvaneció y mi conciencia con ella.

"Se experimenta una sensación perturbadora cuando se es instantáneamente privado del conocimiento, cuando uno siente que le sustraen una parte de la propia duración de vida y después no se sabe durante cuánto tiempo se ha estado inconsciente. Percibí una niebla gris arremolinada que enviaba filamentos directamente a mi cerebro; reflejos intermitentes de ALGO me atormentaban y contribuían a mi frustración general. Poco a poco, como se disipa la bruma de la mañana ante los rayos nacientes del sol, mi conciencia y mi lucidez retornaron. Ante mí el mundo se volvió

etéreo; aunque no, no era el mundo sino la habitación donde yo flotaba entre el piso y el cielo raso como un ocioso bejín elevándome y cayendo en el aire tranquilamente. Como las nubes de incienso que se esparcen en un templo yo me mantenía arriba y contemplaba lo que estaba delante de mí.

"Nueve ancianos, barbados, graves, dedicados a sus tareas. ¿SERIAN los mismos? No, la habitación era diferente. Las pantallas e instrumentos eran diferentes. Durante un rato ni se habló ni hubo explicación alguna sobre todo lo que esto presagiaba. Al fin, un anciano se acercó e hizo girar un botón; se encendió entonces una pantalla mostrando estrellas de forma tal como no había visto nunca. La pantalla se dilató hasta ocupar el total de mi visión hasta que se asemejó a una ventana abierta al espacio. La ilusión era tan real que tuve la sensación de que ESTABA en el espacio, sin la ventana. Fijé mi vista en las estrellas frías, inmóviles, que brillaban con un brillo duro y hostil.

"'Nos lanzaremos a dos millones —dijo la Voz— o no percibiréis nada durante toda vuestra vida.' Las estrellas comenzaron un balanceo rítmico, en torno a ellas mismas o en torno a algún centro invisible. Desde un borde externo de la escena llegó a toda velocidad un enorme cometa con su cola flamante apuntando a ese centro oscuro e invisible. El cometa voló atravesando la escena y arrastrando detrás de él otros mundos. Finalmente, chocó con el mundo frío y muerto que había sido el centro de esa galaxia. Otros mundos, llevados fuera de sus órbitas determinadas por la gravedad en aumento, se encauzaron en la vía del choque. En el instante de la colisión entre el cometa y el mundo muerto, todo el universo pareció estallar en llamas. Torbellinos de materia incandescente fueron arrojados atravesando el espacio, y gases y llamas envolvieron los mundos cercanos.

Todo el universo que estaba viendo en la pantalla frente a mí, se volvió una masa de gas brillante, violento y ardiente.

"Lentamente el intenso brillo que prevalecía en todo el espacio fue declinando; al final sólo quedó una masa encendida central rodeada por masas flamantes más pequeñas. Trozos de material incandescente fueron arrojados a medida que la gran masa central vibraba y se convulsionaba en la agonía de una nueva conflagración. La Voz irrumpió en mi caótico pensamiento: 'Estáis viendo en minutos lo que llevó millones de años de evolución. Cambiaremos la escena'. Toda mi visión quedó limitada a la extensión de la pantalla; lo que entonces percibí era el sistema estelar que retrocedía tanto que yo aparecía observando desde lejos. El fulgor del sol central disminuyó, aunque todavía se mantenía excesivamente brillante. Los mundos cercanos aun conservaban fosforescencias rojas y se retorcían y giraban sobre sus nuevas órbitas. En esa vertiginosa velocidad, todo el universo me parecía girar dentro de un torbellino, de manera que hasta mis sentidos se trastornaban.

"La escena cambió. Ante mí se extendía una gran planicie salpicada con inmensos edificios, algunos de los cuales presentaban proyecciones extrañas que desde la parte superior se extendían hacia adelante. Tales proyecciones me parecían de metal curvado, de formas curiosas y no llegaba a entender la razón para que así fuera. Enjambres de personas de tamaños y figuras sumamente diversas convergían hacia un objeto ciertamente notable que se hallaba ubicado en el medio de la planicie. Parecía un tubo metálico de un tamaño inimaginable; sus extremos eran menores que la faja principal y se ahusaba hasta llegar a un punto por uno de ellos y terminar en forma redondeada por el otro. A lo largo del cuerpo principal presentaba protuberancias y, mirando con atención, pude darme cuenta de

que eran trasparentes. Podían verse algunos puntos que se movían en su interior; mi observación me llevó a creer que se trataba de gente. Estimé que toda la construcción tenía alrededor de una milla de longitud o quizá más. Su objeto me era totalmente desconocido. No podía entender por qué un edificio debía tener una forma tan notable.

"Mientras observaba atentamente para no perder nada, se deslizó dentro de la escena un vehículo rarísimo que arrastraba tras de sí muchas plataformas cargadas con cajas y fardos suficientes, según pensé ociosamente, para proveer todos los mercados de la India. Y— ¿cómo podía ser eso? — todo flotaba en el aire, como flotan los peces y se impulsan en el agua. El extraño artefacto recorrió a lo largo el gran tubo que era la construcción y, uno detrás de otro, todos los fardos fueron introducidos de modo que la extraña máquina volvió con las plataformas vacías. La corriente de gente que entraba en el tubo disminuyó hasta desaparecer. Las puertas corredizas fueron deslizadas y el tubo se cerró. ¡Ah! , pensé, es un templo. Me están demostrando que tienen religión y templos. Satisfecho con mi explicación me distraje nuevamente.

"No hay palabras para describir mi emoción cuando mi mirada tornó con un sobresalto a la escena. ¡Ese gran edificio tubular de alrededor de una milla de largo y un sexto de milla de espesor, SE LEVANTO repentinamente EN EL AIRE! Se elevó aproximadamente a la altura de nuestra más alta montaña, permaneció allí durante algunos segundos y luego... ¡desapareció! Un instante estuvo allí, una brizna de plata suspendida en el cielo con las luces de colores de dos o tres soles que jugaban sobre ella. Luego, sin siquiera un relámpago, desapareció. Miré a mi alrededor, miré las pantallas contiguas y lo vi. Sobre una pantalla muy larga, quizá de veinticinco pies de longitud, las estrellas danzaban semejando simplemente es-

trías de luces de colores. Aparentemente detenido en el centro de la pantalla estaba el edificio que acababa de dejar este mundo extraño. La velocidad del paso por las estrellas aumentó de tal manera que ellas formaron casi una mancha hipnótica. Me volví hacia afuera.

"Un resplandor de luz atrajo mi atención y miré nuevamente a la pantalla larga. Por el borde extremo aparecía una luz anunciando el advenimiento de otra más intensa, como si hubiera sido el sol que enviaba sus rayos sobre los picos de la montaña para proclamar su llegada. La luz creció rápidamente hasta volverse insoportablemente brillante. Una mano se estiró e hizo girar un botón. La luz se redujo hasta que la escena quedó clara. El tubo grande, como una manchita insignificante en la inmensidad del espacio, se acercó al orbe brillante, giró a su alrededor y luego fui trasladado a otra pantalla. Durante un momento perdí la orientación y miré tontamente a la imagen que se mostraba ante mí. Representaba una gran habitación donde hombres y mujeres vistiendo lo que ahora sé son uniformes pasaban su tiempo. Algunos estaban sentados con las manos sobre palancas y botones mientras otros observaban pantallas lo mismo que yo.

"Uno, ataviado mucho más lujosamente que los otros, se paseaba con las manos juntas en la espalda. Frecuentemente se detenía para mirar sobre el hombro de alguna persona mientras observaba algunas notas escritas o estudiaba las líneas zigzagueantes que se veían detrás de las esferas de vidrio. Luego, con un movimiento de cabeza, continuaba su paseo. Por último, me encontré haciendo lo mismo: eché una mirada a la pantalla como lo hacía el magnífico personaje. Allí aparecían mundos en llamas; cuántos no podía saberlo porque la luz me deslumbraba y el movimiento al cual no estaba acostumbrado me aturdía. Tanto como podía adivinar, y adivinar solamente, habría

aproximadamente quince pequeñas masas flameantes que giraban en torno a la gran masa central que les había dado vida.

"La casa tubular —que ahora sabía se trataba de una nave espacial— se detuvo y empezó a desarrollarse mucha actividad. Entonces, desde el fondo de la nave apareció un gran número de pequeñas naves de forma circular que se dispersaron en diversas direcciones y, con su partida, la vida a bordo del gran navío, retomó el ritmo uniforme de una existencia ordenada. El tiempo trascurrió y algo más tarde todos los pequeños discos retornaron a su nave madre y fueron recibidos a bordo. Lentamente el enorme tubo dio vuelta y huyó como un animal aterrorizado, atravesando los cielos tambaleantes.

"Una vez completado el tiempo, cuánto no podría decir pues el viaje fue vertiginoso, el tubo metálico retornó a su base. Hombres y mujeres lo abandonaron y penetraron en edificios situados en su perímetro. Ante mí la pantalla se volvió gris.

"El cuarto oscuro, con las pantallas siempre en movimiento sobre la pared, me fascinaba más allá de toda medida. Anteriormente, había estado también empeñado en una o dos pantallas y ahora, con esas que se hallaban muertas, inertes, delante de mí, tenía tiempo para dedicarme a observar en torno. Allí había hombres de aproximadamente mi propio tamaño, tamaño al cual puedo referirme cuando empleo la palabra 'humano'. Los había de todos los colores: blanco, negro, verde, rojo, amarillo y pardo. Quizás un ciento de ellos estaban sentados en extraños asientos de forma adecuada que se balanceaban e inclinaban con cada movimiento. Se hallaban en filas ante instrumentos ordenados a lo largo de la pared extrema. Los Nueve Sabios estaban sentados a una mesa especial en el centro de la habitación. Curiosamente, miré alrededor, pero los instrumentos y otros artefactos ya

habían sido sacados desde antes de mi experiencia de manera de que yo no tuviera modo de describirlos. Tubos vacilantes que contenían una pálida luz verde, tubos pulsátiles de luz ámbar, paredes que ERAN paredes, aunque irradiaban el mismo color luminoso que las que se encontraban fuera, al aire libre. Esferas de vidrio con agujas locamente fluctuantes o detenidas en un punto con fijación de roca, ¿ESO tendría alguna explicación para ti?

"Una parte de la pared se abrió deslizándose y revelando una enorme cantidad de cables y tubos. Trepando hacia arriba y hacia abajo por los cables se veía gente menuda, de alrededor de dieciocho pies de alto, pequeña gente adornada con cinturones con implementos brillantes que seguramente eran herramientas. Entró un gigante llevando una caja grande y pesada y la sostuvo en un lugar durante unos momentos, mientras los pequeños la aseguraban en la parte de atrás de la pared. Luego la pared se deslizó cerrándose y los pequeños se fueron con el gigante. Se produjo un silencio, sólo interrumpido por el monótono chasquido y golpeteo a medida que la cinta se movía incansablemente desde un orificio de la máquina hasta un receptáculo especial.

"Allí, sobre esa pantalla, se representó una cosa sumamente extraña. Al principio pensé que estaba mirando una roca toscamente labrada como figura humana. Luego, con horror, vi que la cosa se movía. Un brazo de forma imperfecta se levantó y sostuvo una gran hoja de un material desconocido sobre la cual lucían caracteres gráficos. No bastaría decir 'escritura' y conformarnos. Eso era tan evidentemente extraño que tendría que inventarse un modo especial de expresión para poder describirlo. Desvié la vista, pues eso estaba tan lejos de mí que no me atraía ni me interesaba. Simplemente experimenté horror al mirar esta parodia de humanidad.

"Pero mi mirada andariega se detuvo repentinamente. ¡ALLI había espíritus, espíritus alados! Quedé tan absorto que casi me estrello contra la pantalla cuando me acerqué con la esperanza de ver mejor. La escena tenía lugar en un jardín maravilloso en el cual se divertían criaturas aladas. Hombres y mujeres, de figura humana, tejían un intrincado diseño aéreo en el dorado firmamento, sobre el jardín. La Voz se hizo oír entre mis pensamientos: '¡Ah! , estáis fascinado, ¿no? Estos son los. . . (un nombre inexplicable) y pueden volar sólo porque viven en un mundo donde la fuerza de gravedad es sumamente baja. No pueden abandonar su propio planeta pues son demasiado frágiles; no obstante, tienen una poderosa e insuperable inteligencia. Pero mirad otras pantallas. Pronto veréis más de la historia de vuestro propio mundo'.

"La escena cambió, cambió deliberadamente, sospecho, de manera que viera lo que se deseaba que viera. Primero apareció la púrpura profunda del espacio y luego un mundo enteramente azul se movió a través de uno de los bordes hasta ocupar el centro de la pantalla. La imagen se hizo mayor hasta abarcar la vista completamente. Creció aún más y nuevamente tuve la espantosa impresión de estar cayendo de cabeza fuera del espacio. Una experiencia muy desgraciada. Debajo de mí se elevaban y rodaban olas azules. El mundo giraba. Agua, agua, por todos lados. Pero una mancha se proyectó sobre las olas eternas. Sobre todo el mundo había una meseta del tamaño del Valle de Lhasa y sobre ella, extraños edificios aparecían en la costa. Figuras humanas se sacudían allí con las piernas en el agua. Otras, estaban sentadas sobre las rocas cercanas. Todo era misterioso y nada de eso llegó a conmoverme. 'Nuestro plantel de cría —dijo la Voz—; aquí cultivamos la semilla de una nueva raza'."

CAPÍTULO IX

El día pasaba lentamente arrastrando horas interminables. El joven monje miraba —como lo había hecho la mayor parte del tiempo— hacia el desfiladero de la cadena de montañas que guardaba el Paso entre la India y el Tibet. Repentinamente lanzó un grito de alegría y volvió sobre sus talones antes de irrumpir en la cueva. "¡Venerable! —gritó—; están sobre el sendero. Pronto tendremos alimento." Y, sin esperar respuesta, giró en redondo y se precipitó hacia la entrada. Entre el aire frío y claro del Tibet podían verse a lo lejos diminutos detalles, pues no había contaminación que pudiera confundir la vista. Sobre el lomo de la roca, descendiendo, se acercaban unos puntos negros. El joven sonrió con satisfacción. ¡Comida! Pronto habría cebada y té.

Rápidamente bajó hasta la orilla del lago y llenó la olla hasta hacerla rebalsar. Cuidadosa y lentamente la llevó a la cueva de manera de tener agua disponible para cuando llegara el alimento. Descendió hasta la ladera y nuevamente se apresuró a juntar las últimas ramas del árbol abatido por la tormenta. Una enorme pila de leña se hallaba ahora hacinada junto al fuego. Impacientemente el joven trepó al frente de la roca sobre la cueva. Haciendo pantalla sobre sus ojos para protegerlos del resplandor, observó a lo lejos y hacia arriba. Una larga fila de animales se alejaba del lago.

Caballos, no yacs. Indios, no tibetanos. Temblando, el monje permaneció allí deprimido ante tan desagradable noticia.

Lenta y pesadamente bajó de la piedra y se internó en la cueva. "Venerable —dijo tristemente—, los hombres son indios, no pasan por aquí, no tendremos comida."

"No te preocupes —dijo el ermitaño con dulzura—, pues un estomágo vacío genera una mente clara. Nos manejaremos, debemos tener paciencia."

Una idea repentina iluminó al joven. Tomando la olla con agua corrió hacia la roca donde había sido desparramada la cebada. Cuidadosamente, de rodillas, escarbó el arenoso suelo. Allí había cebada. . . y arena. La arena se irá al fondo en el agua, pensó, mientras la cebada flotará. Con todo esmero echó puñado tras puñado en el agua, golpeando ligeramente los costados de la olla. La arena se hundió mientras la cebada quedaba en la superficie. También aparecían pequeños trozos de torta de té.

A cada rato retiraba la cebada y el té de la superficie del agua colocándolos en su jarro. Pronto tuvo que recurrir al del ermitaño y finalmente, cuando las sombras del atardecer invadían nuevamente el campo, ambos recipientes estaban llenos. Rendido de cansancio el joven monje se puso de pie, levantó la pesada olla llena de agua y arena y dejó la cueva. Fuera, sin pérdida de tiempo, volcó el contenido inútil de la olla y melancólicamente hizo su camino hacia el lago.

Los pájaros nocturnos despertaban y la luna llena aparecía entre las montañas cuando se puso a limpiar la olla y a llenarla de agua. Lentamente lavó sus rodillas cubiertas de arena y granos de cebada antes de levantar el recipiente y encaminarse a la cueva. Con un gesto de resignación depositó la olla sobre el corazón del fuego y se sentó al lado de las llamas mientras esperaba impacientemente que hirviera el agua. Final-

mente, las primeras burbujas de vapor se elevaron mezclándose con el humo del fuego. El joven se incorporó y fue a buscar ambos jarros con la mezcla de cebada y té. . . ¡y algo de tierra todavía! Cuidadosamente echó todo dentro del agua.

Pronto levantó vapor de nuevo y el agua comenzó a hervir a borbotones, agitando la oscura mezcla. Con un pedazo plano de corteza el joven espumó el residuo que flotaba. Incapaz de esperar más enganchó un palo por debajo de la manija de la olla y la retiró del fuego. Primero sumergió el jarro del viejo ermitaño y sacó una generosa ración del potaje. Secando los dedos en su ya sucia túnica corrió hacia el anciano con la inesperada y bastante insípida cena. Luego se ocupó de su propia comida. ¡Era apenas comestible!

Con el tormento del hambre escasamente mitigado se acostaron sobre el suelo duro, arenoso y poco acogedor, para pasar otra noche de sueño. Más allá de la cueva la luna se elevó en lo alto e inició un majestuoso descenso detrás de la cadena lejana de montañas. Las criaturas de la noche salieron tras sus legítimas oportunidades. El viento gemía blandamente entre las endebles ramas de los árboles raquíticos. En los lamasterios lejanos los trasnochados procuradores continuaban su incesante vigilia, mientras en los suburbios de la ciudad los truhanes tramaban la mejor manera de aprovecharse de sus más fieles compañeros.

La mañana era triste. El resto de la cebada y el té empapados representaban una mísera ración, pero como único sustento disponible debía ser aceptado. Con la creciente luz de la mañana y el fuego que, nuevamente alimentado, arrojaba sus chisporroteantes lluvias de luces desde la superficie seca de la leña, el viejo ermitaño habló: “Continuemos con el traspaso de conocimiento. Ha de ayudarnos a olvidar nuestra hambre”. Juntos, el anciano y el joven, penetraron en la cueva y se sentaron en la posición acostumbrada.

"Yo flotaba a la deriva —dijo el ermitaño— como los pensamientos de un hombre ocioso, sin dirección, sin objetivo. Vacilante y pasando de pantalla a pantalla, según me indicara la fantasía, oí de pronto en mí la Voz que me decía: 'Debemos deciros más'. Y, a medida que hablaba, me di cuenta que estaba siendo dirigido a las pantallas que había estudiado primeramente, las cuales se hallaban otra vez en acción. Sobre una de ellas aparecía el universo conteniendo lo que ahora llamamos Sistema Solar.

"La Voz prosiguió: 'Durante siglos se mantuvo la más rigurosa observación para el caso de que pudiera producirse peligro de radiación desde el nuevo Sistema. Pasaron millones de años, pero en la vida del universo un millón de años son minutos en el curso de la vida humana. Finalmente, salió otra expedición de éste, el corazón de nuestro imperio, una expedición equipada con los más modernos aparatos para determinar la planificación de nuevos mundos que pudieran ser sembrados'. La Voz calló y yo miré nuevamente a las pantallas.

"Las estrellas brillaban frías y remotas en las estupendas distancias del espacio. Duras y vítreas resplandecían con más colores que los del arco iris. La imagen se hizo cada vez más grande hasta que apareció un mundo semejante a un globo nebuloso. Eran nubes turbulentas hondamente heridas por los rayos más terroríficos. 'No es posible —dijo la Voz— hacer un VERDADERO análisis de un mundo distante mediante exploraciones remotas. En un principio creímos que podría ser, pero la experiencia nos ha demostrado que estábamos en un error. Ahora, durante millones de años, hemos enviado expediciones. ¡Mirad! '

"El universo fue barrido hacia un lado de la misma manera que se corre una cortina. Nuevamente vi una llanura que se extendía hacia lo que semejaba ser el infinito. Los edificios eran diferentes, largos y bajos,

así como la gran embarcación que allí estaba lista. Se parecía a dos fuentes: la inferior, con la abertura hacia arriba en posición normal, mientras que la superior se veía invertida, descansando sobre la primera y brillante como la luna llena. Cientos de orificios redondos con vidrios detrás rodeaban la circunferencia. Sobre la elevación máxima descansaba una habitación transparente en forma de cúpula, posiblemente de unos cincuenta pies trasversales. La gigantesca periferia de la nave empequeñecía enteramente las máquinas auxiliares que trabajaban en su base para abastecerla.

"Grupos de hombres y mujeres se paseaban, todos en uniformes extraños, con una cantidad de cajas amontonadas a sus pies, sobre el suelo. La conversación parecía animada y el humor excelente. Individuos más lujosamente ataviados se contoneaban inaccesibles caminando hacia atrás y hacia adelante como si estuvieran deliberando sobre el destino del mundo, como en realidad podrían haber estado haciéndolo. A una señal imprevista se inclinaron todos rápidamente, tomaron su equipaje y echaron a correr hacia la nave que aguardaba. Puertas metálicas se cerraron herméticamente detras de ellos como el iris de un ojo.

"Lentamente la inmensa creación metálica se elevó algunos cientos de pies en el aire, quedó suspendida durante un momento y luego se desvaneció sin dejar huella que indicara que alguna vez había existido. La Voz dijo: 'Viaja a una velocidad increíble, más ligero que la de la luz. Es un mundo independiente, autónomo y, cuando uno se encuentra en él, se vuelve totalmente inmune a toda influencia externa. No hay sensación de velocidad ni de caída, ni siquiera en las vueltas más pronunciadas. El espacio —continuó la Voz— NO es el vacío que los habitantes de vuestro mundo creen; el espacio es un área de densidad reducida. Hay una atmósfera de moléculas de hidrógeno. Las moléculas aisladas pueden estar separadas por cien-

tos de millas, lo admitimos, pero a la velocidad generada por nuestras naves esa atmósfera parece casi tan densa como el mar. Se oyen pasar vertiginosamente las moléculas contra el costado del barco y debemos adoptar medidas especiales para superar el problema del calor que produce la fricción molecular. Pero ¡mirad. . .!

"Sobre una de las pantallas adyacentes la nave en forma de disco estaba despegando y dejaba tras de sí una estela casi intangible de desvaída luz azul. La velocidad era tal que, como la imagen se movía para mantener la embarcación en el centro, las estrellas aparecían como sólidas líneas de luz. La Voz murmuró: 'Omitiremos las secuencias innecesarias del viaje y nos dedicaremos a los acontecimientos que interesan. Mirad la otra pantalla'. Así lo hice y pude presenciar que la nave, viajando ya mucho más lentamente, daba vueltas alrededor del Sol, NUESTRO Sol. Pero un Sol sumamente diferente de lo que es ahora, más grande, más brillante, con enormes lenguas de llama que se alejaban mucho más allá de su periferia. La nave daba vueltas primero alrededor de un mundo y luego de otro.

"Por último, se acercó bastante a uno que por algo conocí que era la Tierra y que, completamente oculto entre nubes, giraba debajo de la embarcación. Se hicieron varias órbitas y entonces la nave disminuyó la velocidad aún más. La imagen cambió; un pequeño grupo de hombres y mujeres caminaba por un largo corredor de metal. En el extremo desembocaron en un recinto donde se encontraban pequeñas réplicas de la embarcación grande. Los hombres y las mujeres subieron una rampa y entraron en una de estas naves más pequeñas. Todas las demás personas abandonaron ese sector. Un hombre observaba detras de un tabique trasparente con las manos puestas sobre extraños botones de colores y luces relampagueantes. Una luz

dio un reflejo verde y el hombre presionó diversos botones simultáneamente.

"Una parte del piso se retrajo uniformemente desde la pequeña nave, como lo hace el iris del ojo. La nave pasó a su través y entró en el espacio. Se alejó planeando cada vez más hacia abajo hasta que la perdimos de vista entre las nubes que rodeaban la Tierra. Luego la escena cambió otra vez y vi como si estuviera dentro de la misma pequeña nave. Allí estaban las arremolinadas y abultadas nubes, primero como barreras impenetrables, pero disipándose al contacto con la nave espacial. Descendimos millas de la nube hasta que al fin nos absorbió un día triste y sombrío. El mar gris se agitaba y embravecía y a la distancia parecía mezclarse con las nubes color ceniza, nubes que recibían los reflejos rojizos de algún origen desconocido.

"La nave espacial enderezó para aterrizar y voló entre nube y mar. Las millas pasaban, interminables, sobre el mar rugiente. En el horizonte una masa oscura se mostró atravesada en su totalidad por intermitentes golpes de llama. La nave se desplazaba. Pronto, debajo de nosotros, apareció una gran masa de tierra montañosa. Enormes volcanes empinaban sus feas cabezas, elevándose hacia las nubes, lanzando llamas descomunales. La lava fundida caía tambaleando por las laderas de la montaña para desembocar en el mar con un estruendo chispeante. Aunque se percibía un manchón grisáceo a la distancia, próximo a la tierra se mostraba como un rojo muy opaco.

"La nave se movió hacia adelante circunnavegando el mundo durante un número de veces. Sólo se distinguía una inmensa masa terrestre rodeada por el mar agitado la cual, a menor altura, parecía despedir vapor. Finalmente se elevó, entró en el espacio y retornó a la nave madre. La pantalla se oscureció cuando la embarcación emprendió a toda velocidad el viaje de regreso al mundo del Imperio.

"La Voz, ahora tan acostumbrada a irrumpir en mi cerebro, comentó: '¡NO! No estoy hablando solamente para VOS; también me estoy dirigiendo a todos los que participan de esta experiencia. Debido a que sois tan receptivo estáis al tanto de todos mis comentarios por lo que denominamos realimentación acústica. Pero prestad atención. Esto es también para vos.

"'La Segunda Expedición volvió a. . .' —aquí pronunció un nombre que no alcancé a distinguir por lo cual lo remplazo y digo 'nuestro imperio'. Los científicos estudiaron los informes sometidos por las tripulaciones y se hicieron las evaluaciones sobre el probable número de siglos que trascurrirían antes de que el mundo estuviera preparado para abastecerlo con criaturas vivientes. Los biólogos y las geneticistas trabajaron juntos para formular planes en el logro de los mejores tipos de criaturas que habrían de producirse. Cuando hay que poblar un nuevo mundo, y ese mundo desciende de una estrella transitoria, se requieren primero animales y follaje fuerte. Todo el suelo consiste en roca pulverizada, con polvo de lava y ciertos oligoelementos. Tal suelo sólo puede mantener vegetales gruesos de alimentación; luego esas plantas decaen y los animales mueren y se pudren mezclándose con el polvo rocoso. El 'suelo' se forma en el trascurso de milenios. A medida que el suelo se va alejando cada vez más de la piedra original, pueden cultivarse tipos de plantas más finas. En su momento, sobre cada planeta, el suelo 'es' realmente las células de animales y plantas podridos y las materias excretadas de los primeros durante los lejanos años del pasado'.

"Tuve la impresión de que el dueño de la Voz hizo una pausa mientras observaba a su audiencia. Luego continuó: 'La atmósfera de un nuevo planeta no es absolutamente respirable para los humanos. Las emanaciones de los volcanes en erupción contienen sulfuro y muchos gases nocivos y letales. Una vegetación adecua-

da tiene que superar esto absorbiendo las toxinas y restituyéndolas al suelo como minerales inofensivos. La vegetación tomará los vapores venenosos y los convertirá en el oxígeno y el nitrógeno requeridos por los humanos. Así, los científicos de muchas especialidades trabajaron juntos durante siglos para preparar el plantel básico. Este fue entonces ubicado sobre un mundo cercano de condiciones similares de manera que pudiera madurar para que estuviéramos seguros de que sería enteramente satisfactorio. Si fuera necesario, entonces podría ser modificado.

'"Así, durante siglos el nuevo sistema planetario fue abandonado a sus propios recursos. Abandonado mientras el viento y las olas corroían los agudos picos de la roca. Durante millones de años las tempestades golpearon sobre esa tierra rocosa. Piedra pulverizada se desparramó desde las altas cumbres, cantos pesados cayeron y rodaron bajo las tormentas, pulverizando aun más las partículas pétreas. Las olas gigantes batieron con furia la tierra, desprendiendo estribaciones, golpeándolas entre sí y reduciéndolas a fragmentos. La lava que fluía hirviendo y blanca dentro de las aguas producía humo y espuma y se deshacía en millones de partículas para volverse arena en el oceáno. Las olas arrojaron la arena sobre la tierra y la fricción continua desgastó las montañas desde sus alturas de millas hasta disminuirlas a decenas de miles de pies.

'"Pasaron siglos interminables en el tiempo de la Tierra. El Sol flameante ya no ardió con tanta fiereza. Ya no arrojaba masas incandescentes que envolvían e incineraban los objetos adyacentes. Ahora, el Sol ardía con regularidad. Los mundos cercanos también se enfriaron y sus órbitas se estabilizaron. Bastante a menudo pequeños fragmentos de roca chocaron con otras masas y el total se hundió en el Sol, produciéndose un aumento temporario en su intensidad ígnea. Pero el sistema se fue estabilizando. El mundo

llamado Tierra se tornó apto para recibir su primera vida.

'"En la base del Imperio una gran nave se preparaba para viajar a la Tierra y los miembros de lo que sería la Tercera Expedición eran adiestrados para desempeñarse en todo lo relativo a su tarea futura. Se estaba seleccionando a hombres y mujeres que fueran compatibles y no padecieran neurosis. Cada nave espacial es un mundo autónomo, independiente, dentro del cual el aire es producido por las plantas. Se cargaron instrumentos y provisiones generales y el nuevo plantel fue cuidadosamente congelado y listo para ser reanimado en cualquier momento. Sin apresuramiento, pues no había apuro, la Tercera Expedición estuvo lista.'

"Observé la embarcación que se deslizaba atravesando el universo del Imperio; cruzó otro más y penetró en aquel que contenía en su distante extremo la nueva Tierra. Aparecían muchos mundos girando alrededor del Sol brillante, antes ignorados; toda la atención fue atraída a un único planeta. La gran embarcación, perdiendo velocidad, se balanceó en una órbita tal que resultaba estacionaria con relación a un punto sobre la Tierra. A bordo de la embarcación se aprestó una pequeña nave. Seis hombres y mujeres la ocuparon y nuevamente apareció una abertura en el piso de la nave madre a través de la cual salió la pequeña embarcación exploradora. Nuevamente sobre la pantalla miré cómo caía atravesando una densa nube para surgir unos pocos miles de pies sobre el agua. Moviéndose en un plano horizontal, pronto llegó adonde la tierra rocosa se proyectaba sobre el agua.

"Las erupciones volcánicas, aunque muy violentas, eran menos intensas que antes y la lluvia del residuo de la roca menos profusa. Cuidadosamente, muy cuidadosamente, la pequeña embarcación se hundía cada vez más bajo. Ojos inquisidores, de vista aguda, exploraron la superficie buscando el lugar más apropiado

para el aterrizaje y, finalmente, habiéndolo decidido, lo realizaron. Allí, asentados sobre la superficie dura, la tripulación hizo lo que parecían ser pruebas de rutina. Satisfechos, cuatro de sus miembros vistieron extraño ropaje que los cubrían desde el cuello hasta los pies. Cada uno de ellos colocó sobre su cabeza un globo redondo, trasparente, que de alguna manera se conectaba con el cuello de la vestimenta que ya tenían puesta.

"Cada uno levantó una caja y entró en una pequeña habitación cuya puerta fue cuidadosamente cerrada con seguro tras de sí. Una luz roja opuesta a otra puerta se encendió. La aguja negra comenzó a moverse sobre un disco esférico y, cuando llegó a detenerse sobre un '0', la luz roja se volvió verde y la puerta exterior se deslizó abriéndose. Una escalera metálica nada común, como dotada de vida propia, corrió ruidosamente a través del piso extendiéndose hacia abajo unos quince pies. Un hombre, con toda precaución, descendió por ella y se asentó cuando alcanzó la superficie. De la caja extrajo una larga varilla que introdujo en el suelo. Inclinándose, examinó minuciosamente las marcas que dejaba e, incorporándose, llamó con señas a los otros que debían unírsele.

"El pequeño grupo se movió por los alrededores aparentemente al azar, haciendo cosas que para mí no tenían significado alguno. Si no hubiera sabido que se trataba de adultos inteligentes hubiera subestimado sus extravagancias rebajándolas a meros juegos de niños. Algunos levantaban pequeñas piedras y las ponían en una bolsa. Otros golpeaban el suelo con martillos o introducían lo que parecían ser varillas de metal. Otro más, una mujer, segúh observé, andaba por ahí agitando pequeñas tiras de vidrio adhesivo y metiéndolas luego apresuradamente en botellas. Todas estas cosas me resultaban totalmente incomprensibles. Por último, volvieron a su nave y entraron en el primer compar-

timiento. Allí permanecieron todavía como ganado en el mercado, mientras luces notablemente coloreadas brillaban y se movían sobre la entera superficie de cada uno. Una luz brilló más verde y todas las otras de colores se extinguieron. El grupo se despojó de sus atavíos protectores y penetró en la parte principal de la nave.

"Pronto se produjo una gran actividad. La mujer con las tiras de vidrio adhesivo se apresuró a ponerlas en un dispositivo metálico y colocándose frente a él de manera de mirar a través de dos tubos, hizo girar algunos botones mientras comentaba con los otros todo el tiempo. El hombre volcó los pequeños guijarros en una máquina que emitía un gran chirrido y repentinamente expulsaba los que habían sido reducidos a un polvo muy fino. Se hicieron muchas pruebas y se mantuvieron muchas conversaciones con la gran nave madre.

"Apareció luego otra de estas embarcaciones mientras la primera se retiraba y retornaba a la mayor. Las que quedaron dieron vueltas alrededor del mundo entero y desde ellas cayeron cosas, algunas de las cuales descendieron sobre la tierra y otras, de tipo diferente, en el mar. Satisfechos con su trabajo, todas las pequeñas naves se retiraron juntas formando una fila, después de lo cual se elevaron y abandonaron la atmósfera de la Tierra. Una a una fueron entrando en la nave madre y, cuando lo hubo hecho la última, el gran aparato abandonó rápidamente esa órbita y viajó a otros mundos de ese sistema. Así fue como hace muchos años la Tierra fue ocupada.

"Muchos siglos pasaron sobre la Tierra, pero para la nave que viaja por el espacio sólo eran semanas, pues las dos cronologías son diferentes, en alguna manera difícil de comprender, pero ES así. Pasaron muchos siglos y una vegetación tosca, áspera, floreció sobre la tierra y bajo las aguas. Enormes helechos se elevaron

hacia el cielo, con hojas inmensas y gruesas que absorbían los gases tóxicos expeliendo oxígeno durante el día y nitrógeno durante la noche. Después de mucho tiempo, un Arca del Espacio descendió de entre las nubes y aterrizó sobre la orilla arenosa. Se abrieron grandes compuertas y criaturas de pesadilla salieron de la embarcación de una milla de longitud que avanzaba pesadamente. Los extraños seres eran tan aplastantes que la Tierra se estremeció a su paso. Estas horrendas criaturas se agitaban torpemente en el aire sobre crujientes alas de cuero.

"La gran Arca —la primera de muchas que llegaron a través de las eras— se levantó en el aire y se deslizó suavemente sobre los mares. En zonas predeterminadas, el Arca descansaba sobre la superficie del agua y seres raros eran sumergidos blandamente en las profundidades del océano. La enorme embarcación se elevó y desapareció en el más recóndito de los espacios. Sobre la Tierra, criaturas increíbles vivieron y lucharon, procrearon y murieron. La atmósfera cambió. La flora se modificó y los seres evolucionaron. Pasaron eternidades mientras desde el Observatorio de los Sabios eran contemplados los universos distantes.

"La Tierra se tambaleaba en su órbita; se estaba desarrollando un peligroso grado de excentricidad. Desde el seno del Imperio llegó una nave especial. Los científicos decidieron que una masa de tierra era insuficiente para impedir que los océanos se levantaran y desequilibraran el mundo. Desde la gran nave suspendida a millas de la superficie partió un delgado rayo de luz. El continente, a la vista de la Tierra se sacudió, quebrándose en pequeñas masas y se produjo un violento terremoto. En la plenitud del tiempo las masas terrestres se apartaron formando murallas contra las cuales el mar, ahora dividido en MARES, se estrellaba en vano. La Tierra se asentó en una órbita estable.

"Trascurrieron millones de años. Millones de años

en la cronología TERRESTRE. Nuevamente llegó una expedición desde el Imperio; esta vez traía los primeros humanoides al mundo. Desembarcaron criaturas purpúreas, extrañas; las mujeres tenían ochos pechos y hombres y mujeres una cabeza cuadrada sobre los hombros de manera que, para mirar a los lados, era necesario volver todo el cuerpo. Las piernas eran cortas y los brazos, largos, descendían por debajo de las rodillas. Nada sabían del fuego o las armas y por ello eran pacíficos. Vivían en cuevas y en las ramas de fuertes árboles. Se alimentaban con bayas y hierbas y de los insectos que pululaban por la tierra. Pero los Observadores no estaban satisfechos, pues eran criaturas que no podían valerse por sí mismas y no presentaban signos de evolución.

"Entonces las naves de ese Imperio se hallaban en constante patrullaje por el universo que sostenía el sistema solar. También se estaban desarrollando aquí otros mundos. Y el de otro planeta evolucionaba mucho más rápidamente que la Tierra. Se destacó una nave de la patrulla para ir hasta ella donde aterrizó y se capturó a unos pocos nativos purpúreos. Al ser examinados se decidió que toda la raza debía ser exterminada del mismo modo que un jardinero destruye la maleza. Una peste cayó sobre la Tierra y todos los habitantes fueron aniquilados. La Voz se dejó oír nuevamente: 'En años venideros la gente de vuestra Tierra utilizará este sistema para aniquilar una plaga de conejos, pero vuestra gente empleará un método que acabará con los conejos en agonía; NOSOTROS lo hacemos sin provocar dolor'.

"Desde los cielos llegó otra Arca trayendo diferentes animales y humanoides, que fueron distribuidos por las tierras, eligiendo el tipo y quizás el color que más convenía a las condiciones de la zona. La Tierra todavía rugía y temblaba; los volcanes vomitaban fuego y vapores y la lava fundida corría montaña abajo, por las

laderas. Las aguas se enfriaron y la vida fue cambiando para adecuarse a las nuevas condiciones. En los polos, las aguas se enfriaron y se formó el primer hielo sobre la Tierra.

"Las Eras se sucedieron. La atmósfera de la Tierra cambió, los helechos gigantescos dieron paso a los árboles ortodoxos y las formas de vida se estabilizaron. Florecía una civilización poderosa. Los Jardineros de la Tierra volaron alrededor del mundo visitando una ciudad tras otra. Pero algunos de ellos se familiarizaron demasiado con sus cargas humanas, las mujeres entre ellas. Un sacerdote perverso de raza humana persuadió a una hermosa mujer para que sedujera a uno de los Jardineros para obtener de él recónditos secretos. Pronto la mujer estuvo en posesión de ciertas armas anteriormente al cuidado del hombre y al cabo de una hora el sacerdote era dueño del secreto.

"Traicioneramente, algunos integrantes de la casta sacerdotal fabricaron armas atómicas, utilizando como modelo las robadas. Se concibió un plan por medio del cual varios de los Jardineros fueron invitados a un templo donde se celebraba un oficio en acción de gracias. Allí, en suelo sagrado, los Jardineros fueron envenenados. Les robaron los equipos y los otros Jardineros fueron víctimas de un gran asalto. Un sacerdote hizo explotar durante la batalla la carga atómica de una nave espacial aterrizada y el mundo entero se sacudió. El gran continente de Atlantis se hundió bajo las aguas. En las lejanas tierras los tornados agrietaron las montañas y arrojaron a los humanos con violencia. Olas gigantes se volcaron en tempestad desde el océano y el mundo quedó huérfano de vida humana, salvo unos pocos que sollozaban cobardemente en cuevas remotas.

"Durante años la Tierra se sacudió y tembló por los efectos de la explosión atómica. Durante años ningún Jardinero vino para inspeccionar el mundo. Las irra-

diaciones eran poderosas y el resto espantado de la humanidad dio a luz una progenie distinta. La vida vegetal sufrió el efecto y la atmósfera quedó viciada. Nubes bajas, rojizas, oscurecieron el sol. Los Sabios decretaron mucho después que otra expedición debía viajar a la Tierra y llevar un nuevo plantel a su jardín profanado. La gran Arca cargada de humanos, animales y plantas partió atravesando los lejanos límites del espacio."

El anciano ermitaño cayó con un gemido. El joven monje dio un salto sacudido por la impresión y se acercó apresuradamente al anciano caído. La pequeña botella de las preciosas gotas estaba a mano y pronto el anciano respiraba normalmente. "Necesitáis comida, Venerable —exclamó el joven—. Os dejaré agua al alcance de la mano y luego treparé hasta la Ermita de la Contemplación Solemne para obtener té y cebada. Lo haré rápidamente." El ermitaño cabeceó débilmente y se relajó mientras el monje colocaba el jarro con agua a su lado y ponía la olla llena del líquido a su alcance. "Iré por el camino de la ladera del acantilado", dijo mientras salía apresuradamente de la cueva.

Corrió por el pie de la montaña, mirando hacia lo alto en busca de señales de la débil estela que conducía al sendero más ancho, lejos, arriba. Allí, a dos mil pies de altura y seis millas de distancia se levantaba la ermita que muchos habitaban. Habría alimento disponible para el que lo pidiera, pero el camino era difícil y hasta la luz del sol ya empezaba a decaer. Firmemente el joven alargó sus trancos y escudriñó el frente de la roca hasta que al fin distinguió las señales desvanecidas donde una vez anteriormente, había escalado la pared de la montaña. Dobló a la derecha del retorcido y achaparrado arbusto e inmediatamente se encontró con las feroces cuchillas de piedra que descorazonaban a tantos haciéndolos preferir un sendero

que aumentaba de seis a más de veinte las millas, tan tortuoso era el camino.

Lentamente ascendía luchando, en busca de sostenes donde nada parecía posible. Subía paso a paso. El sol se puso detrás de las lejanas cadenas de montañas. El joven descansó un rato, sentado a horcajadas sobre una piedra. Pronto los primeros rayos plateados de la luna asomaron tras la cordillera, iluminando el frente alto del acantilado lo suficiente como para hacer posible el camino que quedaba. Arañando y cavando con los dedos de las manos y los pies, pulgada a pulgada, ascendía peligrosamente. Abajo, la profundidad del valle era una sombra. Con un suspiro de alivio alcanzó la cumbre y, tambaleándose, hizo el camino estrecho que conducía a la ermita. Corriendo a medias, con la respiración quebrada en sollozos y con los miembros doloridos, completó las millas restantes.

El brillo distante y débil de las vacilantes lámparas de manteca era como un faro de esperanza para el desprevenido viajero sorprendido por la noche. Jadeante por el cansancio y desfalleciente de hambre, el joven monje cubrió, tropezando, las últimas pocas millas hasta la puerta de la ermita. Desde su interior llegaba el murmullo del canto de un anciano que entonaba su oración mecánicamente. Aquí no hay devotos religiosos a quienes yo pudiera molestar, pensó el monje, por lo cual gritó con toda su voz: "¡Celador de la ermita, necesito ayuda!" El apagado y repetido murmullo cesó. El crujir de viejos huesos moviéndose con apuro indicó que había sido oído y la puerta se abrió lentamente. La silueta se recortaba oscura contra la única lámpara de manteca que se movía y chisporroteaba en la corriente de aire que se había establecido repentinamente. El viejo sacerdote celador en voz alta preguntó: "¿Quién anda allí? ¿Quién eres que llamas a esta hora de la noche?". El joven monje se aproximó penosamente de manera de ser visto. El

celador experimentó alivio a la vista de la roja túnica. "Ven, entra", convidó.

El joven adelantó unos pasos vacilantes. Se sentía cansado. "Amigo sacerdote —dijo—; el Venerable Ermitaño a quien acompaño está enfermo y no tenemos alimento. No hemos comido ayer ni hoy. Ningún mercader ha llegado hasta nosotros. Sólo nos queda el agua del lago. ¿Podríais darnos comida? "

"El celador contestó con simpatía: ¿Comida? Sí, por supuesto que puedo darte comida. Cebada, ya bien molida. Una torta de té. Manteca y azúcar, sí, pero tú debes descansar esta noche, NO PUEDES atravesar ahora el paso de la montaña."

"Debo hacerlo, amigo sacerdote —exclamó el joven monje—; el Venerable se muere de hambre. El Buda me protegerá."

"Entonces descansa un rato, come un poco y bebe té. Todo está listo. Come y bebe y te prepararé un paquete para que lleves al hombro. Tengo mucho."

El joven se sentó en la posición del loto y, postrándose en repetidos saludos, dio las gracias por el recibimiento tan sincero que le habían dispensado. Comió tsampa y bebió té fuerte mientras el viejo celador le contaba todos los chismes y novedades que la bien mantenida ermita había oído. El Más Recóndito estaba de viaje. El Gran Señor Abad de Drepung había hecho observaciones despreciativas sobre otro. El Colegio de Procuradores estuvo agradeciendo al Gato Guardián por haber localizado a un constante ladrón entre cierto grupo de mercaderes. Un chino había estado al acecho sobre un paso de montaña y, tratando de huir, según se dijo, había resbalado sobre el borde para caer unos dos mil pies (el cuerpo todo destrozado quedó a disposición de los buitres sin necesidad de ayuda humana).

Pero el tiempo no se detenía. Al fin, a disgusto, el joven monje se puso de pie y tomó la bolsa ofrecida.

Con palabras de agradecimiento y despedida salió de la ermita y comenzó su camino cauteloso en descenso. La luna ahora estaba alta; su luz era plateada y brillante. El sendero se veía claro, pero las sombras eran de una oscuridad intensa sólo conocida por los que habitaban esos altos lugares. Pronto llegó al borde donde debió abandonar el camino más seguro y bajar arrastrándose hacia el precipicio. Con toda precaución, lentamente, se agachó sobre la orilla. Con infinito cuidado, con alguna desventaja a causa del peso que llevaba sobre sus hombros, empezó a deslizarse hacia abajo, pulgada por pulgada, paso a paso. Sosteniéndose con las manos mientras buscaba un seguro sostén para sus pies, trasfiriendo el peso desde las manos a los pies y desde los pies a las manos, al final, con la luna que declinaba en lo alto, alcanzó el oscuro lecho del valle. Tanteando su camino de roca a roca adelantaba muy despacio hasta que delante de sí vio el resplandor rojo del fuego a la entrada de la caverna. Deteniéndose sólo para agregar unas pocas ramas más, penetró tambaleante y se dejó caer a los pies del viejo ermitaño a quien recién veía por la luz del fuego que se reflejaba desde afuera.

CAPÍTULO X

El viejo ermitaño mejoró visiblemente bajo la influencia del té caliente con una pequeña porción de manteca y una buena ración de azúcar. La cebada estaba finamente molida y bien tostada. Las llamas brillaban alegremente en la boca de la cueva. Pero todavía estaban entre el anochecer y la madrugada. Los pájaros dormían en las ramas y nada, salvo las criaturas de la noche, estaba en actividad. La luna ya había hecho su camino a través del cielo y ahora descendía más allá de la cordillera más lejana. De tiempo en tiempo el viento helado llegaba rozando las hojas y desprendiendo chispas del fuego centelleante.

El anciano se incorporó prudentemente sobre sus miembros endurecidos y balanceándose penetró en su recinto particular. El joven monje se acomodó y cayó en un profundo sueño antes de que su cabeza tocara la arena dura y apelmazada. El mundo alrededor callaba. La noche se llenó de sombras con la oscuridad que predice que pronto llegará la aurora. Desde lo alto, una única piedra vino rodando con estrépito hasta estrellarse abajo contra otras. Luego todo volvió a quedar silencioso.

El sol ya estaba muy alto cuando el joven monje despertó a un mundo de dolores. Miembros rígidos, músculos cansados y ¡HAMBRE! Murmurando palabras prohibidas se puso de pie, tomó la olla vacía y,

tambaleándose, salió de la cueva. El fuego era un cálido resplandor de brasas. Rápidamente echó en él pequeñas ramas, apoyando las más grandes arriba. Tristemente observó la provisión de leña que disminuía con tanta rapidez. Pensó en la dificultad de obtener nuevo aprovisionamiento desde campos cada vez más lejanos. Echando una ojeada al frente de la roca no pudo evitar un estremecimiento al recordar su escalada de la noche. Luego partió en dirección al lago.

"Debemos hablar mucho hoy —dijo el viejo ermitaño mientras terminaban su magro desayuno— pues siento que el Reino Celestial me llama con apuro. Existe un límite para que la carne resista y yo he sobrepasado el lapso acordado al hombre."

El joven parecía triste; había desarrollado un profundo afecto y respeto por el anciano y consideraba que su sufrimiento había sido demasiado grande. "Estaré listo cuando vos lo estéis, Venerable —dijo—; dejadme sólo llenar vuestro jarro con agua." Levantándose lavó el recipiente y lo llenó nuevamente con agua fresca.

El anciano comenzó. "El Arca apareció en la pantalla frente a mí, enorme y pesada, una nave que podría haber contenido el Potala y toda la Ciudad de Lhasa junto con los Lamasterios de Sera y Drepung. Su volumen era tan descomunal que los humanos que surgían de ella comparativamente eran tan pequeños como hormigas trabajando en la arena. Se descargaban grandes animales y multitudes de nuevos humanos. Todos parecían deslumbrados, narcotizados, presumiblemente para que no lucharan. Hombres con cosas extrañas sobre los hombros volaban por los alrededores como vuelan las pájaros, conduciendo animales y hombres en rebaño y picaneándolos con varillas de metal.

"La nave circundó el mundo en su vuelo aterrizando en diversos lugares donde dejó animales de diferentes tipos. Humanos blancos, otros negros y algunos amari-

llos. Altos y bajos, con cabello negro y blanco. Animales con el cuerpo a franjas, con cogotes largos, otros sin cogote; jamás pensé que pudiera existir tal variedad de colores, tamaños y tipos de criaturas vivientes. Entre las marinas había algunas tan inmensas que yo no alcanzaba comprender cómo podían moverse; sin embargo, en el agua se veían tan ágiles como los peces en nuestros lagos.

"El aire era cruzado constantemente por pequeñas naves que volaban conduciendo a gente que controlaba a los nuevos habitantes de la Tierra. En sus correrías dispersaban sobre el globo grandes manadas de animales y humanos. A lo largo de varias centurias el Hombre no era capaz todavía de encender el fuego ni siquiera de fabricar un rudo implemento de piedra. Los Sabios mantuvieron una conferencia y decidieron que ese plantel debía ser mejorado introduciendo algunos humanoides que fueran más inteligentes, que supieran encender el fuego y trabajar el pedernal. Así, los siglos fueron pasando mientras los Jardineros de la Tierra seguían introduciendo especímenes nuevos de energía reforzada para mejorar el plantel humano. Poco a poco la humanidad fue progresando desde la chispa del pedernal hasta el encendido del fuego. Las casas, también gradualmente, se edificaron, formándose las ciudades. Siempre los jardineros alternaban con las criaturas humanas y los humanos los consideraban dioses sobre la Tierra.

"La Voz dijo: 'Ningún propósito útil podía lograrse si seguían los interminables inconvenientes que acosaban esta nueva colonia de la Tierra. Os informaré sobre sus características sobresalientes con el único objeto de que os instruyáis. Mientras yo hablo podremos presenciar una secuencia de imágenes apropiadas para que tengáis también un medio de ilustración.

"'El Imperio era grande, pero de otro universo llegó gente que intentó arrebatarnos nuestras posesiones.

Eran humanoides que sobre sus cabezas lucían prominencias córneas que se proyectaban desde las sienes; también tenían cola. Poseían una naturaleza eminentemente guerrera y esta inclinación constituía su deporte al mismo tiempo que su tarea. Llegaron en naves negras, invadiendo este universo cuyos mundos tan recientemente sembrados devastaron. Se produjeron en el espacio batallas catastróficas. Los mundos quedaron desolados, hundidos en lenguas de humo y llamas y sus residuos alteran aún ahora los caminos espaciales, como el Cinturón de Asteroides. Mundos que otrora eran fértiles se agostaron y todo lo viviente pereció. Un mundo, con un golpe desviado, empujó a otro arrojándolo contra la Tierra. Esta trepidó, sacudiéndose, y fue echada dentro de otra órbita que prolongó su día.

"'Durante la siguiente colisión, gigantescas descargas eléctricas se desprendieron de los dos mundos. Los cielos quedaron envueltos nuevamente en llamas y muchos de los humanos terrestres perecieron. Grandes inundaciones barrieron la superficie del mundo y Jardineros compasivos llegaron apresuradamente con sus Arcas tratando de cargar a bordo a todos los humanos y animales que pudieran ser trasportados con seguridad a terreno más alto y seguro. Años después —prosiguió la Voz— esto dio origen a leyendas falsas que se propagaron por todas las comarcas de la Tierra. Pero en el espacio la batalla fue ganada. Las fuerzas del Imperio derrotaron a los malvados invasores y los hicieron prisioneros.

"'El Príncipe de los Invasores, Príncipe Satán, suplicó por su vida alegando que tenía mucho que enseñar a la gente del Imperio y que trabajaría a toda hora por el bien de los demás. Su vida y la de algunos de sus hombres dirigentes fue perdonada. Después de un período de cautiverio se mostró ansioso por cooperar en la reconstrucción del sistema solar que había profana-

do. Como eran hombres de buena voluntad, los almirantes y generales del Imperio no podían sospechar que otros abrigaran intenciones de traición y maldad. Aceptaron el ofrecimiento y al Príncipe Satán y a sus oficiales les fueron asignadas tareas bajo la supervisión de los hombres del Imperio.

'"Sobre la Tierra, los nativos estaban enloquecidos por las experiencias que habían sufrido; habían sido diezmados por la inundación y las llamas desprendidas de las nubes. Nuevo plantel fue traído desde planetas remotos en donde algunos humanos habían sobrevivido. Las comarcas ahora eran diferentes, así como los mares. El cambio total en órbita alteró el clima. Ahora existía una cálida zona ecuatorial y el hielo se formaba sólidamente en las áreas polares. Témpanos se desprendieron de las masas principales y flotaron sobre las aguas. Animales enormes murieron con el frío repentino. Los bosques sucumbieron ante el cambio tan drástico de sus condiciones de vida.

'"Muy lentamente las condiciones se fueron estabilizando. Una vez más el Hombre se puso a construir una forma de civilización. Pero el Hombre se había vuelto excesivamente guerrero y perseguía a todos aquéllos más débiles. Rutinariamente, los Jardineros introdujeron nuevos especímenes para que el plantel básico mejorara. Un nuevo tipo de criatura surgió poco a poco a medida que la evolución del Hombre se producía. Pero los Jardineros no estaban satisfechos, por lo cual se decidió que un número mayor de ellos debía vivir sobre la Tierra junto con sus familias. Las cumbres de las montañas o altos lugares fueron utilizados convenientemente como bases. En la región oriental, un hombre y una mujer descendieron de su nave espacial, asentándose sobre una agradable elevación montañosa. Izanagi e Izanami se convirtieron en protectores y fundadores de la raza japonesa y —la Voz sonó triste y airada al mismo tiempo— otra vez se

tejieron leyendas falsas, porque como estos dos, Izanagi e Izanami, aparecieron desde la dirección del sol, los nativos creyeron que eran el dios y la diosa del sol que habían llegado para vivir entre ellos'.

"Sobre la pantalla que se encontraba delante de mí vi el sol rojo sangre que brillaba intensamente en el cielo. De él descendió una nave luminosa con los reflejos rojizos que le enviaba el sol poniente. La nave que bajaba aún más, quedó suspendida en el aire y luego perezosamente dio una vuelta alrededor. Finalmente, a medida que los rayos purpúreos del sol del atardecer caían sobre la cima de la montaña cubierta de nieve, descendió hasta el nivel de una falda alta sobre uno de sus lados. Los últimos destellos de la luz solar iluminaron al hombre y a la mujer que dejaron la embarcación para observar, volviendo luego a penetrar en ella. Los nativos de piel amarilla, postrados ante la nave, intimidados por la gloria de la visión, esperaron en respetuoso silencio hasta que la nave desapareció en la oscuridad de la noche.

"La imagen cambió y vi otra montaña en una tierra remota. ¿Dónde? No lo sabía, pero esa información pronto me iba a ser suministrada. Desde lo alto venían naves espaciales que daban vueltas para descender luego lentamente en formación regular hasta ocupar el faldeo de la montaña. ' ¡Los dioses del Olimpo! —dijo la Voz en tono sarcástico, los llamados dioses que trajeron tanta desgracia y tribulación a este joven mundo. Esta gente, con el mencionado Príncipe Satán entre ellos, llegó para establecerse en la Tierra, pero el Centro del Imperio estaba muy lejos. Ennui y los secuaces de Satán desorientaron a estos hombres y mujeres jóvenes a quienes se les había asignado esta Tierra para que pudieran obtener experiencia.

"'Júpiter, Apolo, Teseo, Afrodita, las hijas de Cadmo y muchos otros formaron estas pandillas. El mensajero Mercurio corría de nave en nave por el mundo

llevando mensajes y escándalos. El deseo por la mujer del prójimo acosó a los hombres y las mismas mujeres se dedicaron a atrapar a los hombres que deseaban. Locas persecuciones se iniciaron en naves veloces a través de los cielos del mundo, la mujer detrás del hombre o el marido seduciendo y fugando con las esposas de otros. Y los ignorantes nativos del mundo, ante las extravagancias sexuales de aquéllos a quienes consideraban dioses, pensaron que ESTA era la modalidad de vida que ELLOS debían adoptar. Y así comenzó una era de corrupción y libertinaje durante la cual fueron despreciadas todas las reglas de la decencia.

"'Varios nativos astutos, más despiertos que los comunes, se erigieron en sacerdotes pretendiendo poseer la Palabra de los Dioses. Los 'Dioses' estaban demasiado ocupados con sus orgías para siquiera saberlo. Pero estas orgías condujeron a otros excesos, se cometieron asesinatos tan numerosos que finalmente las últimas noticias sobre ellos llegaron hasta el Imperio. Los nativos-sacerdotes que pretendían ser los representantes de los Dioses redactaron todo lo ocurrido, alterando los hechos de manera que sus propios poderes pudieran ser acrecentados. Y así fue siempre en la historia del mundo: algunos de los nativos no relataron lo que había ocurrido, sino lo que podía aumentar su propio poder y prestigio. La mayoría de las leyendas no se aproxima siquiera a lo que realmente ocurrió.'

"Fui trasladado a otra pantalla. Allí aparecía otro grupo de Jardineros, o 'Dioses': Horus, Osiris, Anubis, Isis y muchos otros. Y también otra vida de disipación y orgía. Allí también un ex lugarteniente del Príncipe Satán trabajaba tratando de sabotear todos los esfuerzos que se realizaban para lograr bienestar para este pequeño mundo. Y otra vez allí los inevitables sacerdotes escribiendo sus interminables e inexactas leyendas. Entre ellos, algunos se habían captado servilmente la confianza de los dioses obteniendo así conocimiento

por lo general prohibido a los nativos por su propio bien. Estos nativos constituyeron una sociedad secreta destinada a robar más conocimiento secreto y a usurpar el poder a los Jardineros. La Voz continuó: 'Tuvimos muchos trastornos con algunos de los nativos, lo que nos obligó a introducir medidas represivas. Ciertos sacerdotes que habían sustraído equipos de los Jardineros no supieron tener control sobre ellos y desataron plagas sobre la Tierra. Enorme cantidad de personas murieron y el desastre también afectó a las cosechas.

"'Pero ciertos Jardineros, bajo las órdenes del Príncipe Satán, habían establecido la Capital del Pecado en la ciudades de Sodoma y Gomorra. En ellas toda forma de vicio, perversión o depravación, era considerada una virtud. El Maestro del Imperio pidió solemnemente a Satán que desistiera y abandonara su empeño, pero Satán se mofó de él. Los mejores habitantes de Sodoma y Gomorra fueron avisados para que dejaran el lugar y entonces, en un momento determinado, una nave solitaria sobrevoló dejando caer un pequeño paquete. Las ciudades se inflamaron en llama y humo. Grandes nubes en forma de hongo ascendieron al cielo tembloroso, y sobre la tierra sólo hubo devastación, montones de piedras, fragmentos de rocas y una increíble montaña de escombros de edificios. Por la noche toda la zona brillaba con un reflejo púrpura enfermizo. Muy pocos escaparon al holocausto.

"'Tras esta saludable advertencia se decidió retirar a todos los Jardineros de la faz de la Tierra y evitar otro contacto con los nativos, tratándolos sólo como especímenes a la distancia. Las patrullas seguirían rondando por la atmósfera y el mundo y sus nativos serían supervisados, pero ya sin contacto oficial. En cambio se determinó que vivirían sobre la Tierra nativos que hubieran sido especialmente adiestrados y fueran 'plantados' donde gente apropiada pudiera hallar-

los. El hombre que más tarde se conoció como Moisés fue un ejemplo. Una nativa que se adaptaba para la experiencia fue sacada de la Tierra y fecundada con la semilla que respondía a las características necesarias. El niño que aún no había nacido fue telepáticamente adiestrado y dotado de un gran conocimiento no común entre los nativos, así como también hipnóticamente preparado para que no lo revelara hasta el momento preciso.

"'A su debido tiempo el niño nació, recibiendo aún más preparación y adiestramiento. Posteriormente el pequeño fue ubicado en un recipiente apropiado y, al abrigo de la oscuridad, depositado en un lecho de cañas donde pudiera ser rápidamente hallado. A medida que crecía, hasta llegar a la adultez, se mantuvo en frecuente contacto con nosotros. Cuando se consideró oportuno, una pequeña nave llegó a la montaña y, oculta entre las nubes naturales o las que ex profeso producíamos, esperó que Moisés ascendiera y subiera a bordo, dejándolo posteriormente con un Cetro de Autoridad o Tablas de Mandamientos especialmente compiladas que le habíamos preparado.

"'Pero esto no era todavía suficiente; debíamos adoptar procedimientos similares en otros países. En la tierra que ahora se conoce con el nombre de India instruimos y preparamos al hijo varón de un Príncipe muy poderoso. Consideramos que su poder y su prestigio harían que los nativos lo siguieran y adhirieran a la norma especial de disciplina que habíamos formulado y que representaría un progreso en el estado espiritual de los nativos. Gautama tenía sus propias ideas, sin embargo, y, lejos de ignorarlo, se le permitió ejercer su propia norma espiritual de disciplina. Una vez más encontramos que los discípulos o sacerdotes, generalmente en su propio beneficio, distorsionaron las enseñanzas en sus escrituras. Y así fue siempre sobre la Tierra; una serie de individuos que se auto-

titulan sacerdotes, editaron o reeditaron escrituras para engrandecer sus propios poderes y riquezas.

"'Hubo otros que fundaron nuevas doctrinas religiosas, como Mahoma, Confucio y muchos otros que sería largo mencionar. Cada uno de ellos se hallaba bajo nuestro control o era preparado por nosotros con la intención básica de que se estableciera una creencia en el mundo. Por tanto, los líderes de esas religiones guiarían a sus adeptos dentro de BUENOS hábitos de vida. Nuestro propósito era que cada humano se comportara con los otros de la misma manera que él desearía que los otros se comportaran con él. Tratábamos de instaurar un estado de armonía universal como existía en nuestro propio Imperio, pero esta nueva humanidad todavía no estaba lo suficientemente adelantada como para desligarse de su propio yo y trabajar por el bien de los demás.

"'Los Sabios estaban muy disconformes con el curso de los acontecimientos y, como resultado de sus reflexiones, se presentó un nuevo esquema. Uno de los Sabios afirmó que todos los que habían sido enviados a la Tierra hasta ese momento integraron el tipo de familia más pudiente. Como correctamente exponía, los pertenecientes a la clase más baja rechazarían instintivamente las palabras de personas que se desenvolvían en una clase superior. Se realizó una investigación, utilizando primero el Registro Ascásico para localizar a una mujer que pudiera concebir a un niño. Debía ser una mujer apropiada, de una familia de clase inferior también apropiada, y dentro de un país donde se considerara que podía florecer una nueva religión o doctrina. Los investigadores se dedicaron con todo empeño a la tarea, presentando un número bastante respetable de posibilidades. Tres hombres y tres mujeres fueron dejados secretamente sobre la Tierra para que pudieran proseguir su búsqueda y descubrir la familia adecuada.

"'El consenso de opinión recayó sobre una joven mujer sin hijos, casada con alguien que ejercía el más viejo de los oficios sobre la Tierra: carpintero. Los Sabios razonaron y llegaron a la conclusión de que la mayoría de la gente pertenecía a esta clase, por lo cual se hallaría mejor dispuesta a seguir las palabras de uno a quien considerarían su igual. Así, la mujer fue visitada por uno de nosotros —que ella tomó por un ángel— y que le dijo que sería objeto de un gran honor porque iba a tener un hijo varón que fundaría una nueva religión. Al cumplirse el tiempo, la mujer quedó embarazada y entonces ocurrió uno de los acontecimientos tan comunes en esa parte del mundo: la mujer y su esposo tuvieron que huir de su hogar al ser objeto de la persecución de un rey local.

"'Iniciaron su lento camino hacia una ciudad del medio oriente donde la mujer se dio cuenta de que su hijo estaba para nacer. No había adónde ir, salvo un establo. Y allí nació el niño. Nosotros habíamos contemplado la huida y estábamos preparados para intervenir en cualquier emergencia. Tres miembros de la tripulación de la nave vigilante descendieron sobre la superficie de la Tierra y se acercaron al establo. Con desaliento supieron que su embarcación había sido vista y tomada como una estrella en el Oriente.

"'El pequeño llegó a la adolescencia y, mediante un especial adoctrinamiento que recibía constantamente por telepatía, demostró representar una real promesa. En su juventud llegó a polemizar con sus mayores y, lamentablemente, se colocó en posición antagónica con los sacerdotes locales. En su primera juventud se retiró de todos los que conocía y viajó a muchas otras tierras en medio del lejano oriente. Nosotros lo dirigimos al Tíbet, allí cruzó la cadena de montañas, residiendo durante algún tiempo en la Catedral de Lhasa donde aún ahora se conservan las impresiones de sus manos. Allí recibió consejo y asistencia en

cuanto a la estructuración de una religión adecuada para la gente de Occidente.

"'Durante su estada en Lhasa sufrió un tratamiento especial mediante el cual el cuerpo astral del humano terrestre fue liberado y llevado a otra existencia; en su lugar le fue insertado el cuerpo astral de uno de nuestra elección. Se trataba de una persona con una gran experiencia en asuntos espirituales, experiencia superior a la que podía ser obtenida bajo cualquier condición en la Tierra. Este sistema de trasmigración es uno de los que empleamos frecuentemente cuando tratamos con razas retrógradas. Finalmente todo estuvo listo y él emprendió el largo viaje de regreso a su tierra. Llegado que hubo allí, tuvo éxito en hacerse de ciertas relaciones que le serían muy útiles con el fin de propagar la nueva religión.

"'Lamentablemente, el primer ocupante del cuerpo se había colocado en situación antagónica con los sacerdotes. Estos recordaron el hecho y cuidadosamente prepararon un incidente bajo el peso del cual el hombre pudiera ser arrestado. Como el juez que entendía en la causa estaba dominado por ellos, su desenlace era previsible. Consideramos la posibilidad de llevar a cabo un acto que lo liberara, pero llegamos a la conclusión de que el resultado final sería negativo para el pueblo y la nueva religión que pensábamos establecer.

"'El nuevo adoctrinamiento espiritual fue difundido. Pero una vez más no faltaron quienes lo subvertieron en su propio provecho. A sesenta años de iniciado se llevó a cabo una gran convención en la ciudad del medio oriente de Constantinopla. La asamblea congregó a gran número de sacerdotes, muchos de ellos hombres pervertidos, con deseos sexuales depravados, que consideraban la normal atracción del sexo opuesto como algo sucio. Su voto mayoritario alteró el significado de las verdaderas Enseñanzas, haciendo aparecer

impura a la mujer. Así preconizaron —muy erróneamente— que todo niño nace en pecado y decidieron publicar un libro sobre los acontecimientos ocurridos sesenta años atrás.

"'Contrataron a escritores para recopilar textos por el estilo utilizando, tanto como fuera posible, los cuentos y leyendas trasmitidos (con todas sus inexactitudes) de persona a persona. Durante años varias comisiones se dispusieron a editar, omitir y alterar pasajes que no eran de su agrado. Con el correr del tiempo se escribió un libro que NO predicaba la religión real, sino que constituía un material de propaganda para engrandecer el poder del clero. A lo largo de los siglos que siguieron, los sacerdotes —que DEBIAN haber cooperado para el desarrollo de la humanidad— lo entorpecieron activamente. Las falsas leyendas fueron propagadas, los hechos distorsionados y, a menos que los habitantes de la Tierra —y particularmente los malos sacerdotes— cambien, nosotros, la Gente del Imperio, tendremos que hacernos cargo del mundo de la Tierra. Mientras tanto, salvo en casos extremos como éste, tenemos orden de no alternar con el Hombre ni de hacer propuestas a ningún gobierno de la Tierra.'

"La voz se apagó. Yo flotaba como atontado frente a aquellas pantallas siempre cambiantes, observando las imágenes según se exponían a mi visión y que representaban todo lo que había sucedido en aquellos días tan remotos. También vi mucho sobre un futuro probable, pues el futuro PUEDE predecirse con bastante exactitud tanto para un mundo como para un país. Vi mi propia querida tierra que estaba siendo invadida por los odiados chinos. Presencié los altibajos de un malvado régimen político que recibía el nombre de algo así como comunismo, que nada significaba para mí. Por último, me sentí extremadamente agotado. Las pantallas que hasta entonces estaban tan

llenas de vívidos colores se volvieron grises. Mi visión se nubló y caí en estado de inconsciencia.

"Un horrible movimiento oscilante me hizo volver en mí, despertándome de mi sueño o de mi estado de inconsciencia. Abrí mis ojos. . . y ¡NO TENIA ojos! Aunque todavía no podía moverme, en cierto modo me había dado cuenta de que me hallaba nuevamente dentro de mi cuerpo físico. El balanceo provenía de que la mesa en la cual descansaba estaba siendo conducida por el corredor de la nave espacial. Una voz sin emoción dijo sólo: 'está consciente'. Siguió un gruñido de asentimiento y luego otra vez silencio, salvo el ruido de pisadas y el apagado tintineo de metal cuando por momentos mi mesa era echada contra la pared.

"Permanecí acostado solo en esa habitación metálica. Los hombres habían depositado mi mesa y desaparecido silenciosamente. Yacía reflexionando sobre los acontecimientos maravillosos en los cuales había sido protagonista, pero todavía con un poco de resentimiento por ese constante despotricar contra los sacerdotes. Yo era sacerdote y eso no era óbice para que ellos me utilizaran graciosamente. Mientras descansaba con esta constante idea en mi cerebro oí que el panel metálico era corrido permitiendo la entrada a un hombre que volvió a cerrarlo detrás de él.

"'Bueno, Monje —exclamó la voz del doctor—, os habéis portado bien. Estamos muy orgullosos de vos. Mientras os hallábais inconsciente examinamos vuestro cerebro y nuestros instrumentos nos indican que habéis almacenado todo el conocimiento dentro de vuestras células cerebrales. Habéis enseñado mucho a nuestros jóvenes hombres y mujeres. Pronto os libertaremos. ¿Esto os hará feliz? '

"'¿Feliz, Señor Doctor? —pregunté—; ¿qué es lo que puede hacerme feliz? Me habéis secuestrado, me habéis hecho saltar la tapa de los sesos, habéis impulsado mi espíritu sacándolo de mi cuerpo, me habéis

insultado como miembro del clero y ahora —después de haberme utilizado— vais a hacerme a un lado así como un hombre desprecia su ya inútil cuerpo en la muerte. ¿Feliz? ¿Por qué tendría que sentirme feliz? ¿Vais a hacer que recupere mis ojos? ¿Vais a asegurarme un medio de vida? ¿Cómo voy a subsistir de otra manera?' ¡Esto último casi lo dije GRUÑENDO!

"'Una de las principales dificultades que existen en el mundo, Monje —explicó el doctor— es que la mayoría de vuestra gente es negativa. Nadie podría decir que VOS sois negativo. Vos positivamente decís lo que queréis decir. Si la gente pensara siempre POSITIVAMENTE el mundo no estaría tan trastornado, pues la condición negativa le llega a la gente aquí naturalmente; aunque, en realidad exige mayor esfuerzo ser negativo.'

"'¡Pero, Señor Doctor! —exclamé— estoy preguntando qué vais a HACER vosotros por mí. ¿Cómo viviré? ¿Qué HARE? ¿Sólo tendré que conservar este conocimiento hasta que llegue alguien y diga que EL es el hombre y empezar entonces a contar todo como una vieja en el mercado? Y ¿POR QUE pensáis que debo cumplir la pretendida tarea que me habéis asignado, teniendo la opinión que tenéis sobre los sacerdotes?'

"'¡Monje! —dijo el doctor— os ubicaremos en una cueva confortable, con un buen piso de piedra. Habrá un pequeño hilo de agua que abastecerá vuestras necesidades en ese sentido. En cuanto a alimento, vuestra condición de sacerdote os asegura que la gente os BRINDE comida. Por supuesto, existen sacerdotes y sacerdotes. Vuestros sacerdotes del Tibet son principalmente buenos y no tenemos ninguna prevención contra ellos. ¿No habéis notado que previamente utilizamos a los sacerdotes del Tibet? Preguntáis sobre a quién trasmitiréis vuestros conocimientos; recuerda esto: vos RECONOCEREIS que es él

cuando llegue. ¡Brinda vuestro conocimiento a él y a nadie más! '

"Así quedé enteramente a la voluntad de ellos. Después de muchas horas, el doctor entró en mi habitación diciendo nuevamente: 'Ahora, recuperaréis el movimiento. Antes os daremos una nueva túnica y un nuevo jarro que tenemos para vos'. Sentí que unas manos se movían a mi lado y me sacaban cosas extrañas. Levantaron mi sábana y una nueva túnica, una NUEVA, la primera NUEVA que había tenido en mi vida, fue puesta sobre mi cuerpo. El movimiento volvió a mí. Un asistente puso un brazo alrededor de mis hombros y me ayudó a salvar el borde de la mesa. Por primera vez en un desconocido número de días me hallé nuevamente sobre mis pies.

"Esa noche reposé más contento, arropado con una manta que también me habían dado. Y a la mañana siguiente fui trasportado, como ya te conté, y depositado en la cueva donde he vivido solo durante más de sesenta años. Pero ahora, antes de pensar en descansar esta noche, tomemos un poco de té, pues mi tarea está llegando al fin."

CAPÍTULO XI

El joven monje se sentó con el pelo de la nuca repentinamente erizado de miedo. ALGO lo había rozado. ALGO había hecho correr hilos de hielo sobre su frente. Durante momentos interminables permaneció erguido, aguzando el oído en el intento por percibir el más ligero sonido, con los ojos bien abiertos y fijos como si tratara vanamente de penetrar la total oscuridad que lo rodeaba. Nada se movía. Ni el más mínimo ruido alertó su conciencia. La entrada de la cueva era sólo una oscuridad menos pronunciada, como un vago dibujo sobre la total falta de luz que envolvía la caverna.

Contuvo la respiración para escuchar mejor y sólo pudo percibir los latidos de su corazón que golpeaban con violencia y los débiles crujidos y silbidos de sus propios órganos. Ni el más leve murmullo del viento entre las hojas respondió a su zozobra. Ninguna criatura de la noche se manifestaba. Silencio. La absoluta ausencia de sonido que sólo muy pocos conocen y ninguno que habite comunidades populosas. Nuevamente ligeros escalofríos recorrieron su cabeza. Con un chillido de terror dio un salto en el aire y sus piernas empezaron a correr aun antes de que tocaran el suelo.

Traspirando, despavorido, se lanzó fuera de la cueva y se inclinó bruscamente sobre el bien protegido fuego. Apartando la tierra y la arena descubrió el rescoldo. Rápidamente metió una rama bien seca y sopló

sobre las brasas hasta que sus vasos sanguíneos parecieron reventar bajo el esfuerzo. Finalmente, la leña floreció en llama. Tomándola con una mano, apresuradamente puso otro palo y esperó hasta que también se hiciera luz. Por último, con una tea encendida en cada mano penetró cautelosamente en la cueva. Las llamas vacilantes se ondulaban en saltos y danzas. Su sombra era arrojada grotesca y enorme a cada uno de los lados.

Nerviosamente espió alrededor. Buscó con ansiedad en la esperanza de que hubieran sido los hilos de una telaraña los que lo hubieran tocado y causado su sobresalto; pero no, no había el menor indicio de ello. Entonces, súbitamente pensó en el anciano y se mortificó por no habérsele ocurrido antes. "¡Venerable! —llamó temblorosamente—; ¿os sentís bien?" Aguzó su oído, pero no hubo respuesta, ni siquiera la del eco. Inseguro y con miedo se adelantó sosteniendo ambas ramas encendidas de manera que lo precedieran en su camino. Llegó al fondo de la caverna y dobló a la derecha, donde nunca había entrado, y lanzó una exclamación de alivio largamente reprimida cuando vio al anciano sentado, en la posición del loto, en el otro extremo de una cueva más pequeña.

Un extraño resplandor que se repetía llamó su atención en el momento en que iba a retirarse silenciosamente. Clavando la vista pudo ver el agua que manaba de una saliencia rocosa gota a gota. Entonces el joven monje dijo ya más tranquilo: "Lo siento, Venerable, no debí haberos perturbado, pero temí que os hallarais enfermo. Ahora os dejaré". Pero no hubo respuesta. Tampoco movimiento alguno. El anciano estaba tan inmóvil como una estatua de piedra. Aprensivamente, el joven avanzó y permaneció durante un momento estudiando la estática figura. Por fin, con temor, extendió el brazo y tocó al anciano sobre el hombro. El espíritu había huido. Anteriormente, deslumbrado por

las llamas ondulantes, no había pensado en el aura. En ese momento se daba cuenta de que ella también se había desvanecido.

Traspasado de tristeza el joven se sentó con las piernas cruzadas frente al cadáver y recitó el antiguo ritual para los muertos, dando instrucciones para el pasaje del Espíritu por el camino de los Reinos Celestiales y advirtiendo sobre los posibles peligros que encontraría frente a él en su estado de confusión provocado por entidades rebeldes. Por último, una vez terminadas sus obligaciones religiosas, se puso lentamente de pie, se inclinó ante la figura muerta y, habiéndose ya apagado las antorchas, tanteó el camino hasta fuera de la cueva.

El viento precursor del alba se levantaba y empezaba a lamentarse entre los árboles. Desde una fisura rocosa llegó salvaje y pronunciado en una aguda nota de órgano de lúgubre sonido. Poco a poco aparecieron débilmente los primeros rayos de luz en el cielo de la mañana, pudiendo distinguirse ya la silueta de las lejanas montañas. El joven monje presentaba un aspecto miserable acurrucado al lado del fuego, preguntándose qué haría primero, pensando en la macabra tarea que lo esperaba. El tiempo parecía haberse detenido. Finalmente, después de lo que le pareció ser una infinidad de edades, el sol avanzó y la luz se hizo. El monje echó una rama dentro del fuego y esperó pacientemente hasta que el extremo se encendiera en llamas y entonces, desganadamente, tomó la tea flameante y se adelantó con piernas temblorosas hasta penetrar en la cueva y luego en su cámara interna.

El cuerpo del viejo ermitaño se mantenía sentado como si estuviera con vida. El joven monje lo levantó, inclinándolo, y aprensivamente, pero sin mayor esfuerzo, lo acomodó sobre sus hombros. Algo vacilante emprendió el camino hacia la salida de la cueva, bordeando luego la montaña hasta la ancha y lisa piedra

que estaba esperando. Los buitres también esperaban. Sin apuro retiró la túnica del consumido cuerpo y tuvo un estremecimiento de compasión a la vista del frágil esqueleto con la piel tan estrechamente adherida. Temblando y con íntimo desagrado hundió el pedernal agudamente afilado en el abdomen, tirando firmemente hacia arriba. El músculo fibroso y el cartílago desgarrados produjeron un ruido de espanto que alertó a los buitres, que se acercaron.

Con el cuerpo expuesto y la cavidad corporal a la vista, el joven levantó una pesada piedra y la estrelló contra el cráneo de manera de liberar el cerebro. Luego, con lágrimas que corrían por sus mejillas, levantó la túnica y el jarro del anciano ermitaño e inició el difícil regreso a la cueva, dejando tras de sí un montón de buitres que, peleando y luchando, se disputaban la presa. El fuego recibió la túnica y el jarro y el joven monje observó cómo las llamas los devoraban rápidamente.

Profundamente triste, con lágrimas que caían sobre la sedienta tierra, se alejó iniciando lentamente el sendero hacia otra etapa de su vida.

FIN

Se acabó de imprimir el día 15 de noviembre de mil novecientos setenta y uno en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos, S. A., Luca 2223, Buenos Aires.

Lobsang Rampa, el celebrado autor de **El tercer ojo**, establece en esta oportunidad una nueva comunicación con sus lectores valiéndose del apasionante relato de un monje tibetano ciego, el cual, merced a extraordinarias facultades, puede "ver" con sus órbitas vacías, el pasado y el porvenir, el mundo y los hombres, los días venturosos y los aciagos, la paz de los campos y las batallas crueles. Su sapiencia, su gran capacidad de comprensión y su carga de experiencia son, por ello, infinitas. Así, nos expone cómo fue creado el universo; describe el principio de la Tierra y el origen de las divinidades y sus leyendas. Explica cómo, desde un gran imperio, poseedor de una brillante civilización, los "Jardineros de la Tierra" crean y cuidan sus "planteles" destinados a los distintos planetas y a mejorar las especies. Desde su ámbito, estos seres superiores observan, vigilan... Su preocupación, con respecto a nosotros, es si el hombre, con las armas que su ingenio ha creado y cuyo dominio total aún no posee, se acercará a la felicidad anhelada o se precipitará en el abismo de la destrucción definitiva. ¿Podrán evitar la catástrofe los Jardineros de la Tierra?... **El ermitaño**, sabio inefable, poseedor de atributos increíbles, ofrece respuestas explícitas a tan angustiados interrogantes.



EDITORIAL TROQUEL. S.A.
SAN JOSE 157/59 BUENOS AIRES